

VICTORIANO
SANTANA SANJURJO

 **SOLTADAS**
[de literatura y...] **TRES**



COLECCIÓN MERCURIO

100


MERCURIO
EDITORIAL

21
MOIRAS APOTEOSIS

*Moiras chacaritas*⁸⁴

84. Las cincuenta y tres piezas que componen esta vigesimoprimera soldada proceden de mi libro *Moiras chacaritas* (Anroart Ediciones, 2010), que se presentó en el Ateneo Municipal de Vecindario el miércoles 23 de febrero de 2011 y, dos días más tarde, en el Círculo Cultural de Telde. En Santa Lucía de Tirajana, me acompañó Rita Navarro Sánchez; en la ciudad de los faycanes, Leo Jerez y Ana I. Mendoza de Benito. Doce años y ocho meses después sigue latiendo en mi ánimo la más intensa y afectuosa de mis gratitudes a las tres porque ejercieron el madrinazgo del que he considerado como mi título más relevante y trascendente hasta que comencé el proyecto de *Soltadas*; es más, esta serie —que ahora nos convoca a través del tercer tomo— le debe mucho de lo que es y significa para mí. Como señalé en los dos actos citados, este producto editorial representa «el colofón perfecto o, para ser más exacto, el mejor de los remates posibles a tenor de este presente que vivo. Consciente de que el azar me condujo hasta este libro, empecé en él toda mi voluntad para darle la forma que tiene. Es el último que he publicado, sí, pero es el primero que se compuso porque han hecho falta más de tres décadas para elaborarlo. [...] *Moiras chacaritas* es el título que salvaría del fuego si me obligasen a elegir entre algunas de mis obras. Ya me siento libre para tomar la decisión de cerrar el tintero y guardar la pluma en el cajón sin cargo de conciencia porque esta publicación representa, de algún modo, mi testamento ideológico. Es la suma de unas ideas y unas percepciones estéticas que considero mis avaluos vitales. Es imposible conocerme sin tener presente *Moiras chacaritas*, ya que a mi imagen y semejanza se compuso».

Dos articulaciones de las cincuenta y cinco que componían el título (distribuidas en cuatro apartados: “Apoteosis de la soledad”, “Apoteosis de la tristeza”, “Apoteosis de la muerte” y “Epílogo”) se han eliminado

APOTEOSIS DE LA SOLEDAD
[EXPEDIENTE CLOTO]

I. «*Aunque muchas veces no lo siento, sé que está cerca, mero deando en algún lugar de la casa. En ocasiones, me tropiezo inesperadamente con él en el pasillo, en la sala o en la cocina, pero se da media vuelta y desaparece de mi trayectoria. Otras veces, lo veo en el baño, frente al espejo y, lo que es más extraño, dentro de él. Hay momentos, máxime cuando la soledad es más nítida, que lo percibo delante del televisor encendido y con las luces de la casa apagadas. Mira absorto a la pantalla y no atiende a cómo le observo con detenimiento. Es entonces cuando lo encaro, me dirijo a él y le digo que su presencia me estorba. Él se vuelve a mí y me pide que lo acompañe. Sentados en el mismo lado del sillón, comenzamos a explorar el espacio oscuro bombardeado por almas catódicas. Está más viejo, más mohíno. Lo noto. Más cansado. Ya no se preocupa por el ruido que hacen las cadenas enganchadas a su tobillo. Cuando la soledad deja de ser un estado para ser un ente hogareño más, nos reunimos los tres para hablar de aquello que no me atrevo a decirle a nadie. Conversamos sobre el miedo y los relojes de la casa: cuántos se han detenido hoy y cuántos no saben marcar las horas. El cuarto es quien nos invita a café; el quinto nos consuela...».*

en esta versión definitiva que recogen las siguientes páginas: la XLVIII, “Carta desesperada a un ángel prisionero”, porque se publicó en *Soltadas Uno* (págs. 343-346), donde se me pasó apuntar que hay una variante de este escrito del 26 de marzo de 2005 que vio la luz en *Teldeactualidad* bajo el enunciado “Poética anticulturita”; y la LIII, “31 de enero de 1973”, por razones creativas.

El antecedente de la voz “soltada” quizás quepa verlo en el término “articulación” con el que denominé a cada pieza textual de *Moiras chacaritas* y, de algún modo, a cada escrito de mi libro *Articulaciones* (Mercurio Editorial, 2014). Léase el contexto que justifica la tercera nota a pie de página de esta *Soltadas [de literatura y...] Tres*.

II. **Cóctel Molotov para una guerra posible.**⁸⁵ En una botella vacía, o sea, en la frágil cáscara de una sociedad rompible por la carencia de valores, añádase hasta la mitad del envase el combustible de la impotencia, la impaciencia y el fanatismo. Introdúzcase un trapo por la boca del recipiente que esté hecho de la comodidad alterada, los mensajes mal entendidos y la brutalidad lacerante del olvido histórico. Úntese la tela con un poquito de ese acelerante conocido por ignorancia. Cuanto más plúmbea y bastarda sea, mejor. Elaborado el utensilio, solo faltan la llama (el caudillo), el brazo ejecutor (todos y cada uno de esos corazones envueltos en la armadura cegadora de la ira) y el objetivo (cualquiera de nosotros) para que el arma esté preparada para ser arrojada.

Nos hemos empeñado en construir una imagen imperecedera de la paz porque estamos convencidos de que podemos disponer de ella cuando queramos, pero nos hemos olvidado de añadir a esta certeza otra: el que sea posible una situación bélica si no hacemos algo —lo que sea— para evitarlo. Por eso, si no sabemos cómo lograr la *paz*, aprendamos, al menos, cómo no llegar a la *guerra*.

III. **Metáforas.**⁸⁶ ^[1] El hijo de un vecino que no tengo es un redomado gilipollas. Un niño grande que solo ve enemigos y ataques donde no los hay y que goza de una alarmante impunidad ante sus padres y las amistades más próximas a estos; sobre todo, desde que sanó de aquel mal que casi lo lleva a la tumba y que tanta solidaridad generó hacia él y su familia entre la vecindad. Eso ocurrió hace muchísimos años. Desde entonces, desde que el apuntado mal quedó en un tristísimo y penoso episodio vital que conviene no olvidar, pero sí superar, el tipo ha ido engordando en ego, en

85. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 29 de enero de 2009. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

86. Primera versión: *Teldeactualidad*, 18 de enero de 2009. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la tercera y última, la presente.

despotismo y, sin duda alguna, en crueldad. Viéndolo actuar a través de la ventana del mundo, no he podido evitar pensar en los tiranos que ahogan a los inocentes bajo la protección de otras naciones cómplices.

^[1] Hace años, en la plaza de San Gregorio, en Telde, cuando aún se cogía allí la guagua para ir a Las Palmas de Gran Canaria, me llamó la atención un señor mayor, a lo mejor un jubilado, que levantaba su pierna derecha hasta formar un ángulo de noventa grados entre el muslo y el torso; y que, proyectando su cuerpo hacia delante, la dejaba caer al suelo como si se tratase de un pesado mazo golpeando con fuerza un pilote. La escena era jocosa y cuantos estábamos en la parada no dudamos en prestar atención al extraño concierto. Al poco rato, me percaté de que no eran los deseos de hacer ruidos ni danzas tribales los que movían al hombre a patear el suelo de esa manera, sino una imperativa necesidad de matar a una cucaracha que, al parecer, había mostrado tener mejores reflejos que él. La saña con la que pretendía acabar con el insecto, el afán aniquilador de su ataque, la desigualdad del combate y los deseos a ultranza del ortóptero por afinar hasta el más recóndito de sus sentidos para salvar lo único que poseía, su vida, me han venido a la memoria y, sin saber muy bien por qué, no he podido evitar pensar en esos malditos tiranos desalmados que son alimentados por la codicia de las democracias occidentales y que no flaquean en su interés por aniquilar a otros pueblos indefensos y sin recursos.

^[111] *Un experimento.* La Declaración Universal de los Derechos del Hombre, la gran Constitución incumplida de la Humanidad, consta de treinta artículos. Desde la primera palabra del artículo 1 («*Todos los seres humanos...*») hasta la última del vigesimocuarto («...vacaciones periódicas *pagadas*») hay un total de 1.012 voces. En el espacio que hay entre cada término se me ha ocurrido poner una X. Este ha sido el resultado:

Todos X los X seres X humanos X nacen X libres X e X iguales X en X dignidad X y X derechos X y, X dotados X como X están X de X razón X y X conciencia, X deben X comportarse X fraternalmente X los X unos X con X los X otros X Toda X persona X tiene X todos X los X derechos X y X libertades X proclamados X en X esta X Declaración, X sin X distinción X alguna X de X raza, X color, X sexo, X idioma, X religión, X opinión X política X o X de X cualquier X otra X índole, X origen X nacional X o X social, X posición X económica, X nacimiento X o X cualquier X otra X condición X Además, X no X se X hará X distinción X alguna X fundada X en X la X condición X política, X jurídica X o X internacional X del X país X o X territorio X de X cuya X jurisdicción X dependa X una X persona, X tanto X si X se X trata X de X un X país X independiente, X como X de X un X territorio X bajo X administración X fiduciaria, X no X autónomo X o X sometido X a X cualquier X otra X limitación X de X soberanía X Todo X individuo X tiene X derecho X a X la X vida, X a X la X libertad X y X a X la X seguridad X de X su X persona X Nadie X estará X sometido X a X esclavitud X ni X a X servidumbre, X la X esclavitud X y X la X trata X de X esclavos X están X prohibidas X en X todas X sus X formas X Nadie X será X sometido X a X torturas X ni X a X penas X o X tratos X crueles, X inhumanos X o X degradantes X Todo X ser X humano X tiene X derecho, X en X todas X partes, X al X reconocimiento X de X su X personalidad X jurídica X Todos X son X iguales X ante X la X ley X y X tienen, X sin X distinción, X derecho X a X igual X protección X de X la X ley X Todos X tienen X derecho X a X igual X protección X contra X toda X discriminación X que X infrinja X esta X Declaración X y X contra X toda X provocación X a X tal X discriminación X Toda X persona X tiene X derecho X a X un X recurso X efectivo X ante X los X tribunales X nacionales X competentes, X que X la X ampare X contra X actos X que X violen X sus X derechos X fundamentales X reconocidos X por X la X constitución X o X por X la X ley X Nadie X podrá X ser X arbitrariamente X detenido, X preso X ni X desterrado X Toda X persona X tiene X derecho, X en X condiciones X de X plena X igualdad, X a X ser X oída X públicamente X y X con X justicia X por X un X tribunal X independiente X e X imparcial, X para X la X determinación X de X sus X derechos X y X obligaciones X o X para X el X examen X de X cualquier X acusación X contra X ella X en X materia X penal X Toda X persona X acusada X de X delito X tiene X derecho X a X que X se X presuma X su X inocencia X mientras X no X se X pruebe X su X culpabilidad, X conforme X a X la X ley X y X en X juicio X público X en X el X que X se X le X hayan X asegurado X todas X las X garantías X

necesarias X para X su X defensa X Nadie X será X condenado X por X actos X u X omisiones X que X en X el X momento X de X cometerse X no X fueron X delictivos X según X el X Derecho X nacional X o X internacional X Tampoco X se X impondrá X pena X más X grave X que X la X aplicable X en X el X momento X de X la X comisión X del X delito X Nadie X será X objeto X de X injerencias X arbitrarias X en X su X vida X privada, X su X familia, X su X domicilio X o X su X correspondencia, X ni X de X ataques X a X su X honra X o X a X su X reputación X Toda X persona X tiene X derecho X a X la X protección X de X la X ley X contra X tales X injerencias X o X ataques X Toda X persona X tiene X derecho X a X circular X libremente X y X a X elegir X su X residencia X en X el X territorio X de X un X Estado X Toda X persona X tiene X derecho X a X salir X de X cualquier X país, X incluso X del X propio, X y X a X regresar X a X su X país X En X caso X de X persecución, X toda X persona X tiene X derecho X a X buscar X asilo, X y X a X disfrutar X de X él, X en X cualquier X país X Este X derecho X no X podrá X ser X invocado X contra X una X acción X judicial X realmente X originada X por X delitos X comunes X o X por X actos X opuestos X a X los X propósitos X y X principios X de X las X Naciones X Unidas X Toda X persona X tiene X derecho X a X una X nacionalidad X A X nadie X se X privará X arbitrariamente X de X su X nacionalidad X ni X del X derecho X a X cambiar X de X nacionalidad X Los X hombres X y X las X mujeres, X a X partir X de X la X edad X núbil, X tienen X derecho, X sin X restricción X alguna X por X motivos X de X raza, X nacionalidad X o X religión, X a X casarse X y X fundar X una X familia, X y X disfrutarán X de X iguales X derechos X en X cuanto X al X matrimonio, X durante X el X matrimonio X y X en X caso X de X disolución X del X matrimonio X Solo X mediante X libre X y X pleno X consentimiento X de X los X futuros X esposos X podrá X contraerse X el X matrimonio X La X familia X es X el X elemento X natural X y X fundamental X de X la X sociedad X y X tiene X derecho X a X la X protección X de X la X sociedad X y X del X Estado X Toda X persona X tiene X derecho X a X la X propiedad, X individual X y X colectivamente X Nadie X será X privado X arbitrariamente X de X su X propiedad X Toda X persona X tiene X derecho X a X la X libertad X de X pensamiento, X de X conciencia X y X de X religión; X este X derecho X incluye X la X libertad X de X cambiar X de X religión X o X de X creencia, X así X como X la X libertad X de X manifestar X su X religión X o X su X creencia, X individual X y X colectivamente, X tanto X en X público X como X en X privado, X por X la X enseñanza, X la X práctica, X el X culto

X y X la X observancia X Todo X individuo X tiene X derecho X a X la X libertad X de X opinión X y X de X expresión; X este X derecho X incluye X el X de X no X ser X molestado X a X causa X de X sus X opiniones, X el X de X investigar X y X recibir X informaciones X y X opiniones, X y X el X de X difundirlas, X sin X limitación X de X fronteras, X por X cualquier X medio X de X expresión X Toda X persona X tiene X derecho X a X la X libertad X de X reunión X y X de X asociación X pacíficas X Nadie X podrá X ser X obligado X a X pertenecer X a X una X asociación X Toda X persona X tiene X derecho X a X participar X en X el X gobierno X de X su X país, X directamente X o X por X medio X de X representantes X libremente X escogidos X Toda X persona X tiene X el X derecho X de X acceso, X en X condiciones X de X igualdad, X a X las X funciones X públicas X de X su X país X La X voluntad X del X pueblo X es X la X base X de X la X autoridad X del X poder X público; X esta X voluntad X se X expresará X mediante X elecciones X auténticas X que X habrán X de X celebrarse X periódicamente, X por X sufragio X universal X e X igual X y X por X voto X secreto X u X otro X procedimiento X equivalente X que X garantice X la X libertad X del X voto X Toda X persona, X como X miembro X de X la X sociedad, X tiene X derecho X a X la X seguridad X social, X y X a X obtener, X mediante X el X esfuerzo X nacional X y X la X cooperación X internacional, X habida X cuenta X de X la X organización X y X los X recursos X de X cada X Estado, X la X satisfacción X de X los X derechos X económicos, X sociales X y X culturales, X indispensables X a X su X dignidad X y X al X libre X desarrollo X de X su X personalidad X Toda X persona X tiene X derecho X al X trabajo, X a X la X libre X elección X de X su X trabajo, X a X condiciones X equitativas X y X satisfactorias X de X trabajo X y X a X la X protección X contra X el X desempleo X Toda X persona X tiene X derecho, X sin X discriminación X alguna, X a X igual X salario X por X trabajo X igual X Toda X persona X que X trabaja X tiene X derecho X a X una X remuneración X equitativa X y X satisfactoria, X que X le X asegure, X así X como X a X su X familia, X una X existencia X conforme X a X la X dignidad X humana X y X que X será X completada, X en X caso X necesario, X por X cualesquiera X otros X medios X de X protección X social X Toda X persona X tiene X derecho X a X fundar X sindicatos X y X a X sindicarse X para X la X defensa X de X sus X intereses X Toda X persona X tiene X derecho X al X descanso, X al X disfrute X del X tiempo X libre, X a X una X limitación X razonable X de X la X duración X del X trabajo X y X a X vacaciones X periódicas X pagadas X.

^[IV] ¿A que es imposible leer la referida Declaración? Es lógico, mil doce equis, mil doce muertos, impiden cualquier lectura que merezca ser leída, aprendida y difundida. Mil doce equis en un escrito, mil doce espacios en blanco, mil doce vidas desaparecidas, quitan la belleza de cualquier texto. ¿Cuántas miles de equis se marcan todos los días bajo el imperio de la tiranía consentida? ¿Cuánto silencio más vamos a permitir mientras observamos en la comodidad de nuestra atalaya la ruptura atroz del himen que preserva y distingue a los seres humanos de las bestias?⁸⁷

IV. Prioridades. Tras la guerra, llegó el hambre y, con ella, la necesidad de ingerir cualquier sustancia que permitiese el movimiento de los intestinos, aunque fuese nociva. Todo se masticó, incluso hasta lo que no se debía. Aplacada la inanición, se concedió licencia al sueño, al tránsito de las horas bajo los influjos de la muerte parcelada. Cubiertas las primeras necesidades, vino la preocupación por la salud. Se ponderó el descanso y se pudieron seleccionar las mejores piezas digestivas, que luego se complementaron con los medicamentos. Cuando el hambre, el sueño y las enfermedades lograron ser combatidas, nació la ambición; tras ella, la perversión y, con ella, el olvido de la guerra. Hasta que volvió.

V. *Memento mori.*^{88 [1]} No temo al hombre; sí, en cambio, al ídolo que edifican la desesperación, la decepción y, de alguna manera, el imperioso deseo de suprimir un pasado

87. Contexto: «Tras 19 días de bombardeos e invasión terrestre de Israel en la Franja de Gaza, la ‘operación Plomo Sólido’ se ha cobrado la vida de al menos 1.000 personas, según ha indicado el jefe de los servicios de Urgencia de Gaza...» [“Mil muertos en Gaza”, *El Mundo*, 14 de enero de 2009]. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 18 de enero de 2009. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

88. Este texto salió por primera vez en *Teldeactualidad* el 22 de enero de 2009 con el título “*Memento mori*, Obamesías”. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

inmediato nefasto y oscuro, muy oscuro, brutalmente oscuro... Temo al caudillo erigido como luz entre penumbras, como guía única e insustituible, como mesías de un mundo que desde el lado siniestro se torna irreparable y, desde el diestro, sin nada merecedor de ser salvado.

Me inquieta al arcángel que la mitología popular viste con los ropajes de un justiciero divino y con la infinita capacidad de subyugar al dragón tantas veces como sean necesarias. Me asusta, en suma, que a un simple humano, por muy anhelado que sea y por mucho que de él se espere, se le termine ungiendo con los óleos de una infalibilidad que ni para el reconocido como Santo Padre no es razonable presumir.

No temo al hombre porque sé que, como tal, estará siempre supeditado a las inclemencias propias de su condición humana: el fallo, la duda, el error, el arrepentimiento, la soledad... También, como en cualquiera de nosotros, estarán presentes la arrogancia, la vanidad, la ceguera, el cargo de conciencia y, cómo no, la pena, la ternura, el afecto... Le abatirá la fiebre, el hambre, la sed, el cansancio y el sueño; no le serán ajenos el calor, la lluvia, el frío ni el viento; y necesitará, para seguir erguido, como le ocurre a cualquiera de nosotros, respirar el mismo aire.

No temo al hombre porque es y será uno más de la tribu que nos acoge; pero por el mito, el ídolo, el fruto del mesianismo popular, no puedo dejar de sentir cierto desasosiego. Sobre todo porque percibo que se ha construido con el barro de unas necesidades vitales que, al día de hoy, son más universales que nunca: creer en la posibilidad de un futuro inmediato acorde a nuestros deseos y esperanzas, por un lado; y, por el otro, enterrar como sea las plagas de oscurantismo e ignorancia que han infestado los desgraciados días de las dos primeras décadas del siglo XXI, años que, a los ojos de la gran cinta temporal de la humanidad, serán vistos con el debido desdén y desprecio.

^[II] Las globales y hermosas barricadas de alegría y de paz en el ánimo que se han erigido tras el ascenso del elegido al

altar de la historia presente y futura están sedimentando en el entendimiento de los auspiciadores (el orbe entero, prácticamente) la convicción de que la ecuación imposible del género humano ya tiene un matemático que la resuelva. Mas nadie ha caído en la cuenta de lo que ocurriría si, tras los fastos de un ascenso bendito por la aquiescencia general, al cabo de tantos esfuerzos e industrias, se comprueba que la solución adecuada no yace en sus manos.

Si eso llegara a pasar, aquellas alegrías trocarán por desgracias y, en proporción a la altura de las esperanzas, así serán los descensos a la tragedia.

No quiera el ciego que ha recobrado la vista verlo todo sin pausa ni mesura porque bien pudiera suceder que, ahítos los ojos de tantas imágenes, se acaben volviendo a la negrura más profunda para no regresar jamás a la luz. Así, pues, ahora que lo hemos elevado a una considerable distancia de los mortales y que lo veneramos por lo que es y, fundamentalmente, por lo que no es, va siendo hora de que vayamos bajándolo paso a paso, con cuidado, sin desaires ni aspavientos, y sin que zozobre su trono. Ubiquémoslo donde la prudencia asienta su imperio, o sea, a nuestro nivel o, como mucho, al del escalón superior siguiente, pero poco más.

Aunque sea en este momento poseedor del mejor patrimonio de nuestra especie —la esperanza—, no debemos dejar de recordarle (y, de paso, no hemos de olvidar) que ha de mirar siempre atrás porque solo es un hombre. A la certeza de que nada de lo humano le es ajeno, Sr. Obama, tiene que sumarle también la asunción de que es mortal.

VI. «A veces, cuando uno menos se lo espera, se dobla la esquina de la calle y aparece ante nosotros una mujer que huye desfavorida de las bombas con un hijo muerto en los brazos mientras se convence de que eso no le está pasando. Como el que contempla algo ajeno, la vemos saltar por encima de hombres sin piernas ni manos, de murallas sin paredes, de sueños e ideales. Observamos cómo su miedo busca un

refugio donde puedan guarecerse el que ya no es y la que parece no ser. Allí, escondidos, aguardarán a no se sabe quién que, se supone, vendrá a no se sabe cuándo. A veces, cuando uno menos se lo espera, se encuentra bajo los escombros de cualquier rascacielos a alguien que esa noche llorará sus lágrimas más tristes con su hijo muerto en los brazos. Y uno, que es cobarde, pero no insensible, se volverá sobre los pasos andados y desdoblará la esquina torcida tal y como Occidente exige que se haga: lentamente, sin hacer ruido, con el rictus serio y en una afectada muestra de respeto. Así hasta regresar al punto de partida, aquel en el que enflaqueció el cantón. Luego, hay que proseguir el trayecto alterado no sin desear unas felices fiestas a cuantos transeúntes nos encontremos».

VII. Teoría.⁸⁹ Un *abogado* que carecía del más mínimo conocimiento de las leyes exponía a supuestos clientes de qué manera podían resolver por la vía jurídica el conflicto que les aquejaba y que parecía irresoluble a tenor del dictamen de un juez.

Una *matemática* que desconocía lo que era el álgebra y que a duras penas recordaba las tablas de multiplicar defendía con ardor ante cuantos quisieran escucharle cuál era la solución a la incógnita número 8 de Hilbert, la denominada “hipótesis Riemann”.

Un *cocinero* que nunca había manejado calderos, sartenes ni hornos hablaba constantemente de los manjares más suculentos que conocía y dictaba a sus interlocutores qué ingredientes eran aconsejables para un plato y cuáles debían evitarse para que no se produjesen males mayores entre los comensales.

Una *médica* que no sabía distinguir las enfermedades y que desconocía lo que era tratar a un enfermo exponía a sus

89. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 22 de marzo de 2009. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

discípulos cómo se utilizaba un desfibrilador y por qué, a su juicio, se aconsejaba su uso en la fibrilación y taquicardia ventriculares.

Un *piloto* que jamás había llevado un avión explicaba con pasión a los futuros pasajeros qué se sentía a los mandos de una aeronave, qué precauciones debían asumirse ante determinadas situaciones de riesgo y, cuando se animaba, cómo se conseguía una perfecta estabilidad durante el vuelo.

Una *electricista* que no estaba al tanto de lo que eran las corrientes alterna y continua, y que nunca había oído nada relacionado con la baja ni alta tensión, intentaba probar a ingeniero que supervisaba una obra cómo los multímetros o polímetros analógicos son, a su juicio, más fiables que los digitales.

Un *sacerdote católico* hablaba de la familia y las mujeres.

VIII. Credo. Creo en el hombre y en sus posibilidades, creo en el futuro y en la permanencia del pasado, creo en la fuerza de la razón y en tu razón, creo en tu habilidad y tus aptitudes, creo en tus esperanzas y en tus anhelos; amo lo que tú amas y solo te pido lo que me das. Creo en el poder de las palabras y en las semillas. Creo en tus hechos y en tus pisadas, en el privilegio de cada segundo, en los caminos y las colinas, en el horizonte donde nunca se pone el sol. Creo en el infinito de tus abrazos, en los labios con besos y los estómagos con pan; y, sobre todo, en la fe, en la que permite que uno se levante para ver los amaneceres y detener el mundo para contemplar sin prisas una flor, la que esboza sonrisas y amorosa se sujeta a la calidez, la que consigue que las montañas más abruptas sean cruzadas con los pies desnudos. Sí, creo en la fe, en esa que bajo el especular susurro emulativo de Bob Dylan, soplando al viento, concede la certidumbre del mejor mañana posible.

IX. «*He aquí la soledad del que ve caer sus células*, como si fuesen boliches, debajo de los muebles del comedor, en los

calderos de piedra pómez, en la terraza llena de geranios naranjas, dentro de los cuadros sin marco, en la boca del gato, entre las baldosas cuatrocientas doce y cuatrocientas trece de la puerta principal, en el jarrón que dejó en herencia la vieja tía de Argentina, la misma que se negó a revelar los deslices de una juventud en la que rozó la santidad sirviendo al párroco de su localidad más allá de lo que era menester que hiciese una barragana de pro como ella y que compaginó esta honorable actividad con el servicio a un viudo general filipino que nunca le confesó estar casado y que todas las noches la demandaba porque temía morir a manos del fantasma de un enemigo que desde hacía muchos años era pasto de los gusanos en San Jerónimo de Acaimo» [de *Los restos del naufragio*].

X. 18 de junio de 2010. «Y ahora, ¿qué leo?».

XI. La circunferencia.⁹⁰ Siempre lo mismo: los mismos almuerzos, las mismas cenas, las mismas cestas, el mismo aguinaldo, las mismas postales con los mismos mensajes. Las mismas palabras de siempre que nunca dicen nada. La misma necesidad de un encuentro forzado, de una reunión prescindible, para la misma cura en salud de siempre.

El mismo sorteo de todos que a nadie toca, con los mismos cantores, las mismas bolas, los mismos periodistas buscando a los “descorchadores” de cava y las mismas fotografías, con las mismas sonrisas, las mismas anécdotas y los mismos banqueros; y los mismos suertudos que no compraron hasta la víspera y de chiripa el boleto premiado.

Los mismos atascos humanos en las mismas tiendas, en los mismos centros comerciales, en las mismas calles de cada día. La misma previsión de hacer las mismas cosas con tiempo, la misma proa al marisco de las expectativas

90. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 26 de diciembre de 2007. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

incumplidas. Las mismas advertencias sobre el ahorro a pesar de los mismos dispendios; la misma aceptación tácita de que todo está justificado. La misma irresponsabilidad, la misma gula. Las mismas carreteras infestadas de vehículos, las mismas colas; la misma falta de aparcamientos, el mismo malhumor, las mismas esperanzas que se truncan, las mismas guaguas con los mismos pasajeros portando los mismos regalos, los mismos puestos callejeros en los mismos lugares de siempre.

Los mismos cajeros, los mismos créditos, los mismos carteles invitando al mismo consumo. Las mismas listas de presentes, los mismos destinatarios, el mismo estrés. Las mismas luces y la misma convicción en lo hermosas que quedan las calles y lo que cuestan al erario público. Los mismos belenes, las mismas guirnaldas, los mismos árboles. Los mismos noes con la misma aclaración acerca de su vestimenta: «Fue Coca-Cola, que...». Las mismas explicaciones, los mismos destinos, la misma resignación, el mismo horizonte tras la fatiga, la misma esperanza: que todo se acabe ya. Los mismos coros que cantan los mismos villancicos, las mismas recetas, las mismas innecesarias necesidades, la misma alegría enlatada.

Los mismos comunicados huecos, compuestos con la misma retórica y el mismo estilo; la misma aceptada falsa solidaridad; la misma felicidad impuesta, y supuesta. El mismo mensaje regio, siempre el mismo; los mismos especiales televisivos con los mismos hipócritas vestidos con las mismas lentejuelas. La misma fotografía del mismo niño hambriento, la misma familia oprimida del mismo tercer, cuarto, quinto mundo de siempre. Las mismas moscas, las mismas bombas, los mismos hospitales. La misma cuenta corriente impresa en las pantallas de los televisores, las mismas sonrisas empuñando las mismas bebidas espumosas. Los mismos efluvios de paz diluidos bajo el mismo rímel de los mismos focos.

Las mismas advertencias sobre el colesterol, los mismos menús grasientos y sanguinolentos. La misma necesidad de

beber porque sí; y, por supuesto, brindando. Las mismas familias desconocidas que se encuentran sin saber muy bien por qué. La misma sensación de hartazgo, de repelencia, malagana, cansancio, hastío, pereza; el mismo deseo de mandar todo a la mierda, como siempre también. Las mismas visitas desganadas, los mismos quebraderos de cabeza en el cumplimiento del indeseable deber de regalar. La misma peluquería para componer el mismo peinado. La misma laca. Las mismas aguas perfumadas. La misma voz francesa que las anuncia bajo la misma sensualidad, obsoleta y anquilosada.

Las mismas ceremonias multitudinarias, tan llenas de vacíos y rutinas; las mismas bendiciones papales, las mismas corbatas para las mismas poses, las mismas noticias; los mismos presentadores que cantan, los mismos voceros que ahora hacen de misioneros. Los mismos telepredicadores. La misma mención a la nieve en pleno desierto. El mismo cumpleaños sin homenajeado. La misma ñoñería por defecto. La misma evocación sepia a los olvidados de oficio bajo el mismo “What a Wonderful World” de Louis Armstrong que nunca se raya.

Las mismas uvas airadas. La misma concentración humana mirando el mismo reloj. El mismo tañer de campanas, los mismos voladores y los mismos abrazos que, como siempre, se construyen para el levantamiento de los mismos deseos que, a los pocos minutos, se harán trizas. La misma falta de taxis, los mismos churros con chocolate bajo las mismas cuitas étlicas. La misma medianoche que preludia otro año igual. La misma creencia de que todo será mejor. El mismo planteamiento de los mismos objetivos que no se cumplirán nunca; el mismo paro, las mismas deudas, el mismo Estado hipotecado, los mismos políticos, los mismos terroristas; y la misma huerta que la muerte regará en el asfalto, en los mismos crímenes de siempre, en las mismas guerras que convienen a Occidente.

El mismo “Happy Christmas” de Lennon con la misma voz en *off* de alguien que tiene escrito en el mismo guion

radiofónico de siempre que toca desear algo bueno porque es lo que hay que hacer y punto. Los mismos peces en el mismo río y las mismas muñecas dirigiéndose al mismo portal. La misma soporífera morriña que preside los mismos desfiles, los mismos reyes magos multiplicados, el mismo confeti, el mismo empalagoso dulce, el mismo espectáculo; el mismo cine de consumo y el mismo ocio de siempre que nos consume. La misma caja registradora, la misma basura acumulada tras el mismo día de autos, los mismos comercios pegando los mismos carteles de las mismas rebajas.

La misma añoranza rebañada de retorcido morbo; la misma necesidad de ser nostálgicos antes de que nada se pueda echar de menos; los mismos tiernos infantes que recuerdan y sienten un nudo en sus corazones sin marcas memorísticas. El mismo puñetero carillón regodeándose en las mismas imaginéras de celofán.

La misma fusión hombre-tarjeta, el mismo mercantilismo que no ha de ser sancionado cuando se acepta como contubernio capitalista válido; el mismo admisible desprecio al fariseo, el mismo que habla con rostro preocupado de las abundancias mientras se excede, el mismo que muestra compasión cuando suele ser inclemente, el mismo que se llena la boca de paz en el fragor de los rescoldos que sus guerras precedentes han dejado durante los últimos meses. Los mismos deseos de que sean expulsados inmediatamente de cuantos edenes haya.

Los mismos cenizos que, como yo, en su mismidad, todo lo critican; los mismos falsos que todo lo ensalzan. El mismo gremio de amargados, dichosos y pordioseros elevados a los altares de la clarividencia. La misma demagogia de siempre aceptada por el mismo texto que, como este, ataca lo mismo de siempre. Nada pasa, todo queda y todo avanza; siempre igual, como siempre, como no puede ser de otro modo: alrededor de lo mismo.

XII. El hipócrita.⁹¹ Soy un hipócrita, lo reconozco. Me invito de un ateísmo que me convence y defiendo, pero celebro que la constitucional aconfesionalidad española permita, en una suerte de burda paradoja, que haya jornadas no laborales porque han sido consagradas a santidades o acontecimientos de la mitología cristiana.

Confieso que me sentiría más a gusto si trocasen esos días por otros de carácter más laico; de hecho, debo apuntar al respecto que el país de mis sueños no contempla en su calendario ningún Día de Todos los Santos ni un día dedicado a una concepción sin mácula, ni una natividad con su correspondiente Epifanía; ni tan siquiera, puestos ya en el tajo, una Semana Santa. No. Esa nación onírica de la que les hablo sustituiría el día de los santos por el de los Derechos Humanos; el de la Inmaculada, por el Día Internacional de la Diversidad Sexual y de Género; el día de Navidad, por el Día Internacional de la Igualdad; el de Reyes, por el Día Internacional de la Solidaridad; y la Semana Santa, cómo no, quedaría despedazada en varias celebraciones significativas: Día de la Tercera Edad, de la Infancia, de la Tierra, etc.

¿Y las fechas religiosas? Pues que se ubiquen donde indiquen los responsables de los credos, pero sin el reconocimiento de festivo a nivel laboral. Al fin y al cabo, la fe, si es sincera, no ha de verse cercenada por estos hechos. ¿Qué creyente honesto dejaría de ir a una liturgia un sábado o un domingo? ¿Qué devoto prescindiría de cumplir con sus obligaciones después de sus horas de trabajo?

En ese espacio ideal, nadie se va a quedar sin sus días de reposo para las agitadas salidas vacacionales, puentes y demás construcciones propias de la arquitectura de los asuetos. ¿Ese es el miedo? Pues que haya tranquilidad que el asunto está resuelto: no se pierden los descansos esporádicos, sino que se sustituyen por la celebración de otros.

91. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 1 de noviembre de 2007. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

¿Ventajas del cambio? Que todo el mundo, con independencia de sus creencias, podrá sentirse identificado por igual en la exaltación, difusión y defensa de días dedicados a temas que nos afectan del mismo modo como humanos, sea cual sea nuestra condición, procedencia y estatus.

En mi territorio virtual, donde se ha hecho efectiva la división de poderes del Estado, no se mezclaría jamás el credo con los asuntos públicos; se defendería sin ambages el que ninguna confesión disponga de apoyo ni sustento estatal por tratarse de organizaciones privadas que, por muchos afiliados que tengan, no dejan de tener tanta entidad como cualquier asociación cultural: su funcionamiento, estructura y normas no son equiparables a los de las instituciones que se financian y sostienen con fondos aportados por el pueblo.

¿Que de dónde procede mi hipocresía? De esa alegría que siento los días festivos de naturaleza religiosa por estar dispensado de cumplir con los quehaceres laborales. Hasta que no se haga realidad el calendario que debería tener mi país de los sueños, me conformo con lo que hay y con esas parcelitas de felicidad cuya efervescencia procuro diluir leyendo este artículo.

XIII. «¿Qué os mueve, panda de zánganos, a regodearos con el poder que el pueblo les ha concedido y que han acrecentado en cuanto les ha sido posible? ¿Quiénes son ustedes para creer que los tiempos parlamentarios son canchas de barrio en las que la lengua manchada de improperios zahiere la honorabilidad de la sociedad a la que representan? ¿Con qué derecho deambulan por las sedes institucionales? Son nuestras, nos pertenecen. Recuerden: solo están de paso...», Sadalone *dixit*.

XIV. **Las etapas de la muerte.**⁹² Piérdase la presidencia negando la realidad: que se es un candidato poco votado, un

92. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 22 de diciembre de 2008. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

líder dentro de un partido en un severo proceso de desintegración y sin soportes firmes, un visible representante de una formación cuyas estrategias políticas no gozan del necesario apoyo y con una línea ideológica que dista muchísimo de ser conocida de manera cabal. Niéguese también la carencia de la exigible competencia para ser un eficaz gestor, la falta de sintonía entre el equipo presidencial y demás circunstancias que, en esta primera etapa, quedarán siempre escondidas bajo las alfombras palaciegas, los «estamos empezando...», los «hay que dar tiempo al tiempo...» y otras expresiones análogas.

Tras la negación, vendrán la ira, el enojo... y las amenazas con los tribunales; los malos modos, la altisonancia, la grosería, la pérdida de los papeles, los desplantes; el falso corporativismo, el apoyo incondicional que será más condicional que nunca, la sombría solidaridad entre los miembros del equipo presidencial. Todo estará envuelto en esa aureola de ira y enojo contra el mundo exterior. Llegará el «cuánta ingratitud...» y el «no podrán con nosotros...» en medio de palmadas de falsa efusividad en la zona de los músculos trapecio, romboide mayor e infraespinoso. Vendrán el disparar hacia cuanto se mueve y el convencimiento de lo estúpido que es el pueblo porque no sabe valorar el esfuerzo que está realizando. En última instancia, se hará perceptible la tranquilidad de sentirse protegido de tanta ignominia porque las paredes del palacio son demasiado gruesas.

Mas un día llegará la congoja, la tristeza... Un día, el defenestrado presidente se derrumbará: se mirará al espejo y se preguntará si, en realidad, merece la pena todo lo que está haciendo. Pensará en las horas de sacrificio familiar, en los traidores que ha ido descubriendo en los últimos tiempos (a muchos de los cuales protegió en la etapa de la ira...); y reflexionará sobre esas pequeñas cosas que ahora no debe realizar. También en las que no puede hacer, y en aquellas que desconoce. Se sentirá débil, vulnerable... Aunque no dude de sus buenas intenciones, pondrá en

cuestión si estuvo lo suficientemente preparado para acometer la más alta de sus empresas laborales. Eso sucederá, quizás, el día en el que el negado presidente descubra, mirando a través de la ventana de su despacho, que el mundo exterior que ve, ese orbe lejano compuesto por ciudadanos anónimos a los que está convencido que ha servido con abnegación, es mucho más ignoto de lo que se puede imaginar porque las paredes del palacio son demasiado gruesas.

Por último, arribará la aceptación del final. Aflorará en el ánimo la percepción del «hasta aquí hemos llegado...», del «se acabó lo que se daba...» y todo cuanto envuelva al presidente será ya intrascendente, insulso, efímero. Las agendas y los cajones se vaciarán; se guardarán los retratos, se archivarán las carpetas, se cerrarán por última vez muchas puertas y se andarán muchos últimos tramos de pasillo. Predominará la circunspección y serenidad. Se reconocerá que un buen número de homólogos ya pasó esta fase y no pocos acabarán en ella más pronto que tarde. Es ley de vida... política.

XV. Renovaciones perversas.⁹³ Retiramos al veterano, traemos al nuevo, al joven, al futuro. Apelamos a la proyección. Nos quejamos de los dinosaurios, de la permanencia en los puestos, de las prolongadas trayectorias en los hemicírculos; mas no pensamos ni por un instante que esos recién llegados, dado lo larga que será su previsible estancia, con probabilidad terminarán sucumbiendo al mal de los impercederos. ¿Qué haremos cuando, después de habérseles dejado saborear la miel del poder desde tan temprana edad, queramos arrebatársela en plena madurez, en el momento en el que los ánimos de la experiencia ya estén bien compuestos para el gobierno de la nación? ¿Permitirán los renovadores ser sustituidos entonces? Las transiciones son delicadas, muy

93. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 25 de julio de 2008. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

delicadas...; a mi juicio, excesivamente delicadas. La virtud de estas se sustenta en la evitación de que se termine convirtiéndose en una “previsible inmadurez” lo que fue catalogado hace años como una “admirable precocidad”.

XVI. Elecciones.⁹⁴ El esperado circo, por fin, ya llega. Miren, miren cómo desfilan las marionetas con sus testas augustas; cómo los saltimbanquis, con sus pecheras atestadas, desafían a la gravedad con su ligereza de cascos. Fíjense en cómo... ¡flotan! Ahí veremos a los malabaristas sobre el alambre, sin miedo a caer en la toga. Y miren ahí, miren a los payasos cómo se echan tartas de improperios a la cara haciendo ver que están enfadados. ¡Qué disfrute! ¡Qué delirio! Allí se encuentran los leones de prensado cartón-piedra. ¿Ven cómo devoran entre ósculos y lengüeteos al indomable domador? ¡El circo! Pasen, pasen y sean testigos de cómo el faquir demuestra lo abnegado que es tragando sables y soportando los pinchos de su cama sin dejar de sonreír. ¡Todo es alegría! ¡Parabienes a tutiplén! ¡Esto es Arcadia! ¿Ven cómo vuelan los elefantes? ¿Ven cómo se contonean las serpientes al ritmo de tangos, mariachis, folías y oradores? ¡Por fin! ¡El circo! Ciudad memorable, sin duda, que congraciada al espectáculo sabe cómo hacer enmudecer al dichoso niño antes de que se le ocurra la impertinencia de siempre: «pero si el rey está desnudo».

XVII. Desaconsejada consejera...⁹⁵ Mira cómo arde tu ciudad; cómo tus soldados se sublevan, cómo toman los

94. Este texto salió por primera vez en *Teldeactualidad* el 13 de junio de 2008 con el título “El circo”. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

95. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 23 de mayo de 2008 con el título “Nerona que atropella”. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última. He preferido no concretar el contexto que promovió la composición y difusión de este artículo en 2008, y la revisión en el libro de 2010. La razón hay que verla

campamentos, cómo te desprecian y preciarán al que tu cabeza corte. Mira, Nerona que atropella, cómo tus generales dudan de ti, cómo te obedecen en cada responso dedicado, cómo conjuran con su Casio; cómo alimentan a su Bruto particular. No habrá poetas que ensalcen tus hazañas porque se han quedado sin palabras ni armonía; mira tu soledad, Nerona que atropella. Mira a tus súbditos divididos en medio de la peor incertidumbre. Ni el pan ni el circo han sido suficientes para que no se arrojen contra tus soldados. ¡Ay, Nerona que atropella! Recuerda que Roma ya ardió una vez, y siguen todavía escupiendo sobre las cenizas de su emperador.

XVIII. «*Ciudadanos, sé que nada debe ser más penoso para ustedes, amantes de la democracia y conocedores del significado de las instituciones, que presenciar la zafiedad con la que se envuelven nuestros generales, sus pendencias y vaguedades. Irrita verlos en el foro agasajados por sus acólitos, que les aplauden y vitorean cada dos estúpidas oraciones en las que no han buscado la coherencia discursiva o la contribución reflexiva a una opinión que pueda ser refutada. Mírenlos con sus poses de arrebatado inspirador y la confianza de que sus cancerberos sabrán demostrar cuán poderoso es el grupo, qué grandes alaridos son capaces de dar y cómo logran mostrar la inquina que sienten hacia los adversarios. Son como bestias, como animales que muestran su fortaleza con los únicos instrumentos con los que la naturaleza los dotó, entre los que no está, por supuesto, la razón ni el talento...*», Sadalone *dixit*.

en la capacidad del escrito para amoldarse a todos aquellos cargos políticos (concejales, consejeros, ministros, etc.) que, en el desempeño de sus funciones, actúan con despotismo, soberbia, tiranía... Las palabras dirigidas a una "desaconsejada consejera" son las mismas que deberían recibir los que, desde sus poltronas, hacen gala de ser antidemócratas y, en consecuencia, como los dictadores sean de la ralea que sean, fanáticos del autoritarismo.

XIX. **¿Qué hay de lo nuestro?**⁹⁶ Reconozco que al principio había pensado en abordar la cuestión con cierto cinismo, un poco de sarcasmo y una pizca de retazos irónicos que debían caer espolvoreados sobre las conclusiones. Mas luego me di cuenta de que el tema arrastraba consigo tanta literatura, tanta fábula y ficción a la vez, que añadir más condimento iba necesariamente a estropear la irritante circunstancia del asunto.

Más tarde quise ir a la yugular, como se dice: sin piedad, con ira, sin prudencia, con malestar, sin mesura, con violencia; pero me contuve porque un ápice de luz me hizo atisbar que así muy poco era lo que podía obtener más allá de una silenciosa defensa numantina de los agredidos y los vítores desmedidos de los enemigos de los atacados, quienes, por otro lado, están cortados por el mismo patrón.

Por eso solo me voy a limitar a preguntar acerca de la cuestión que tanta zozobra me causa a tenor de lo que ya empieza a ser moneda de uso habitual: la presencia de representantes públicos inmersos en batallas de índole personal o política que nada tienen que ver con el desempeño de la función para la que han sido elegidos y por la que cobran un estipendio procedente de los impuestos de los ciudadanos. ¿Por qué, con el único fin de atender cuestiones relacionadas con sus partidos, invierten nuestros concejales, consejeros, parlamentarios, diputados, senadores... tanto tiempo asignado a sus responsabilidades, utilizando, para más inri, medios públicos?

Cada vez que uno de ellos durante su jornada de trabajo institucional llama por teléfono (que casi siempre es corporativo, por supuesto) para hablar con alguien de su agrupación política con el fin de abordar cuestiones exclusivas de la formación que los vincula; cada vez que coge un transporte (en horario laboral) para ir a una reunión de la

96. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 22 de febrero de 2009. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

comisión equis de su partido; cada vez que hace uso de los recursos de la institución para la que trabaja (repito: para la que trabaja) con el propósito de atender tareas personales que nada tienen que ver con los asuntos que le atañen; cada vez que un representante (en-ho-ras-de-tra-ba-jo) se dedica a realizar declaraciones a la prensa, a la militancia, a Dios sabe quién... para dar cuenta de temas que solo le incumben a él (enarbolar inocencias dudosas, enfangar al adversario, destruir la imagen del contrario, etc.), cada vez que esto es así, ¿no está el político de turno estafando a los ciudadanos porque utiliza para su beneficio y el de los suyos un tiempo y unos medios que deberían ser empleados en servir a sus paisanos, que son los que le pagan por un trabajo que, en el fondo, no realiza?

Si el responsable de que se lleven a cabo gestiones tan complejas como son las que atañen a los intereses públicos, dedica sus horas de curro a la atención de sus cuestiones particulares y las de su colectivo privado (un partido político no deja de ser eso, como una confesión religiosa o una asociación cultural), ¿en manos de quién queda el trabajo por el que cobra el elegido? ¿En las de sus asesores? Y si estos “vasallos” tienen el mismo interés por los asuntos que su “señor” (como suele ocurrir), pregunto de nuevo: ¿en manos de quién queda el exigible y necesario quehacer para que el día a día de la ciudadanía vaya como es menester? ¿Esta delegación de temas importantes al peldaño inferior siguiente no pide a gritos cierto majo y limpio por parte de los afectados, o sea, nosotros?

XX. El decreto.⁹⁷ Decreto 666/2023, de 31 de enero, por el que asignamos cierta partida presupuestaria, siempre que no haya carencia de excedentes foliáceos, para la planificación circunstancial de los elementos estructurales que, en

97. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 11 de mayo de 2008. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

caso de aprobación parlamentaria, servirán de borrador para el diseño de la futura configuración ornamental del necesario espacio arquitectónico vertical y movable abajo reseñado cuya ubicación en el área de trabajo se hará pública por medio del informe general interdisciplinar, pendiente de resolución, que fijará las bases para la convocatoria que dará a conocer la Presidencia del Gobierno autonómico, siguiendo dictámenes técnicos, cuando vea la luz, a través del Real Decreto pertinente, la aprobación ministerial a la iniciativa adoptada por el Consejo de Europa en su última asamblea sobre la idoneidad de impulsar, dentro del marco de seguridad y garantías estéticas y artísticas de los ciudadanos comunitarios y siguiendo siempre las instrucciones publicadas por la Organización del Tratado del Atlántico Norte tras la disolución unilateral de la histórica Organización de las Naciones Unidas, todas aquellas medidas conducentes a la fijación del grado de presión de los buriles, tal como se indican en las Normas AU001 y AY001 de calidad aprobadas por el Consejo de Ministros en el año vaya uno a saber cuál y publicadas en el Boletín Oficial del Estado de fecha, da lo mismo, para que los grabados de las puertas del edificio institucional del Sr. Presidente del Gobierno autonómico no afecten a la vista de los pacíficos transeúntes afines que circulan por la calle de la sede y que en ningún momento se les ocurriría tener la desfachatez de pedir ni apoyar la “homologación sin contrapartidas” de los docentes ni cuestionar la necesaria equiparación salarial de los parlamentarios autonómicos con otras instituciones análogas del territorio español al que renunciamos, según nos convenga, desde nuestro nacionalismo provinciano.

XXI. Miserables.⁹⁸ Sueña el rico con ganarse el cielo que no existe a través de la dádiva preñada. Sueña el santo que no es tal con ser reconocido por su filantropía llena de

98. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 15 de marzo de 2009. La versión de *Moiras* es la segunda; la presente, la tercera y última.

indigencia y podredumbre moral. Sueña el mesías decadente con la aclamación popular por su intercesión falsa y arbitraria en la multiplicación de los panes y los peces envenenados. Sueña el maldadoso curandero con aliviar los dolores del estrés entregando lo que él y los suyos repudiarían. Sueñan todos, en suma, con una bondad que construyen, conscientes o no, sobre el detritus de su particular utopía.

Mas nada hacen el rico, el santo, el mesías, el curandero o el conjunto a la vez por aproximarse a sus deidades⁹⁹ para pedirles, suplicarles, implorarles, demandarles... que aflojen el nudo, que desatasquen la arteria de la burocracia, que suelten un tanto el cinto de la administración, que alivien la opresión, y que dejen que el aire corra para que la mente se despeje, se sosiegue el ánimo y sea posible la construcción de la esperanza.

Que el rico, el santo, el mesías, el curandero o todos en uno cojan ya el teléfono y hagan algo útil: que llamen a las puertas de su cielo particular y digan a esos a quienes idolatran, a esos a quienes tanto deben, que tomen conciencia de los problemas de subsistencia de miles de familias, de la angustia que chorrea en las paredes de miles de casas debido a unas necesidades que ya no pueden cubrir por culpa de una desconfianza monetaria que ellos no generaron; que aplaquen la agria gula de sus iluminadas carteras para que las de los hambrientos no terminen sucumbiendo definitivamente en las sombras; que, desde sus palacios, miren a los ojos de la precariedad para que acepten el noble reto de que a nadie le falte un pan con el que alimentar a sus seres queridos, ni una lumbrera con la que verlos, ni un poco de agua con la que bendecir los rostros mugrientos de desolación, ni un techo bajo el que cobijar el patrimonio de un hogar astillado por la incertidumbre.

99. Aquellas que les abonan el circo cuatrienal con el que nos venden los elixires de una prosperidad que solo será cierta para los de su ralea.

Que el rico, el santo, el mesías, el curandero o el grupo al mismo tiempo, por lo que más quieran, llamen ya a estos ídolos y les digan que la generosidad demandada no ocasionará pérdidas ni menoscabo alguno a la magnificencia de sus mansiones, ya que ellos se comprometerán a pagar lo que aún les deben por la oportunista “financiación desinteresada” del espectáculo de las sonrisas congeladas.

XXII. Un dilema como cualquiera otro. Cuantifico gastos públicos como quien cuenta ovejas: sin la certeza de si lo estoy o no haciendo bien, pero con el convencimiento de que lo contado forma parte del ganado ovino y no del bovino. Algo es algo. Mas sea como fuere, mi conclusión siempre es la misma: hay un gran despilfarro en conceptos que, a mi juicio, son prescindibles, aunque he de reconocer que en ocasiones me entran dudas acerca de si es, en realidad, innecesario todo aquello que merece para mí esta calificación. Veamos: es posible que —salvando las distancias— sean más importantes los gastos de representación o publicitarios de un gobierno autonómico que tratar de mantener un museo o crear y dotar un nuevo centro educativo. No lo sé. También cabe suponer que, por culpa de mi ignorancia, yo sea incapaz de ver cualquier atisbo de lógica en las mensualidades de los políticos, sobre todo los de ámbito local, que son los que manifiestan una desquiciante tendencia a la desproporción. Quizás soy un mal pensado y no debería poner en duda el correcto gasto del dinero público; y, si no fuera así, probablemente convendría que dijera que nuestros representantes consumen los fondos que reciben sin saber en realidad que no lo hacen de manera adecuada. El desconocimiento como disculpa: «ahí, quienes manejan el cotarro son los técnicos», como me dijo una vez un “preclaro” concejal, hijo predilecto de la displicencia. Sea como fuere, lo malo de todo esto que expongo es que yo soy un don nadie que contribuye, como tantos, a que unos pocos decidan (de modo arbitrario en bastantes ocasiones) si lo que gastan es o no acorde al sentido común y a las necesidades.

XXIII. Cuestión matemática. Soy el responsable de cinco asuntos administrativos. Tengo a mi cargo a veinte trabajadores para que los saquen adelante. Estamos en crisis y debo hacer recortes en mi área de gestión. La mejor medida es echar a la mitad de mis subordinados. Así podré contener el gasto de mi oficina. Ahora he de atender cinco tareas con diez empleados. La solución no puede repercutir en el cumplimiento de las funciones asignadas. Es una orden superior. «La reducción no afectará al servicio», informo a los medios de comunicación. Conclusión: desde el principio, siempre me sobró una decena de individuos.

XXIV. El organigrama.¹⁰⁰ El superadministrador general y plenipotenciario, a quien todos tratan con reverencial respeto, tiene bajo su mando a dos simples administradores generales: el administrador general 1 y el administrador general 2. Al administrador general 1 le corresponde la gestión de los asuntos A y B; el administrador general 2, a su vez, se encarga de los temas C y D. El administrador general 1 ha decidido que los asuntos A sean llevados por el administrador subgeneral 1A y los B, por el administrador subgeneral 1B; por su parte, para no ser muy distinto de su homólogo, el administrador general 2 ha considerado oportuno que las materias C sean competencia del administrador subgeneral 2A y las D, del administrador subgeneral 2B.

El administrador subgeneral 1A se queja porque el volumen de las cuestiones A requiere de una división más razonable de los recursos humanos, de ahí que haya estimado necesaria la creación de los puestos de gestor de nivel 1AA, que se encargaría de los contenidos AA, y gestor de nivel 1AB, que haría lo propio con los AB. El administrador subgeneral 2 sigue la estela de su camarada de horizontalidad

100. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 25 de febrero de 2008. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

jerárquica y crea las plazas de gestor de nivel 1BA y gestor de nivel 1BB para que se subdividan los asuntos B en BA y BB. Hasta aquí todo claro, ¿no?

El administrador subgeneral 2C no quiere ser menos que sus homólogos y opta por una similar división de funciones de los temas C, que a partir de ahora serán reconocidos como CA, del que se responsabilizará el gestor de nivel 2CA, y CB, del que se ocupará el gestor de nivel 2CB; todo ello, como no puede ser de otro modo, siguiendo las directrices del buen orden exigible a los órganos de gobierno institucionales.

El administrador subgeneral 4, que no estaba al principio muy convencido de la idoneidad de fragmentar los asuntos D, por consejo sibilino alusivo a cierta pérdida de autoridad ante sus colegas, se decide a dar su aquiescencia para que haya unos temas DA, bajo la tutela de un gestor de nivel 2DA, y unos DB, de los que se encargará un gestor de nivel 2DB.

Los gestores de nivel, a los pocos días de ejercer sus funciones, piden a sus superiores, con la exquisita educación presupuestada y tras un pequeño despliegue de recuerdos sobre trayectorias comunes jalonadas por ejercicios de fervorosa fidelidad y diligencia en el servicio a la causa, que tengan a bien la creación de plazas laborales de subgestores porque los asuntos de dos letras pronto serán de tres. ¿Que por qué? Porque hay muchos administrados para tan pocos administradores, porque esto y, fundamentalmente, porque lo otro; porque no es razonable que todo un gestor de nivel —¡un-ges-tor-de-ni-vel, no más!— tenga contacto directo con los usuarios, que dónde se ha visto eso, que no existen precedentes en los vastos anales de la administración pública.

Los administradores subgenerales, tras recibir la solicitud, se reúnen en sesión extraordinaria para considerar la petición de sus subordinados. Después de un breve debate, se llega a la conclusión de que, efectivamente, los asuntos de dos letras pasarán a tener tres y que conviene estar ojo

avizor, no vaya a ser que de la noche a la mañana se produzca el cambio y no estén preparados como deberían para enfrentarse a ello. El problema de los puestos de subgestores, en el fondo, es menor. ¿Quién no tiene un sobrino en paro, un hijo al que le van mal los estudios o un primo con mala suerte?

Los referidos administradores subgenerales informan a los gestores de nivel que por su parte no hay impedimento alguno para que se convoquen plazas de subgestores, pero que todo dependerá de lo que digan sus superiores, los administradores generales, que son quienes firman el visto bueno para que se tramiten las oportunas convocatorias de provisión de puestos en entidades públicas.

Los administradores generales, que no ven más allá del escalón inmediatamente inferior al suyo, deciden que sea el superadministrador general y plenipotenciario el que diga la última palabra a sabiendas de que firmará el impreso de petición de los gestores de nivel sin mirarlo, estudiarlo y/o analizarlo porque habrá de atender a la septuagésima novena llamada de teléfono que en ese momento le reclamará y que no deberá quedar sin la atención debida porque, como en los setenta y ocho casos anteriores, se trata del hiper-mega-superadministrador general, plenipotenciario y supraestelar.

Firmada la solicitud —de la que nada sabrá el hiper-mega-superadministrador general, plenipotenciario y supraestelar— por el superadministrador general y plenipotenciario en algún impreciso momento, los administradores generales pasarán a los administradores subgenerales el documento para que se haga la pertinente convocatoria que, cumplidos los plazos y reclamaciones preceptivos, traerá a la diligente administración a dieciséis subgestores, dos por cada gestor de nivel, que serán los encargados de atender a los usuarios como puedan, sepan y quieran.

Cuando los subgestores tengan una duda con respecto a cómo han de intervenir ante un ciudadano que solicita, pide o exige algo, deberán apremiarle para que elabore un

escrito que luego habrá de recorrer las manos de varios subgestores, los cuales dictaminarán que ese tema no es de su competencia y lo remitirán al rango superior, que, a su vez, hará lo propio elevando consultas al administrador subgeneral del que dependa. Dicho administrador subgeneral verá en el documento una excusa perfecta para acercarse hasta su administrador general. La estrategia será hablarle de pasada del asunto, olvidarse de él y lograr enhebrar alguna conversación interesante sobre lo necesario que es que el administrador general de marras se tome unos días libres porque es mucha su responsabilidad y sin el debido descanso corremos el terrible riesgo de que enferme.

El administrador general agradecerá al administrador subgeneral de turno sus palabras y le dirá, un instante antes de que este cierre la puerta de su despacho, que pasará el tema de la errante petición del usuario al superadministrador general y plenipotenciario. El administrador subgeneral, tras ciertas genuflexiones, se irá consciente de que ahora sí, de que en breve sus atenciones y la prestancia mostradas serán merecedoras de alguna ascendente evolución vertical en el escalafón.

«Tengo una llamada del hiper-mega-superadministrador general y plenipotenciario y supraestelar por la otra línea, luego hablamos», señalará el superadministrador general y plenipotenciario al administrador general, que porta la ambulante solicitud del ciudadano. Al rato, telefonará a su subordinado: «no, no puede ser». El administrador subgeneral comunicará por idéntico canal a su gestor de nivel: «no, no puede ser. Por favor, que en lo sucesivo estos temas se resuelvan desde los subgestores porque no dispongo de tiempo para dispersarme con asuntos como este». El gestor de nivel informará por teléfono a uno de sus subgestores: «veamos... lo del documento... Tengo tanto trabajo y son tantos los papeles que hay que atender... Bueno, veamos... Espera. A ver, a ver... Mmm. No, por supuesto que no, esto no puede ser. Dígaselo al usuario, por favor; y no

vuelva a mí con asuntos tan peregrinos». El subgestor pedirá las oportunas disculpas a su superior por las molestias.

Cuando aparezca el interesado, quince días después, el subgestor le expondrá que no, que no puede ser. Si el administrado llegara o llegase a conmover al funcionario, este le dirá en voz baja, como si de un secreto capital se tratase: «presente una reclamación; pero, por favor, no diga que se lo he dicho yo».

XXV. Del rey para abajo, todos “sabios”.¹⁰¹ Nos alarma que un lego en cuestiones médicas asuma el papel de un galeno y nos dé un diagnóstico o un tratamiento para la recuperación total o parcial de la salud perdida; nos asusta que alguien sin la debida pericia en asuntos económicos afronte la gestión de nuestros fondos pecuniarios; nos inquieta acudir a una justicia impartida por individuos sin formación legal; nos aterroriza que el piloto que lleva el avión que nos transporta desconozca los fundamentos básicos de la aeronavegación; en suma, nos preocupa, estremece, amedrenta, horripila... que un tipo sin preparación asuma unas responsabilidades que, por su naturaleza, exigen un grado adecuado de destreza y formación para que no se roce siquiera la mera posibilidad de la catástrofe.

Si la gestión política es una actividad que, como la medicina, la justicia, la banca o la aviación, por citar algunas, son fundamentales para la sociedad, ¿no creen que sería necesario exigir a los representantes públicos una mínima aptitud, ciertos conocimientos básicos de la tarea que han de realizar para que esta sea efectiva? ¿Por qué los que aspiran a un asiento institucional no se preparan convenientemente en el ejercicio de gobernar para adquirir el adecuado bagaje que les permita ser buenos gestores de los bienes públicos?

101. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 28 de enero de 2008. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

Soy consciente de que la democracia, para que sea tal, debe consentir que cualquier ciudadano pueda acceder a la representación popular. Si este paso solo estuviera reservado a una minoría, esta, por mucha preparación y bondad en las intenciones que mostrara, nunca terminaría de gozar del beneplácito del pueblo, excluido en su mayoría de los órganos donde se deciden su presente y su futuro. Por eso, si tuviera poder para ello, jamás movería un dedo para impedir que fuera concejal, consejero, diputado... alguien sin bagaje cultural ni académico; no podría, lo siento. Antes depositaría todas mis esperanzas en que sean la prudencia y su sentido de la vergüenza las que le frenen, y que el instinto de supervivencia le haga ver que no es razonable estar deambulando en las instituciones buscando la manera de no sucumbir en el intento. Confío en esto al tiempo que asumo que, si recibe el apoyo de los votantes, cuenta con mi aceptación, aunque no sea de mi agrado el elegido. Es el tributo que exige la democracia para ser plena: el poder ha de estar en manos del pueblo.

Pero que acepte esta hipotética ignorancia de los electos, no significa que admita que, por debajo de estos, haya una avalancha de ineptos; los cuales, como simples cargos de confianza, usurpan parcelas decisivas en los gobiernos públicos paralizándolos por culpa de su falta de preparación sobre cómo funciona la maquinaria administrativa. Ojo, no hablo de mala intención ni de fines aviesos en sus propósitos, no; sino de algo peor: de ignorancia, de desconocimiento de los procedimientos, de incapacidad para comprender los mecanismos que rigen en una democracia y que garantizan la transparencia en la gestión, etc.

Con ser discutible eso de ubicar aquí a este y allí a este otro, asegurar un sueldo a este pobre y no dejar en la calle a aquel mísero que está más allá...; repito, con ser ya esto cuestionable, es nefasto —sin lugar a dudas—, se mire por donde se mire, conceder a los “colocados” puestos de responsabilidad en áreas que desconocen por completo. No estoy en contra de los cargos de confianza: creo que hasta

cierto punto pueden ser necesarios; lo que censuro es la presencia de un grupúsculo que, sin formación ni capacidad, ocupan determinadas plazas y están habilitados para tomar decisiones que afectan al día a día de la ciudadanía.

XXVI. Eruditos de Argamasilla.¹⁰² El que lo quiera coger, que lo coja; el que no, que lo deje correr, que se quite las migas de pan de su chaqueta y proclame a los cuatro vientos su hidalguía y adhesión inquebrantable a lo que les dé la gana, pero no entiendo la actitud de algunos escritores (conmigo a la cabeza, si les apetece, ¿por qué no?) cuando se ponen a disertar sin ton ni son —con cierto halo de prestada autoridad— de temas que desconocen en su más profunda esencia. ¿Qué hago yo, por ejemplo, hablando de electricidad si no distingo un fideo de un filamento?

Tan pronto como me los encuentro en mis lecturas matutinas, no puedo dejar de esbozar una leve sonrisa que sirve de preludio a un «ahí va, otro académico argamasillesco» (como yo, si les apetece, ¿por qué no?): ves el “empalagoso” y la rimbombancia de un verbo que no les corresponde; ves una profusión de datos que sabes sobradamente (porque aquí nos conocemos todos) que no provienen de una consulta directa a las fuentes, sino de otras procedencias cuyo rigor debe ser, cuanto menos, cuestionado (ya ven que no digo negado); ves una forma de radicalismo sin medida en la expresión propia del que ha sido adoctrinado en el único conocimiento que otros quieren que tengan.

Ante esta realidad, la pregunta es inevitable: ¿qué ganan con estos textos? ¿Qué esperan que hagan los lectores tras su lectura? ¿Creen que sirven para una toma de conciencia sobre lo que hablan? ¿Qué buscan cuando hacen el esfuerzo de poner su nombre a algo que no es suyo, total o parcialmente? ¿Quién ha de acariciarles el lomo? ¿Por qué dejan de ser ellos mismos para ser lo que otros quieren que sean?

102. Este texto se publicó en *Teldeactualidad* el 8 de febrero de 2008. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

Posiblemente, estén convencidos de una genialidad que no les corresponde; les agraden las felicitaciones interesadas de sus adláteres; les regocije participar en la feria diaria de los sobones que ensalzan con el haz de la falsa complacencia lo que el envés del sentido común ridiculiza y menosprecia; o, quizás, disfruten de la sola idea de ser “líderes de opinión” en un reino de taifa... (entrecomilladísima expresión, por supuesto). Es posible, no lo sé; bueno, es posible que sí lo sepa, pero... Vaya, ¿qué más da?

Lo único cierto entre tantas probabilidades es que esa realidad existe; es perceptible, constatable, demostrable... Penosa cuando desprende ira y una descontrolada animadversión; y risible cuando se contempla como un debate de identidad del escribiente forjado a través del dilema: o cola de león, o cabeza de ratón.

Los remedios para estos casos ya están inventados: muchas lecturas, mucha autocrítica y, cómo no, mucho entrenamiento en el agreste y perturbador universo de las vergüenzas ajenas.

XXVII. Silogismos democráticos. El partido A defiende X; el partido B sostiene que lo mejor es Y; y el partido C sugiere que lo ideal es Z. Todas las opciones son respetables, pero solo una ha de ser la elegida. Creamos un mecanismo, el voto, y le concedemos la necesaria validez: que un número específico de individuos decida con cuál de las tres propuestas nos debemos quedar. Si opto por una opción es porque no estoy de acuerdo con las otras dos o porque la considero mejor. Si a ello le sumamos la posible afinidad ideológica (hasta donde se pueda incorporar este factor en nuestros días), obtenemos que mi adhesión a un grupo responde a mi discordancia con los otros dos. Si esto es así, pregunto: ¿cómo debo sentirme si, tras apoyar a la candidatura de A, verbigracia, este permite que gobiernen B o C? No es aceptable que se dé este claro ejemplo de contubernio.

La persona responsable del partido A, en una rueda de prensa abarrotada de periodistas, alegará que por el bien de

la institución su formación facilitará el acceso al grupo de gobierno del representante de la candidatura B o C porque «han alcanzado un acuerdo que beneficiará a los ciudadanos». ¿Que beneficiará a los ciudadanos?, pregunto. No puede favorecerme el enfado y la decepción que supone para mí ver cómo llega al poder una formación que no ha recibido mi apoyo electoral por culpa de otra que sí contó con mi aprobación. ¿Qué hago con la sensación de estafa que me produce esta situación? ¿Me la como con papas fritas? ¿Y las dudas sobre el valor de la política que depositan en los ciudadanos estas decisiones y alianzas?

El candidato de la formación con más representantes elegidos, pero que no ha obtenido la mayoría absoluta, sostendrá que es muy difícil manejar una institución en minoría.

—¿Por qué? —pregunto.

—La oposición boicoteará todas mis iniciativas.

—No puedo creer que eso vaya a suceder —tendré que decirle.

—Es usted un ingenuo. En política las cosas no funcionan como uno quiere, sino como a uno le dejan —me dirá.

—No lo entiendo —me verá en la obligación de responderle—: si usted, que está al frente de una institución, tiene una propuesta que es buena para la ciudadanía, ¿por qué no habría de ser respaldada por los miembros de la oposición? ¿Acaso carece de argumentos sólidos e irrefutables que sirvan para demostrar que su plan es beneficioso para todos, incluso para los que no le apoyaron con sus votos en las elecciones? ¿No puede convencer a sus adversarios?

—La oposición no me dejará por mucha razón que tenga: las iniciativas serán boicoteadas permanentemente para que la institución sea ingobernable y a través de alguna moción terminarán echándose.

—Bueno —responderé—, pero se irá siendo un firme defensor de sus ideas y de sus creencias, y eso le honrará y mostrará su seriedad y respeto hacia quienes han confiado en usted y le han puesto donde está.

—Ya —me dirá bajando la mirada—, honra, seriedad, respeto...

Tal vez esté equivocado, pero me ha parecido que lo último ha sido dicho con cierto retintín. A lo mejor no son más que imaginaciones mías.

—¿Qué rayo —sigo con mi batalla— ha de fulminar a quien de la formación A, B o C llegue a declarar que tal o cual iniciativa del grupo A, B o C es muy positiva para la ciudadanía y, por lo tanto —atendiendo a los que deberían ser naturales principios de buscar lo mejor para la comunidad—, no puede dejar de apoyarla? ¿Qué plaga bíblica caerá sobre los individuos de A, B o C que destaquen la idoneidad de una propuesta de A, B o C para la sociedad a la que prestan sus servicios? ¿Por qué lo habitual es que todo lo que diga A, B o C sea tan nefasto para el contrario? ¿No hay nada, pero nada de nada, en lo que sean capaces de llegar a algún tipo de concierto? ¿Qué sentido tiene vivir en una democracia cuando el valor de la palabra y el diálogo se esconden bajo las alfombras de una fidelidad política que solo atiende a ver al representante propio como un mesías incuestionable cuando no deja de ser un simple mortal que, como tal, puede y debe errar para aprender?

XXVIII. Examen. A partir de los siguientes sustantivos,

[A]. *Mesura*. 1. f. Moderación, comedimiento. 2. f. Cordura, sensatez, templanza en las palabras o acciones.

[B]. *Fanatismo*. Preocupado o entusiasmado ciegamente por algo. Tenaz preocupación, apasionamiento del fanático.

[C]. *Transigir*. 1. intr. Consentir en parte con lo que no se cree justo, razonable o verdadero, a fin de acabar con una diferencia. U. t. c. tr.2. tr. Ajustar algún punto dudoso o litigioso, conviniendo las partes voluntariamente en algún medio que componga y parta la diferencia de la disputa.

[D]. *Intransigencia*. 1. f. Condición de quien no transige o no se presta a transigir.

[E]. *Tolerancia*. f. Respeto a las ideas, creencias o prácticas de los demás cuando son diferentes o contrarias a las propias.

responda a las preguntas que se le formulan a continuación:

1. ¿Qué dos términos de los expuestos considera usted que están muy presentes en nuestra actual clase política, entendiendo por tal el conjunto de partidos con independencia de cuál sea su ideología?

A ; B ; C ; D ; E

2. De las cinco palabras señaladas, indique dos que, a su juicio, son indispensables para que sea posible el avance de una sociedad democrática acorde a los deseos de progreso y paz de todos los españoles.

A ; B ; C ; D ; E

3. Pregunta de desarrollo. ¿A qué se debe el que los sustantivos escogidos en la primera respuesta sean distintos a los de la segunda?

XXIX. A vueltas con la honradez y la docencia.¹⁰³ ^[1] Termina la primera evaluación de un curso escolar que tiene dos parámetros singulares: por un lado, es el primero que no viene condicionado por las restricciones que trajo consigo el COVID —aunque el año pasado hubiese notables márgenes de laxitud, al menos hacia el final—; por otro lado, una nueva ley educativa comienza su singladura (es probable

103. Este texto salió por primera vez en *Teldeactualidad* el 14 de diciembre de 2007 bajo el título “Un binomio sagrado: honradez y docencia”. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda. Tuvo muy pocos cambios con respecto a la precedente. En 2022, el escrito se revisó en profundidad y se llevaron a cabo numerosas adiciones, supresiones y modificaciones. Aunque el tema es el mismo, las formas de la composición mutaron de manera significativa, hasta el título se alteró. Esta versión se publicó en *Canarias Ahora* el 12 de diciembre del referido año; el 14, en el periódico *Canarias7*, en *Noticias de Agüimes* y en *La Casa de mi Tía* y el día 18 en *Teldeactualidad*. La que ahora se ofrece en este tomo es, pues, la cuarta y última del artículo, la definitiva.

que breve, como las anteriores) en los niveles impares. Estas dos circunstancias específicas se han unido a otras que forman parte de la cotidianidad escolar: instrucciones administrativas, configuración de equipos docentes, particularidades de los grupos, etc. En mayor o menor medida, todas terminan teniendo su reflejo en los boletines informativos de notas como el que previamente a las vacaciones navideñas recibirán las familias y los colectivos responsables de tutelar a menores.

A lo expuesto como componentes de la realidad de estos meses iniciales de curso (o sea, a lo real), habrá que añadir el factor inherente a la ficción (lo fantástico, lo inventado), que en la pequeña exposición que nos convoca adquiere las formas de una tradicional e injusta acusación de indolencia, ineptitud o inquina del profesorado hacia los discentes a tenor de los resultados académicos, que suelen ser insatisfactorios. Hoy me ocuparé de las notas, un asunto que puede extenderse a cada una de las evaluaciones que se realizan a lo largo del curso escolar; otro día, haré lo propio con esa leyenda negra que hay alrededor de las bajas «que se cogen los docentes» (importan las comillas) y que conduce a que muchos desbarren a la hora de hablar acerca de la ética laboral del profesorado, pues estas no «se cogen», sino que se reciben. Ningún empleado del sector público se autoriza a sí mismo a faltar de manera justificada al trabajo por motivos de salud. Si hay descontrol en este asunto, bueno sería preguntar a los galenos que las expiden y no a los pacientes que las toman.

Y en otro momento, siempre que la inspiración esté fecunda para ello, compartiré con ustedes mis observaciones sobre lo que podríamos identificar dentro del entorno educativo como una cuestión de naturaleza proporcional: un discente de secundaria (el ámbito en el que me muevo) debe permanecer en un instituto seis horas diarias de lunes a viernes con —en principio— seis docentes diferentes; y, en casa, todos los días de la semana, X horas despierto bajo el amparo de sus ascendientes (excluyo ahora mismo al

alumnado que habita en hogares de acogida). Aunque solo sea por la cantidad de tiempo que conlleva la convivencia doméstica, pregunto: ¿quién tiene más capacidad para influir en los necesarios valores morales y en los buenos modales que se precisan para vivir en sociedad con la debida cordialidad y que tanto se echan de menos en un considerable sector de los jóvenes de hoy en día? Mas ya habrá ocasión para hablar de las referidas bajas y de la planteada proporcionalidad; ahora, centremos la cuestión en las notas de esta evaluación y, por extensión, en la posición que adopta el profesorado cuando ha de simplificar el proceso de enseñanza y aprendizaje de un periodo lectivo a través de una serie de guarismos.

^[11] El sistema educativo es una estructura muy compleja en la que se combina lo más bondadoso de la condición humana (formar a semejantes para que tengan la mejor vida posible) con cierto espíritu de naturaleza mercantil que, de una manera u otra, fija las pautas de su desarrollo. Este impulso comercial y —reconozcámoslo ya— político daría por válida una reflexión como esta: si los números son buenos, el sistema es bueno; y si el sistema es bueno, hay motivos para que la sociedad esté feliz porque uno de los pilares del Estado del bienestar colectivo funciona a la perfección. Por eso, si el objetivo de cualquier acción escolar es la adecuación de las cifras a los indicadores que justifican la eficacia del sistema, habrá que hacer todo lo posible por conseguir como sea los guarismos deseados. Esto está bien si lo que tiene que ver con la pedagogía se antepone y recibe la consideración de prioridad absoluta; y está mal si se fijan prevalencias que impliquen situar en un segundo plano cuanto esté relacionado con la didáctica. Ese estar por encima, se quiera o no, adquiere en la mayoría de las ocasiones la imagen de elevadas almenas y torreones desde donde se lanzan los dardos de las resoluciones administrativas a quienes están en los hundidos patios de arma y los fosos intentando luchar junto con los discentes por que cuente como una experiencia enriquecedora cada día vivido en los centros educativos.

Los de abajo se sienten de algún modo desprotegidos y sometidos a las veleidades de los de arriba, a pesar de que saben a la perfección que poseen una suerte de poder desestabilizador que haría un daño irreparable al sistema si quisieran invalidarlo. Esta capacidad de contención tiene un componente deontológico que se sintetiza en un principio fundamental que todos los docentes asumimos: nada que no sea pedagogía ha de estar por encima de nuestro quehacer en las aulas. Eso implica tomar decisiones que, en ocasiones, por culpa de la mirada cortoplacista o ignorante de agentes externos al día a día escolar, se interpretan de manera errónea (en el mejor de los casos) o, en el peor, se explican con interesado ánimo lacerante.

Pregunto: ¿pueden los médicos con su sola voluntad alterar las listas de espera? ¿Puede este mismo colectivo modificar las estadísticas de errores por mala praxis y que este se sitúe en un porcentaje que roce la insignificancia? ¿Pueden los jueces desentenderse de algunos procedimientos con el fin de agilizar los procesos judiciales y conseguir así que se destierre para siempre la consolidada afirmación de que la justicia es lenta? Si ambos entornos profesionales pudiesen cambiar sus estadísticas de eficacia laboral, ¿creen que harían la necesaria modificación —con independencia de que no sean ciertas las cifras aportadas— con tal de que a los ojos de la sociedad se mejore su consideración?

Imagínense por un instante que algunos porcentajes publicados por los medios de comunicación corroen la credibilidad de un colectivo profesional que presta un servicio público y que, en consecuencia, la ciudadanía vuelve sus miras a este grupo y le manifiesta su descontento por la labor que llevan a cabo. Imagínense, además, que estos tantos por ciento pueden modificarse y que donde dice cincuenta sea posible que se lea cinco (aunque la realidad luego no se ajuste a los guarismos). Supongan incluso que esta alteración numérica viene de un acuerdo tácito entre los miembros que conforman el colectivo de trabajadores (un convenio ajeno, pues, al conocimiento de los individuos no

pertenecientes al gremio) y que ello trae consigo una mejora razonable y gratificante de la percepción que se tiene hacia el quehacer que desempeñan. Pregunto: ¿creen que este virtual grupo profesional alteraría de manera intencionada sus estadísticas?

^[III] De todos los trabajadores que forman parte del sector público, el colectivo que agrupa a los docentes es uno de los que dispone de más capacidad para cometer tal atropello, por no decir el que más. Confesemos la facilidad con la que es posible: basta con bajar las exigencias hasta límites insospechados (más aún de lo que el sistema nos impone) y suspender solo a aquellos alumnos cuya actividad sea nula o casi; vamos, los absentistas y los que se quedan dormidos en el aula, poco más. Si tenemos en cuenta que las calificaciones favorables, por lo general, desactivan el interés de los ascendientes por saber cómo van sus descendientes (por experiencia: las explicaciones se piden cuando llegan los suspensos); si tenemos en cuenta esto, repito, una cantidad considerable, abrumadora, exorbitante de aprobados nos garantizaría un éxito arrollador entre las familias, o sea, en ese pilar de la comunidad educativa que más le interesa a la administración que esté contento porque cada cuatro años adquiere la forma de una papeleta que se introduce en una urna...

Esta indigna notoriedad, si se llevara a cabo, terminaría extendiéndose al resto de la ciudadanía y los medios de comunicación nos pondrían en lo alto de un pedestal por el «excelente nivel académico» que poseemos. Un valor que, no nos engañemos, se mide para los que controlan el relato en tantos por ciento y no en realidades tangibles. ¿Cabría esperar, pregunto, un mejor rendimiento que el de los datos trucados? Si todo es una cuestión de números, cerremos los ojos y hagamos buena aquella lejana máxima que un muy apreciado profesor de Matemáticas que tuve en primero de BUP (don Alfredo) me enseñó un día: «que hay mentiras pequeñas, mentiras medianas y las estadísticas». Es factible subir los porcentajes de éxito académico y lograr que todos estén felices: la administración educativa, las

familias, el alumnado y —por qué no, después de tantos ataques y de que se cuestione de manera permanente el trabajo que realizamos— los docentes. Un poco de paz de vez en cuando no viene mal.

Podemos hacerlo, repito, aunque ello suponga hipotecar el futuro de nuestros discentes con una carga muy dura: la de su falta de preparación técnica e intelectual para enfrentarse al mundo. De llevarse a cabo este genocidio académico, se multiplicaría por no sé cuánto el número de analfabetos funcionales; y, de este modo, los cuatro o cinco de turno que estén más o menos formados y tengan algo de ambición serían capaces de controlar sin problemas al resto, considerado por estos como morralla de servidumbre. Pero hasta que eso ocurra, hasta que la tragedia se produzca y comience la que merecería el calificativo de auténtica edad oscura, el presente se mostraría plácido y agradable porque todo el mundo estaría contento (de un modo estúpido, es cierto, como cigarras que ignoran la crueldad del invierno). Repito una vez más: podemos hacerlo, no es complicado. Solo hay que liberarse de los escrúpulos, de la deontología, del amor a la profesión... para poner en práctica esta hecatombe educativa.

^[IV] Podemos hacerlo, pero... —y esto es importantísimo que se destaque— no lo hacemos. Tenemos a mano para que reciba nuestro gran mordisco la tentadora manzana de la aceptación social sin fisuras, del beneplácito universal y sin cuestionamientos a lo que es la profesión docente y a lo que realizamos todos los días para dotarla de la dignidad que se merece, pero la dejamos intacta en su árbol y nos damos la vuelta para no verla porque no nos interesa lo que simboliza: conseguir con trampas unos parabienes que manchan la conciencia y emborronan de un modo zafio ciertos principios éticos (quizás ridículos para algunos) que hemos asumido desde el primer instante en que tuvimos frente a nosotros a un grupo de jóvenes sentados en sus pupitres. Renegamos del bocado edénico o —reactualizado el mito de la elección— de la pastilla azul que nos permitiría

vivir en la arcádica Mátrix porque creemos en la importancia de nuestro trabajo y en la necesidad de hacerlo bien, muy bien. El que enseña, como el que sana, solo ha de atender a un fin: beneficiar de la manera más adecuada posible a quien depende de nuestro quehacer. Guste o no al que será favorecido por la intervención que hagamos: si hay que tomar determinadas medicinas o ser objeto de puntuales prácticas quirúrgicas para el restablecimiento de la salud, se hace y punto; si hay que cumplir con equis número de lecciones y ejercicios, asumir ciertos sacrificios personales relacionados con la diversión e invertir tiempo y energías para el correcto aprovechamiento del periodo de formación, se hace y punto.

Tenemos en nuestra mano voltear el descrédito que la docencia ahora mismo tiene entre los ciudadanos, pero nos mantenemos firmes en el propósito noble que nos guía y asumimos la honradez como base del trabajo que, con vocación, desempeñamos. Podemos manipular las cifras y evitar que diariamente trituren nuestra moral con los datos del fracaso escolar; con las críticas obscenas de muchos hacia lo que realizamos; con las desacertadas alusiones a la extensión de los períodos no lectivos; con los manifiestos olvidados acerca de la ingente cantidad de horas que, fuera del colegio o del instituto, durante nuestro periodo de atención a los asuntos familiares y domésticos, dedicamos a la preparación de clases, a corregir, a formarnos, a atender a los ascendientes, a labores inherentes a la burocracia del sistema, etc.; o con el desprecio explícito e implícito hacia nuestra integridad física y psicológica.

Podemos hacerlo, pero no lo hacemos. Soportamos el descrédito de unos números que nos perjudican porque creemos que la verdad ha de prevalecer (la pastilla roja siempre) y que los aprobados injustos son nocivos; porque la formación de nuestros jóvenes (la buena, la eficaz para su futuro) debe ser atendida con la mayor de las diligencias, aunque luego los resultados descontenten a muchos. Nosotros somos los primeros en lamentar que los porcentajes

no sean mejores: por un lado, porque confirman que el proceso de enseñanza-aprendizaje ha fallado; y, por el otro, porque sabemos que no pocos los aprovecharán para echarnos en cara la responsabilidad del fracaso escolar. Es injusto, muy injusto, que esto sea así; entre otras razones, porque no tiene un pase que los éxitos académicos se deban al buen hacer de los diferentes colectivos que integran las comunidades educativas, mientras que los reveses, los fallos, solo puedan explicarse señalando al profesorado.

^[V] Tal vez sea la persistencia en la torcedura de los números lo que justifique tanto cambio de ley educativa y tanta injerencia en los quehaceres calificativos por parte de agentes que no están en el día a día de las aulas, en las historias particulares de nuestros discentes ni en las singularidades del periplo que llevamos a cabo de septiembre a junio en los mudables mares de los centros de enseñanza.

Creo con sinceridad que está abocada al fracaso toda reforma del sistema que se ciña a la obsesión por conseguir objetivos numéricos sin atender a los factores sociales, económicos y culturales que envuelven al alumnado; y que, además, para lograr su propósito, pretenda intervenir en la manera de calificar, aunque luego se presente a la opinión pública con los vistosos ropajes de las “mejoras en la metodología”. Repito: las cifras son susceptibles de ser cambiadas. Las matemáticas, en este sentido, son tan versátiles que, sin dificultad alguna, pueden alcanzar las mismas cualidades ficcionales que cabe esperar de la más novelesca de las novelas. Sea como fuere, después de tantas leyes educativas, tantas resoluciones, tantas intromisiones, hay algo que tengo muy claro: que los números que se desean en los despachos situados en los torreones y las almenas, en la mayoría de los casos, no son los que la realidad debe mostrar (aunque duela reconocerlo); y eso solo lo saben los que día a día se hallan en los patios de armas y en los fosos de los centros educativos, o sea, los vilipendiados docentes.

XXX. Lectura rima con tortura.¹⁰⁴ [1] Me sugieren realizar unas páginas para abordar una cuestión que merecería, cuanto menos, el espacio de un libro, y de no mermadas proporciones, por cierto. Acepto. El tema, “La lectura”, me resulta atractivo. Creo que tengo algunas cosas que decir. Elaboro un guion. Es muy grande. Lo reduzco. Sigue siendo muy extenso. Continúo reduciéndolo. Intento reelaborar la información y su distribución. Me dejo muchos contenidos en el tintero. Me resigno. Me sale esto. Te lo ofrezco.

[1] De entrada, un título conflictivo. ¿Conflictivo? Quizás. Lo reviso. No es para tanto. Es la rima facilona de un alumno al que no le gusta leer y que es sometido a los dictámenes de unas tareas de animación que le desmotivan, le aburren, le son indiferentes, porque tiene muy claro que, por mucho que se empeñe la persona encargada de transmitir las alegrías intelectuales y emocionales, no le servirá lo que defiende como complemento para construir sus no escasos momentos de ocio, instantes que están plagados de otras empresas lúdicas más acordes a sus apetencias. Nos escandaliza esa determinación por la no-lectura. Nos cuesta comprender cómo es posible que «toooda una fuente de placer» sea menoscabada de ese modo; pero nos olvidamos de que nosotros mismos, en muchas ocasiones, ante diferentes propuestas artísticas y culturales, actuamos de igual manera; si no, que hablen la música, la pintura o el cine, por citar algunos ejemplos de ámbitos creativos donde llegamos a ser inclementes más veces de lo que la medida considera excesivo.

Por lo general, hay un empeño por conseguir lectores a partir de obras de ficción. Ese es el instrumental básico de todo ejercicio animador. Se supone que así es más fácil

104. La primera versión de este artículo vio la luz en el año 2009, en el n.º 12 de la revista *Tamadaba*, una publicación anual que realizaban los centros del profesorado de Gran Canaria y Fuerteventura. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última, si bien el tema que aborda lo he tratado en otros artículos como “Algo, no mucho, sobre lectura, literatura y educación”, la décima pieza de *Soltadas Dos* (2022).

atraer al alumnado. ¿Atraerlo adónde?, pregunto; ¿a qué tipo de lectura, solo a esas en concreto o, por el contrario, a cualquiera? Si la respuesta es «sea cual sea» y observamos que las incursiones en lo imaginativo no terminan de cuajar, ¿por qué no intentamos conseguir adeptos a partir de piezas alejadas de la literatura? Es más, si nosotros, como lectores, nos concedemos el derecho a elegir qué leer, ¿por qué les obligamos a que tengan enfrente lo que nos parece que les va a gustar o entretener? No les damos en realidad lo que les resultará atractivo, sino aquello que consideramos que aceptarán sin que nos disguste. Les exponemos a una serie de textos edificantes sin atender al hecho de que las aficiones del destinatario pueden ir por otros derroteros. Nos consuela el valor moral y artístico que atesoran los escritos que escogemos para ellos, pero las ubicamos en un estadio de apetencias que, en muchos casos, está muy alejado del que tienen.

Sigamos con el asunto de las adhesiones. Veamos: ¿por qué me habría de apetecer que todo el mundo leyese hasta el punto de convertir el interés en el eje de una cruzada sin grial? Yo creo en los efectos beneficiosos de la lectura. Puntualizo: creo en los efectos beneficiosos que la lectura me ha producido y me produce (aunque no lo parezca), pero no sé si serían extrapolables esas consecuencias a otros individuos. Leer me entretiene y me concede un grado de instrucción que califico de válido, lo que no quiere decir que yo sea una persona instruida *sensu stricto*. Siempre he considerado que la lectura era una de esas habilidades y aficiones que, con los años, he dominado con una más que aceptable suficiencia; un ejercicio del que tengo noción que he ido perfeccionando a lo largo del tiempo: el lector que ahora soy es infinitamente mejor que el que he sido hasta ayer¹⁰⁵ y, espero, infinitamente peor que el que aspiro a ser. Pero lo expuesto no deja de ser mi realidad bajo el amparo

105. Un pasito más, siempre un pasito más, como el de la tortuga que compite contra Aquiles en la célebre paradoja de Zenón.

de mis circunstancias vitales porque no sé si, teniendo en la actualidad la edad de mi alumnado, consideraría la lectura como un medio de distracción o, por el contrario, haría uso (si pudiese) de otros. Lo que sí tengo claro es que no negaría —como no lo hacen los jóvenes— el valor de la actividad como acto de decodificación de información, como herramienta para el conocimiento, aunque me pueda desmotivar la animación y el interés por que me lo pase bien con ella: comprender un texto debe ser obligatorio; disfrutar de él, no.

^[III] El agresivo título que anuncia estas palabras es una declaración, junto con el «a mí no me gusta leer», que obviamos los profesores amparados en el máximo valor que le concedemos a la lectura y que, de una manera u otra, nos mueve todos los cursos a impulsar un sinfín de estrategias pedagógicas y emocionales con el fin de lograr el ansiado propósito de que haya más aficionados a las palabras impresas, a pesar de que los resultados son muy pobres en tanto que no aumentan ni se mejora la esperada y necesaria comprensión.

Después de años en el oficio, me atrevo a afirmar que no creo razonable buscar lectores como quien anda a la caza de adeptos a una ideología porque estos nacen de la curiosidad y no como consecuencia de un proceso de inducción escolar que prevé primero una aclimatación por obediencia y, luego, por agrado. Un lector, uno auténtico, ese que pretendemos conseguir y que comparamos de una manera u otra con nosotros, surge del descubrimiento, de la experiencia asociada a un entorno de hábitos y de esa búsqueda de sensaciones y respuestas novedosas que son, en última instancia, las que han movido y mueven los resortes de la humanidad. Por lo tanto, según lo veo yo, no es razonable depositar en la animación escolar las esperanzas de obtener el principal objetivo de esta actividad: ganar afiliados a la lectura. Y no digamos nada de la gran paradoja que se lleva a cabo —consciente o no— cuando en la mayoría de los

casos en los que se pone en marcha la maquinaria estimuladora se prevé la existencia de un proceso evaluador que fiscalice si el discente se leyó o no el título programado, y si lo entendió. ¿Cómo voy a examinarte de un libro que te ofrezco para que veas en él una “fuente de placer” (comillas sarcásticas)?

^[IV] Si la literatura puede ser concebida como un arte, su valor debería quedar supeditado a los mismos parámetros que se asignan a todas las producciones artísticas: sensibilidad, gozo, identificación, etc. En tanto que manifestación estética, las letras no han de ser impuestas; de lo contrario, las consecuencias podrían ser nefastas. No hay mayor incongruencia que la imposición de un disfrute que no se solicita ni se aspira a conseguir. Exigir el contento y concebir que gracias al roce se hace el cariño es equiparable a la aceptación de que un error continuado, a la larga, se convertirá en un acierto, lo cual es falso *de toda falsedad*.

La no-comprensión de una creación en la que los sentidos asumen un protagonismo esencial (música, pintura...) no es un obstáculo grave para su deleite; en cambio, la incompreensión de una obra del entendimiento (la literatura, por ejemplo, construida sobre el simbolismo de las palabras) sí genera una sensación de vacío que termina por transmutarse en malestar e inevitable desdén. Un monólogo de Shakespeare en inglés puede ser un motivo de indescriptible éxtasis si dominamos el idioma, pero un ejercicio de tortura sin parangón si el nivel de conocimiento del código es simple o nulo. No olvidemos que la función poética requiere de unas destrezas lingüísticas específicas, por eso es la literatura la forma de expresión más compleja de cualquier lengua.

En este punto, me veo en la obligación de considerar que buena parte del alumnado no se lo pasa bien con la lectura porque tiene por lo general —al margen de otras alternativas de ocio— un problema técnico grave: un nivel de comprensión bastante inferior al que le hemos presupuestado por la edad. Y eso que lee y mucho; muchísimo, diría yo.

Es más, tengo la impresión de que consumen una considerable franja de su vigilia leyendo, aunque no sean textos que nosotros calificaríamos pomposamente de calidad.

Insisto: leer, lo que se dice leer, y escribir son actividades que llegan a realizar casi de manera impulsiva. El ritual cotidiano de navegar por Internet, los accesos a las redes sociales, el uso de los programas de mensajería instantánea, etc., implican, como mínimo, una predisposición al desciframiento de caracteres que adquiere en ocasiones el aspecto propio de una adicción. Es probable que nos parezcan las suyas conversaciones pueriles, bagatelas de adolescentes; quizás nos rasguemos las vestiduras al ver la penosa escritura que presentan y la defectuosa capacidad lectora que muestran; es cierto, pero, sin proponérselo explícitamente, logran hacer bueno el principio básico de la comunicación: la transmisión de información. Para que ello se dé, es esencial que funcione, con mayor o menor fortuna, el código que vincula a los emisores con los receptores.

El alumnado del profesorado de Lengua Castellana y Literatura de Canarias, en un elevadísimo porcentaje, solo habla español. Todos los días utiliza su idioma envuelto en muchos contextos y en no pocas situaciones. Posiblemente, carezca de estilo, acaso su escasez de léxico empobrezca los mensajes o nos dé la impresión de cuán limitada puede ser su realidad a tenor de cómo refleja su pensamiento por medio de la oralidad y la escritura; pero, aunque nos sorprenda, este alumnado ha conseguido hacer un uso efectivo de su lengua, ha logrado cierta destreza en el manejo del idioma porque es capaz de mantener una conversación letrada a través del teléfono móvil sin necesidad en muchos de casos de usar las vocales (lo cual es algo que me maravilla, lo reconozco) y tiene la suficiente aptitud para componer y leer textos con diligencia y efectividad durante horas en sus programas de mensajería instantánea.

^[V] ¿Adónde nos ha de llevar esta señalada circunstancia del dominio idiomático mayoritario en los centros de

primaria y secundaria de Canarias? A un hecho que considero relevante de cara a lo que expongo: que los profesores de español no hemos de enseñar ningún idioma, no al menos como lo hacen nuestros compañeros de lenguas extranjera. A nosotros nos vienen los discentes con el objeto de estudio a cuestas —sus áreas de Broca y de Wernicke ya están castellanizadas—; en consecuencia, la labor que nos incumbe es la de ayudarles a mejorar el manejo de su principal sistema de comunicación verbal; lo que, por otro lado, no es poco. Somos sus “entrenadores lingüísticos”, no sus “parteros idiomáticos”.¹⁰⁶ En este sentido, considero que está entre las obligaciones y quehaceres que nos compete el procurar y exigir que nuestros escolares sepan leer cualquier texto (repite: cualquier texto)¹⁰⁷ y que adquieran los hábitos necesarios para sortear las dificultades que la lectura de lo que sea le ocasione. Todo lo demás cabe dentro del tarro de los deseos, las esperanzas y los anhelos deontológicos porque no es factible el trazado de un plan trabajo que nos permita asentar la posibilidad y el convencimiento de que el alumno equis, gracias a la mediación que hemos realizado, se convertirá en ese lector que obra en nuestras intenciones.

Si miramos el horario de clases; las consideraciones administrativas que recibimos; las dificultades que día tras día sorteamos como docentes y, al mismo tiempo, como representantes espirituales de múltiples profesiones (enfermeros, psicólogos, policías, exorcistas...); y tenemos en cuenta los mundos familiar, amistoso, lúdico... que envuelven a nuestro alumnado, llegaremos a la inevitable conclusión de que la legendaria figura del maestro que impartía nociones

106. Como lo fueron para mí en mis años de bachiller y universidad el profesorado de inglés, latín y árabe, las únicas lenguas que he *muy mal* estudiado a lo largo de mi vida; dejando a un lado, claro está, el castellano, que me lo traje bien aprendido de casa.

107. Me interesa bastante menos la primera acepción de la voz “leer” en el *DRAE* (‘Pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los caracteres empleados’) que la tercera, que considero fundamental: ‘Entender o interpretar un texto de determinado modo’.

universales que se depositaban en los jóvenes intelectos no es posible que ahora mismo exista. Nos han hecho perder el magisterio inherente al oficio para convertirnos en GAC (Gestores Administrativos de Contenidos). El quehacer que hemos de realizar ya está preconcebido, fijados se encuentran los plazos de la ejecución curricular y, rubricado, el talonario de premios y sanciones.

Es cierto que de manera romántica tendemos a idealizar la escuela porque le atribuimos el privilegio de una pertenencia a ella durante el período más trascendental de nuestra existencia: la infancia y la adolescencia. Esta visión elevada de la institución en función de un presupuestado factor decisivo —que en muchos casos excede de la medida— es, hasta cierto punto, muy injusta porque no es razonable conceder a una porción temporal tan breve como la que vive el alumnado en las aulas (una parte chica del día en comparación con las horas de vigilia; y de la semana, y de los meses...) la condición de determinante para su proyección futura.

Si así fuera, las propias influencias familiares y del entorno no-escolar quedarían minimizadas y ello, desde mi humilde opinión, sería muy grave porque testimoniaría que algo no va muy bien en los mecanismos que rigen el funcionamiento de nuestra sociedad. Si volcamos este apunte en la lectura, concluiríamos que si la familia y ese citado entorno no-escolar (con quienes pasa la mayor parte de su tiempo) no favorecen los hábitos lectores de un discente, el profesorado no va a ser capaz de hacerlo por mucho que se empeñe.

Nadie parece atender al horario que organiza la permanencia de un estudiante en su centro ni el régimen marcial que se desprende de su cumplimiento. Los docentes no podemos ser maestros en el sentido más entrañable del término porque básicamente carecemos de tiempo para ello; y, en consecuencia, los alumnos no pueden ser receptores afectivos de un entorno de aprendizaje y asunción del

conocimiento. Poco a poco nos hemos ido transformando, si es que no lo hemos hecho ya, en operadores de contenidos programados para que en equis periodo se preparen nuestros pupilos en equis materias y se satisfaga a la administración con equis tareas burocráticas y equis porcentajes de éxito escolar. Así es imposible obtener el necesario sosiego con el que edificar en el ánimo del alumnado valores que vayan más allá de los hábitos académicos y la disciplina del acatamiento de normas y disposiciones. Sin tranquilidad, paz, serenidad... no hay forma de regar el huerto de la sensibilidad y de los sentimientos; y así es una utopía fundar cualquier imperio basado en la hermosura del arte y el solaz intemporal de una lectura creativa y recreativa.

^[VI] Supongo que debería esforzarme por ofrecer un panorama más diáfano, menos trágico, más esperanzador, menos triste; pero como no puedo a partir de lo que veo y percibo, voy a intentarlo a través de una alegría retórica: lectura rima con dulzura, con hermosura...

XXXI. La tragedia de la lectura.¹⁰⁸ Pocos sonidos son tan mortificantes para un bibliófilo como la llamada de los libros que yacen o moran en los anaqueles de las bibliotecas; en las baldas de esas ciudades eternas donde solo contados vecinos logran ser hijos predilectos; en los estantes de esas urbes interminables pobladas de seres anónimos que reclaman una parcela de tiempo y memoria en el jardín de cualquier lector; en suma, en esos espacios mágicos que tan pronto son zocos como cementerios. De ese sonido, nace el desconcierto; y con él, la angustiada constatación de que no hay horas suficientes —ni en mil vidas— para hablar con los que yacen o moran, pedirles que nos cuenten aquello que conforma su razón de ser, y preguntarles por el enigma de su existencia: por qué están, por

108. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 1 de febrero de 2009. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

qué son como son o por qué nadie oye sus plegarias. Esa es la tragedia de la lectura: la incapacidad para atender a sus llamadas como conviene.

¿Qué mueve a un individuo a tomar los aparejos de la escritura y comenzar a edificar la gran muralla de palabras untadas con el cemento de los espacios en blanco? ¿Por qué una persona llega a invertir un tiempo que no recuperará jamás en la composición de un texto que, como sucede en la mayoría de los casos, acabará yacente en cualquier repisa o en vaya uno a saber qué cajón de un ignoto lugar, si no termina sus días en el fuego o en la basura? ¿Es por el cumplimiento de ese deseo íntimo y consciente de manifestar una presencia entre nosotros lo que le lleva a envolverse en el celofán de la idea impresa o revestirse con los ropajes de un mundo posible, aunque sea falso? Solo así sería capaz de entender la voluntad de suplir el anonimato o el desconocimiento con la evidencia de un paso por la cinta de la vida a través de esos corpúsculos con los que se consagran las ceremonias de la bibliofilia.

Frente al ruidoso temor de lo efímero que subyace en la conciencia demiúrgica, surge el ímpetu benefactor del feligrés por atender a cada una de las llamadas pavorosas de la que es consciente. He aquí todo un acto de fe que terminará desbordándole hasta anidar en él la convicción de su incapacidad cuando compruebe que no hay tiempo suficiente —ni en mil existencias— para satisfacer las demandas de atención que le solicitan los constantes ayes. He aquí, en suma, la tragedia de la lectura.

XXXII. Mi infracultura.¹⁰⁹ Reconozco que no tengo muy clara la definición de la voz “cultura”. Sé que puedo ampararme en los dictados de los diccionarios y enciclopedias, unificar las exposiciones correspondientes a la referida

109. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 22 de mayo de 2008. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

entrada en una sola y cubrirla con una superficial pincelada de retoricismo, pero todo ello no sería más que un disfraz dorado que no permitiría resolver el conflicto ni impediría la percepción de que la manzana aún no ha sido mordida.

Sé también que podría olvidarme de la palabra y su reahíla de exposiciones y quedarme en el juanramoniano estante previo en el que debería reclamar a la inteligencia que me diese el nombre exacto de las cosas. Así, cuando surgiese la realidad asociada al vocablo de marras, ya sabría lo que este término significa. Pero ni esta ha llegado aún, ni la lexicía asoma; y, por descontado, ni la inteligencia da muestras de existir o de querer aplacar mi duda.

Por lo tanto, si quisiera aproximarme al conocimiento de lo que es aquello que ahora desconozco, creo que me he de olvidar de la semántica y de la fenomenología, y echarme a los raíles de sintagmas que lleven adheridos el término. A lo mejor así puedo llegar a alguna parte. Pero veo a mi alrededor que los mismos adjetivos (“culturales”) que califican a sustantivos que, entre sí, poco parecen tener en común. Es todo tan variopinto y la sensación de manoseo tan desagradable y confusa que no acabo de ver con claridad si las semanas *culturales* de los centros educativos tienen alguna relación con las instituciones políticas encargadas de gestionar los asuntos *culturales* de la ciudadanía; o si los suplementos *culturales* de las publicaciones periódicas mantienen algún tipo de vinculación con las actividades *culturales* de las asociaciones de vecinos.

Todo me resulta extraño e inexplicable. Conforme más me adentro en mis propósitos de hallar la luz entre tantas tinieblas, más me aturden las dudas. Ahora mismo no sé por qué el arte se ubica dentro de los parámetros de la cultura ni por qué la música, que es un arte (supongo), confluye en la dinámica mercantilista del espectáculo. ¿Por qué la pintura se subasta, destacándose el valor de lo que se pagó por ella antes que las cualidades del lienzo como producto de un complejo sistema de comunicación intemporal? ¿Por

qué los *best seller* literarios enriquecen a editores que no han necesitado ser críticos ni especialistas en filología, sino empresarios? Tampoco logro entender por qué las exposiciones son financiadas por entidades comerciales y mercantiles que desconocen al patrocinado, mas no la buena publicidad que genera el ser mecenas cultural ni los beneficios fiscales que trae consigo esta manipulada filantropía.

Más dudas: ignoro por qué en el reparto de ocupaciones institucionales la pugna política suele centrarse en aquellas carteras que conllevan por sus características ser una fuente de ingresos para la entidad recibiendo cierto menoscabo las que solo generan gastos, como sería, por ejemplo, la cultura (y la educación, y la sanidad, etc.). O ¿por qué se envuelve en la palabra “cultura” ese apego identificativo de naturaleza propagandística y deformado por la voluntad de controlar a la masa, la indolencia propia del que le da lo mismo ocho que ochenta y la ignorancia, que sujeta su solidez al purismo absoluto, o sea, al aislamiento y la evitación de cualquier mezcla con otras manifestaciones idiosincrásicas?

Confieso que me gustaría saber a ciencia cierta qué es la cultura porque así sería capaz de decidir si debo o no defenderla, si he de hacer lo posible por preservarla, si es necesario seguir esforzándome en ese ejercicio de sedimentación que procuro con humildad infundir a mi alumnado y a mis semejantes, y que pienso a veces que no es más que el resultado de un quehacer utópico por intentar forjar ese mundo que, a mi juicio, es el mejor de todos los posibles, aunque no me olvide nunca de que se trata de eso, de mi mundo, de mi visión...

En más ocasiones de las que se pueden imaginar, me pregunto si yo, con mis actos, estoy haciendo algo por eso que desconozco. Lo más probable es que no, que nada haga en favor de esa sombra que proyecta el término “cultura” en la sociedad de la que soy partícipe. Ni a favor ni en contra porque, en el fondo, mis acciones, quizás por ignorancia, quizás por aburrimiento, no son más que ejercicios

filantrópicos y vanidosos que ninguna revolución social han de causar. Por eso jamás impongo ni defiendo con vehemencia lo que hago. Eso es lo más gratificante del anonimato: vivir sin cargo de conciencia.

No obligo cuando tengo posibilidad para ello porque (en mi presunción de lo que significa la voz) creo que la cultura, para que sea tangible y conceda a los individuos los beneficios presupuestados, no debe imponerse, sino aprehenderse; adherirse al sujeto para que luego él sea capaz de adosarse al engranaje colectivo del que forma parte. Tal vez por eso no sé muy bien qué es la cultura, porque casi todo el bagaje que se me puede intuir ha sido impuesto por ese concilio político en materia socio-educativa que lo ha ubicado en un lugar de mi entendimiento y lo ha cerrado con los candados de una tradición y un hábito no cuestionados.

Al principio, estos pertrechos actuaban en mi ánimo con la certeza de que eran convenientes porque me contextualizaban con el entorno. Cuando percibí que esa construcción venía lastrada por la aluminosis de la comodidad, la publicidad y el boato de quienes logré identificar un día como los “culturitas”,¹¹⁰ me di cuenta de que aquello no era más que un desmedido bloque de piedra que debía ser cincelado con el buril de la curiosidad, el juicio crítico y, principalmente, la humildad, la gran ausente de los que dicen hacer cosas por la cultura.

En este ejercicio dificultoso y desconcertante me hallo. Todos los días trato de golpear la enorme roca convencido de que nada podrá ser cambiado, de que nada dejará de ser como se muestra porque vivimos en un sistema acomplejado que no admite las rebeliones vanguardistas salvo cuando estas, con el paso del tiempo, terminan subsumidas por la sociedad una vez que han sido metamorfoseadas en la retaguardia.

110. Sugiero la lectura de “Carta desesperada a un ángel prisionero”, publicada en la entrada 22 («*Extra omnes I*») de *Soltadas Uno* (págs. 343-346), una pieza que en 2005 llegó a titularse “Poética anticulturita”.

No sé lo que es la cultura, así, en general, porque percibo la falta de la necesaria libertad para buscarla y me siento vigilado, juzgable, estúpidamente incomprendido; acaso, también, porque me sobra mediocridad (y, por qué no, cobardía) para intentar ir más allá de los límites que controlo, lo que me lleva al amparamiento sin conflictos visibles; probablemente, porque me he quedado en el estadio de una bondad sin daños colaterales y me consuela la recreación hedonista de una cultura que, para el beneplácito de mi ego, me retroalimenta en mis ratos de ocio.

Pero esto no es lo preocupante porque, al fin y al cabo, soy un ente insignificante que, más pronto que tarde, ha de desaparecer; una nimiedad dentro de la complejísima estructura que me circunda, un simple número de deneí. Lo alarmante es que la falta de libertad, el miedo al juicio sumario del cuatrienio, la incompreensión que da el vértigo de las atalayas, la insustancialidad de los ensalzados, la afectación del postureo y ese altruismo investido de la mercadotecnia y lo políticamente correcto se hayan asentado en las instituciones públicas (y privadas) en aras de un beneficio colectivo impuesto y no cuestionado. Es inquietante que se cercene con la desidia el patrimonio anónimo y floreciente de aquellos que tienen algo que decir, algo que expresar, algo que debe ser interpretado como el complemento a una realidad que siempre ha de servir de escalón ascendente para la conformación de esa sociedad plural, multidisciplinar y polifacética que tanto nos gusta pregonar como idílica.

La cultura, su percepción de existencia, la conciencia de su razón de ser, solo puede ser colectiva cuando ha logrado gestarse desde la individualidad y sin ataduras. Toda imposición del grupo a la singularidad no es más que una marca hecha con hierros incandescentes, y ya se sabe que al ganado muy poco interés le merece la cultura.

En suma, el miedo a la evolución es una muestra de la inseguridad del presente; y esta, una imagen de la deformación del pasado. Así es imposible que no se derrumben las

convicciones. Es duro comprobar cómo las margaritas se han transformado en margarinas. Quizás por eso, después de tanto tiempo, sigo sin tener muy clara la definición de cultura y, en consecuencia, tampoco sé muy bien lo que no lo es. Es descorazonador...

XXXIII. Punto absoluto.¹¹¹ No puedo más. Estoy agotado. Estoy profundamente cansado, esencialmente exhausto. Me rindo ante tanta maledicencia y tanta verdad encubierta de retórica; *et* infamia y tanta ira cegadora y tiránica; *et* intereses vacuos y tantas máscaras; *et* espejos deformados y deformantes; *et* voladores y volados; *et* jardines pisoteados por el placer íntimo hacia el daño ajeno; *et* valores disueltos por el bien supremo de la supervivencia en la selva que nosotros mismos hemos creado con nuestras propias reglas.

No niego que yo sea el peor de todos. Lo asumo. El mejor ejemplo de cómo es un arquitecto de este —a las razones de la felicidad— apocalíptico mundo. Por eso, porque soy el más nefasto de los humanos posibles, me entrego exánime. Me he cansado antes que nadie...

Así que hoy, ahora, aquí, en este instante, me acojo a las enseñanzas de un amigo y al más emotivo de sus epílogos conmigo,¹¹² la narración de un hecho ocurrido en 1990: la

111. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 17 de febrero de 2008. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la primera, la tercera y última.

112. El 17 de mayo de 2007, un amigo con quien compartí dos enriquecedores años en el IES Francisco Hernández Monzón, Manuel Rodríguez Vivar, me enseñó que el soleado cielo azul de las mañanas es un enorme decorado, una simple ilusión óptica que esconde, en la chistera de una anhelada luminosa primavera, la auténtica hermosura del universo; y me mostró el camino hacia una conclusión que jamás olvidaré: que la genuina certeza de lo que somos solo aparece bajo el imperio de la noche, donde habita la belleza de la luna. Luego aprendí que en su cara oculta estaba todo a la vista, absolutamente *all that you touch and all that you see, all that you taste, all you feel; and all that you love, and all that you hate, all you distrust, all you save; and all that you give, and all that you deal, and all that you buy, beg, borrow or steal; and all you create, and all you destroy,*

historia de la sonda Voyager 1 que, antes de franquear las fronteras del Sistema Solar, recibió la instrucción de girar y fotografiar por última vez a la Tierra, que estaba a 6.400 millones de kilómetros de ella, antes de perderse para siempre en los confines del Universo. El “pálido punto azul” que mostró la foto era nuestro planeta. El autor de la sugerencia que dio pie a la referida orden, Carl Sagan, dejó para la posteridad esta hermosa reflexión que hoy la siento más necesaria que nunca:¹¹³

«Tuvimos éxito en tomar esta fotografía, y al verla, ves un punto. Eso es aquí. Eso es casa. Eso es nosotros. Sobre él, todo aquel que amas, todo aquel que conoces, todo aquel del que has oído hablar, cada ser humano que existió, vivió sus vidas. La suma de nuestra alegría y sufrimiento, miles de confiadas religiones, ideologías y doctrinas económicas, cada cazador y recolector, cada héroe y cobarde, cada creador y destructor de la civilización, cada rey y campesino, cada joven pareja enamorada, cada madre y padre, cada esperanzado niño, inventor y explorador, cada maestro de moral, cada político corrupto, cada “superestrella”, cada “líder supremo”, cada santo y pecador en la historia de nuestra especie vivió ahí, en una mota de polvo suspendida en un rayo de luz del sol.

La Tierra es un muy pequeño escenario en una vasta arena cósmica. Piensa en los ríos de sangre vertida por todos esos generales y emperadores, para que, en gloria y triunfo, pudieran convertirse en amos momentáneos de una fracción de un punto. Piensa en las interminables crueldades visitadas por los habitantes de una esquina de ese pixel para los apenas distinguibles habitantes de alguna otra esquina; lo frecuente de sus incomprensiones, lo ávidos de matarse unos a otros, lo ferviente de su odio. Nuestras posturas, nuestra imaginada autoimportancia, la

and all that you do, and all that you say; and all that you eat and everyone you meet; and all that you slight and everyone you fight; and all that is now, and all that is gone, and all that's to come and everything under the sun is in tune..., aunque el sol está eclipsado por la luna [“Eclipse”, *Dark Side of the Moon*, Pink Floyd, 1973].

113. Y que contribuyó al espíritu de la vigesimoquinta pieza de *Soltadas Uno* (2021): “Más allá de más acá. Del espacio: ordenada (Y)”.

ilusión de que tenemos una posición privilegiada en el Universo, son desafiadas por este punto de luz pálida.

Nuestro planeta es una mota solitaria de luz en la gran envolvente oscuridad cósmica. En nuestra oscuridad, en toda esta vastedad, no hay ni un indicio de que la ayuda llegará desde algún otro lugar para salvarnos de nosotros mismos.

La Tierra es el único mundo conocido hasta ahora que alberga vida. No hay ningún otro lugar, al menos en el futuro próximo, al cual nuestra especie pudiera migrar. Visitar, sí. Colonizar, aún no. Nos guste o no, en este momento la Tierra es donde tenemos que quedarnos.

Se ha dicho que la astronomía es una experiencia de humildad y construcción de carácter. Quizá no hay mejor demostración de la tontería de los prejuicios humanos que esta imagen distante de nuestro minúsculo mundo. Para mí, subraya nuestra responsabilidad de tratarnos los unos a los otros más amablemente, y de preservar el pálido punto azul, el único hogar que jamás hemos conocido».

APOTEOSIS DE LA TRISTEZA [EXPEDIENTE LÁQUESIS]

XXXIV. «*Durante mucho tiempo, recibí en mi buzón de correos la correspondencia que alguien remitía a una señora que yo desconocía pero que, según indicaban los sobres, tenía la misma dirección postal que yo. Un día, cansado, decidí tomar medidas y le mandé una carta explicándole la situación. El problema sigue sin resolverse*».

XXXV. **Primeras notas.**¹¹⁴ «*Mira adonde te señalo. Fíjate bien. Allí, en el centro mismo de la plaza. ¿Qué ves? Sí, allí, en el*

114. Este texto, que constituye las páginas iniciales de una novela inconclusa que aspiraba a titular *Apoteosis de la soledad*, se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 23 de abril de 2009. La versión de *Moiras charitas* es la segunda; la presente, la tercera y última. No creo que el proyecto editorial que anuncia esta pieza vea la luz alguna vez. Como tantos que presumen de ello y que se atreven incluso a sacar y con desvergüenza mostrar y promocionar obras que consideran adscritas a este género literario, yo no soy novelista.

banco que recibe, en un extremo, un rayo de luz que rompe las nubes negras que cubren el cielo y que atraviesa la cristalera de aquella terraza, al lado justo de donde alguien conversa con alguien que ha llegado hace poco al encuentro, muy cerca del busto del anónimo prohombre, algo lejos de ese edificio colonial, bastante próximo a una hilera de parterres, a miles de años luz del planeta Marte.

Fíjate bien en el hueco que queda, en esa nada que lo envuelve. ¿No ves el infinito allí, donde te indico? Mira ahora cómo unos albañiles que han llegado hace un rato comienzan a llenar el aire. Observa el primor con el que ejecutan la tarea de corporeizar el espacio. Un ladrillo, cemento, ladrillo, cemento, ladrillo, cemento. Detente en la horizontalidad de la secuencia, paladéala con la vista, recorre su paulatina verticalidad. En unas horas, en aquel sitio habrá desaparecido la nada. Con el tiempo, quizás la pared que ahora nace ante nuestros ojos estará derruida. No importa. Tú y yo sabremos que existió. Es posible que levanten encima de los restos otra o que decidan plantar una semilla para que de ella germine una flor o una secuoya. No importa, repito. Tú y yo sabremos lo que allí hubo. Fuimos testigos de su nacimiento y de cómo la nada se vistió ante nosotros.

Me habrás preguntado qué es para mí la literatura. Eso que has visto, te responderé; y te señalaré de nuevo al centro justo de la plaza. Ladrillo sobre ladrillo y, en medio, cemento; palabra sobre palabra y, en medio, el blanco de la meditación. Todo ello en el tiempo.

Me mirarás esbozando una sonrisa y volverás a comprobar tus notas. Me quedaré con tu gesto cumplidor. No discutirás conmigo la metáfora. Tampoco la elogiarás. ¿Indiferencia por tu parte? Sí, posiblemente. Me consolará la suposición de que esa noche, cuando revises tus apuntes, cuando transcribas la grabación, la aprecies. ¿Qué harás cuando eso suceda? ¿Dejarás de hacer lo que estés haciendo durante un instante sutil y me evocarás?

Pensaré en cómo elaborarás ese trabajo que te ocupa y nos sujeta; y, sobre todo, en dónde: ¿en tu oficina?, ¿en una guagua, con el móvil, dictando?, ¿en tu casa, con el portátil, en la cocina, en el dormitorio mientras tratas de zafarte de los brazos cálidos de alguien, en? ¿Cómo será tu espacio vital? ¿Habrá libros? ¿Cuáles? ¿Por qué esos? ¿Estarán mis títulos? ¿Algún gato te recibirá cuando atraveses el umbral de la puerta y te recriminará el que no le hayas puesto más comida que la miserable ración de la mañana?

Llevarás entonces conmigo más de una hora. Te quedarán muchas preguntas por hacer todavía. En un par de ocasiones te sorprenderé mirando el gran reloj del despacho, el que aún no he comprado ni colocado. Las cuentas no te salen, pensaré. Perdóname: mis maneras circunspectas, trascendentes, divinas..., disfrazarán el deleite que me produce la situación. Discúlpame. No podré evitar el placer malicioso que me ha de provocar el comprobar cómo tus estimaciones horarias se habrán venido abajo. ¿Por qué? No lo sabré a ciencia cierta. Quizás tendrá algo que ver el hecho de que, en mi piara de egoísmo y vanidad, no consentiré que me iguales a cualquier otro entrevistado. Pensaré que tienes prisa y eso no lo aceptaré, aunque llevemos dos horas bajo el mismo techo; aunque tengamos que estar un día, un mes, un lustro o tres décadas. Estarás conmigo y yo querré ser en ese momento el centro de tu universo. Nada ha de ser más importante, ni siquiera quien te pueda estar esperando. ¿Quedaste con él para almorzar? ¿Quedaste con ella para un encuentro fugaz, un pequeño segmento de felicidad en esas jornadas de tu incipiente periodismo, cuando todo camino se te ofrecerá vestido de un idealismo que solo podré calificar de falso y atrabiliario, me diré?

Atisbaré tu cuaderno y, bajando la mirada, con insana curiosidad, tu bolso, a los pies de la butaca, abierto como un paciente atendido por su dentista. La enorme cremallera me dictará la metáfora. Una cartera grande, un estuche de gafas, tal vez algún pintalabios, y algunas casetes. Veo dos,

puede que haya más. Sería imperdonable que por una cinta que falte se quede a medias la entrevista. *Graba cuanto quieras*, te indicaré con una sonrisa afable. Hasta ese momento, te habré ofrecido infructuosamente café. Has aceptado agua. Entenderé que no tienes sed, también que no deseas ser descortés conmigo. Eso ha sido al principio, cuando no me conocías todavía ni habías logrado conformar una idea de cómo soy. Llevarás en tu cuaderno bastantes preguntas. Te las sabrás de memoria. Apenas las mirarás durante el encuentro. Querrás impresionarme. Aceptaré tu juego. Te daré la prerrogativa de tu inexperiencia. No esperarás que te conteste con evasivas, como se hace en ocasiones para cumplir con el trámite por cansancio, hastío, falta de química con el que pregunta. Mis primeras respuestas te llenarán de optimismo. Hablaré mucho, ya lo verás. Mientras, tu joven rostro tratará de mostrarse interesado por lo que digo y cuento. Descuida. Sé que no será así y que estarás ahí porque te han mandado del periódico. Irás sin conocer mi obra ni mi pensamiento. Cuando te vea por primera vez, tras el saludo, tras la enhorabuena, tras el “es un honor para mí”, tras el “luego vendrá el fotógrafo”, tras cualquier otro mensaje, lo sabré. No me importará. Me alegraré sentir que he descubierto algo que veré cómo tratas de disimular del mejor modo. Serás muy joven aún. Te faltará oficio. Aun así, como no dejaré entonces de ser el canalla que ahora soy, te pondré a prueba al principio. Te hablaré, a propósito de tu camiseta, de las flores amarillas, de *esas lágrimas de una desesperación con las que se escriben todos los libros del mundo*, y tú solo sonreirás; y cuando llegues al salón, ante la biblioteca, ante la balda suprema, ante mi tótem, te diré *he ahí a mi Cándida Viracocha*, y tú volverás a sonreír. No habrás identificado al personaje. Esbozaré engreído una mueca. Te invitaré a sentarte. Te sentarás. Me sentaré. *Graba cuanto quieras*. Sacarás el cuaderno. Te miraré fijamente; tú, en cambio, no lo harás, solo me verás. Solo percibirás mis arrugas y una distancia sideral hacia lo que soy. Lo

entenderé. No me preocupará, aunque llegaré a pensar durante un fugaz y estúpido instante que eres muy joven para amar a un hombre como yo, *que soy muy viejo para amar a una mujer como tú*. No me lo tengas en cuenta. Chochees.

Te veo y sé que serás muy hermosa. Tus ojos negros me resultarán familiares. Y tu frente despejada. Y tu sonrisa. Te conoceré, sabré quién eres, de dónde vienes, de qué fuente has emergido, pero nunca te lo descubriré. Nunca te contaré cómo ese mismo manantial llegó hace años de manera devastadora, impía, inclemente; ni cómo arrasó la tranquilidad conseguida con el olvido y la rutina; ni cómo aniquiló los pilares de una autosuficiencia de la que me consideraba dotado; ni cómo, en suma, supe hasta qué punto era débil. No te expondré jamás con qué facilidad caí en la red del desespero que nadie me había tendido y que ninguna muestra sibilina me había enseñado, ni te mostraré cómo bastó sentir el desierto una tarde de ausencia para percibir cómo, en una veta de la desazón, empezaba a gestarse en lo más profundo un *otra vez no, por favor*. Te reconoceré, mas nunca lo sabrás, aunque en los preliminares se me escapará un *tu rostro me es familiar...* En fin, déjame que ahora calle y espere; y me sumerja en lo que me rodea: una maternidad donde acabas de nacer...».

XXXVI. «*No hay historia más trágica que aquella que se escribe para ser llorada y que se llora cuando aún no ha sido escrita*», Sadalone dixit.

XXXVII. Poética.¹¹⁵ Como siempre estoy apurado, no dispongo nunca de tiempo para escribir como creo que debería hacerlo y, en consecuencia, me debo conformar con ofrecerte estos tropezones lingüísticos que con tanta amabilidad lees. Yo quisiera darte otros textos, otras cositas más

115. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 19 de abril de 2009. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

elaboradas, de más enjundia y constitución, como te mereces, pero como no tengo tiempo...

Es cierto que talento tampoco es que haya, pero dejemos para el caso que nos ocupa la carencia de horas como mal relevante y omitamos la del entendimiento, aunque siempre sea recurrente la acertada máxima cervantina de las tentaciones que aquejan a los hombres de ser capaces de componer e imprimir libros con los que ganar fama y dineros...

que bien se lo que son tentaciones del demonio, y es vna de las mayores es, ponerle a vn hombre en el entendimiento, que puede componer, y imprimir vn libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros quãta fama, y para confirmacion desto, quiero que en tu buen donayre, y gracia le cuentes este cuento.

Dado que quiero decir lo que deseo como si ya no te lo pueda volver a contar nunca más, porque tengo prisa y no sé si nos reencontraremos, me empleo en estas escrituras deslavazadas e irreverentes que en ocasiones tienes la desgracia de hallar en tu senda de lecturas. Apiño ideas con palabras en un incomprensible ritual de compresión y apretaduras que me deja exhausto, y como he de hacerlo en el acto —confieso que no sé por qué—, me quedo sin oportunidades ni ganas de intentar empresas mayores.

Tras cada «se acabó», surgen los secretarios del ánimo con sus agendas voluminosas incitándome a cumplir con la programación existencial que desde hace años procuro atender con la debida diligencia, aunque no sepa muy bien cómo, cuándo ni por qué firmé los compromisos contraídos conmigo mismo. Los veo pelearse entre ellos por captar mi atención y percibo cómo, en el fragor de sus discusiones, siempre surge la certeza de que queda menos para no sé qué y que es indispensable apresurarse a terminar aquello que ni siquiera se ha comenzado. Solo así, bajo estas prerrogativas, es como uno se va de los cenáculos antes incluso de haber llegado.

No sé por qué, pero tengo prisa, mucha, y por eso no dispongo de tiempo para nada, ni para tener prisa. Sé que todo esto debería medirlo con sosiego, pero ¿cuándo!?¹¹⁶ Deambulo en una suerte de zafia omnipresencia que me hace estar ausente de los sitios en los que he de estar y efímero —en un visto y no visto— donde no se me espera; y así, coincidirán conmigo, es imposible que haya filamentos con los que iluminar nada.

XXXVIII. El Archivo.¹¹⁷ El Archivero Mayor de la Existencia acaba de poner el sello de “Archivado” a las carnestolendas de este año. No se ha preocupado mucho en revisar la documentación, bastante menos voluminosa que otros años. Ha mirado por encima su contenido y ha cerrado la carpeta con gesto desabrido. Ha estampado la referida marca en la portada del expediente y, sin solemnidades ni boato, se lo ha entregado al Encargado de los Olvidos, quien tendrás que seleccionar qué parte del conjunto documental ha de mandarse al Pudridero de la Memoria y cuál se remitirá a la Oficina de los Contratios.

No debe el lector llevarse a engaño: el Pudridero de la Memoria no es un sitio tan desagradable como pueda parecer por la repugnancia connotativa de su denominación. Ahí se depositan los recuerdos de los eventos vitales en unos grandes toneles para que se maceren y, licuados, se conviertan en la remembranza. Luego, esta se filtra a través de unos enormes coladeros que reciben el nombre de “experiencias”, así, en plural. El proceso permitirá separar los asuntos que seguirán perennes en el recuerdo de aquellos otros que acabarán desapareciendo para siempre. Es un espacio a

116. ¿Ves cómo no miento? Fíjate en que voy tan rápido que he cometido una errata: donde dice «medirlo con sosiego» debe decir «meditarlo con sosiego».

117. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 1 de marzo de 2009. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

largo plazo, como se dice en el argot archivístico-existencialista, porque uno nunca termina de percibir lo que se halla alojado en las habitaciones de la evocación hasta que no se da cuenta de qué es lo que ya no tiene. En fin, todo un galimatías que no vamos a poder resolver aquí y ahora. Sigamos.

La Oficina de los Contratiempos, con un nombre menos antipático que el anterior, es, por el contrario, más dura de asimilar por parte de los afectados, pues en ella se depositan aquellas muestras que, por su naturaleza, nunca serán olvidadas, ya sean felices o desgraciadas: un embarazo, esperado o no; un accidente trágico, con salvamento o no de la vida, con o sin secuelas; el desarrollo de una enfermedad, dolencia... superable o, por el contrario, que vendrá a ser compañera nuestra hasta la desembocadura; el conocimiento de una persona, ya sea letal o beneficiosa, etc. El proceso de asunción de los contratiempos no requiere de un período largo para que se culmine: basta con un impacto súbito en la línea de flotación de la tranquilidad, cierto caos o revoltijo mental y dejar que las esquivas se depositen en el fondo para que se sedimenten en la conciencia y, sobre todo, en el instinto de supervivencia.

Finalizada la oportuna clasificación, el Encargado de los Olvidos entrega la carnaza del Pudridero al Notario de los Hechos Vitales, para que inicie el referido proceso de maceación y al Ingeniero de las Alternativas, quien coordina las labores de la Oficina de los Contratiempos, para que vaya buscando los equilibrios necesarios que permitan la horizontalidad aconsejada en la marca donde florece la serenidad.

Mientras el Encargado de los Olvidos cumple con sus funciones, otro responsable, el de los Hechos Venideros, prepara el expediente para el siguiente evento. Trabajan con él dos colaboradores: uno es el Registrador de los Ojalás, dicharachero y desenfadado personaje, quien toma buena nota de las pretensiones que los futuros afectados manifiestan de cara a los acontecimientos próximos; el otro

recibe el nombre de El Planificador, lógica nomenclatura si tenemos en cuenta que su misión es diseñar las vías posibles para llevar a cabo las señaladas aspiraciones.

Por lo general, en la oficina donde trabaja el Encargado de los Hechos Venideros y sus colaboradores suele reinar siempre el buen humor, a pesar de que se encuentre junto al despacho del Archivero Mayor de la Existencia y oigan cómo todas las noches, a modo de recordatorio, este repite la misma letanía mientras pasea por sus inmensos almacenes repletos de cajas con expedientes: «Navidad, 2008. Archivada», «Semana Santa, 2007. Archivada», «Carnavales, 2005. Archivados», «Verano, 2004. Archivado», etc.

XXXIX. El tramo.¹¹⁸ Tomemos una cinta de extensión aceptable (metro, metro y medio..., qué más da). Imaginemos que de un extremo al otro se condensan diez mil años. Podrían ser más, sí, pero, para el caso, dejémoslo en esta cifra redonda y no demos más vueltas sobre este particular. Márquese con un rotulador o el utensilio para escribir que deseen, la parte proporcional a un siglo. Ese pequeñito espacio destacado es el tramo de una existencia humana. Insignificante, ¿verdad?

De ese trocito, descontemos el cachito que corresponde a los primeros diez años, equivalentes al período en el que nuestra especie es bastante inoperativa desde el punto de vista de las acciones y el pensamiento. Es posible que lo recomendable sea aumentar más la porción temporal, atender a lo que fija el sistema educativo cuando establece fronteras como las de primaria y secundaria en los doce años, por ejemplo, pero vamos a dejarlo como está para no andar mareando la perdiz.

Seguimos. Durante nueve décadas, nuestro organismo irá evolucionando. Se pasará de la endeblez a la robustez y,

118. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 11 de enero de 2009. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

llegado el momento, se regresará a la condición inicial. El proceso se dará de manera inevitable, aunque es cierto que no con la misma intensidad ni de igual forma. Lo importante para lo que nos ocupa es que ocurrirá y que será irremediable. Nadie se librará de él. Como tampoco se podrá escapar del extremo opuesto al del origen, o sea, el fin. Es un segmento, los límites son consustanciales a su naturaleza.

Detengámonos un instante y veamos qué tenemos: una vida de cien años de los que solo son operativos noventa; una trayectoria orgánica cuyo gráfico es similar al de una montaña (de la base a la cumbre y de nuevo al suelo); un fin inevitable y, añadimos ahora, un comienzo imposible de prever: hemos podido nacer en otro ambiente familiar diferente al que nos ha tocado; en otro país, en otra época, en medio de un conflicto bélico; en el inicio de un período de prosperidad; en el ocaso de una civilización; en Oriente, en Occidente... Podríamos también no haber sido paridos y que el trecho de marras no hubiese existido jamás. Pero, sea como fuere, por el hecho mismo de leer este artículo, por ejemplo, ya queda confirmado, por una parte, que el fragmento vital que nos ampara comenzó a trazarse en algún momento de la cinta y, por la otra, a la vez, que tiene caducidad.

Antes del tramo, nada éramos. No había posibilidad de apelar al recuerdo porque, por no haber, ni la noción de lo que somos existía. Después del trozo marcado, la duda: ¿cuántas semillas germinarán en el huerto de la memoria de nuestro entorno más afectivo (familiares, amigos...)? Algunas nos alcanzarán, ¿verdad? Por supuesto —lo asumimos—, nada que ver con esos bosques frondosos que representan los célebres, unos pocos cuyo derecho a la evocación se asienta sobre el conocimiento que de ellos tienen individuos que forman parte de círculos externos a su ámbito privado (académicos, divulgadores, etc.), quienes añadirán a los sedimentos percederos dejados por la experiencia de los allegados una profusa y perdurable documentación verbal.

Me interesa el grupo de aquellos cuyos derechos al recuerdo terminarán expirando en un determinado momento de la cinta. Después del fin de nuestro tramo vital, ¿cuántas décadas más podrá sobrevivir la memoria que nos identifica entre los afines y los que nos tengan de algún modo presentes? ¿Una, dos, tres...? ¿Y luego? Luego, nada: nuestras ambiciones serán polvo; nuestros pasos, huellas borradas; nuestros sueños, olvidos; nuestras sonrisas, humo; nuestras lágrimas, vapor... Habremos desaparecido. Nuestra existencia solo podrá ser testimoniada como parte de una cifra poblacional («mil niños nacieron en...»; «mil personas murieron en...»). Perderemos incluso el derecho a ser reconocidos por ese documento de identidad que utilizamos cuando estábamos vivos y que se empleó para cerrar los oportunos trámites administrativos al poco de nuestro óbito.

Pasarán los siglos y los milenios. Con respecto a la cinta original, el tramo marcado será proporcionalmente más pequeño, y así hasta que no sea posible testimoniar de ninguna manera que hubo un instante, un suspiro de presencia humana en la Tierra, en la que existimos.

[Al llegar a este punto del texto, cualquier conclusión que se anote será defectuosa porque ustedes, los lectores, ya habrán ido edificando su particular corolario: algunos negarán la evidencia, no por carencia de objetividad, sino por temor al vacío; otros sentirán la acuciante necesidad de emular a los goliardos; no faltarán quienes, conscientes de la nada, optarán por plantar una pepita en la tierra que sea con tal de prolongar su derecho al recuerdo; ni sobrarán individuos que, teniendo presente el declive físico y mental, decidirán limpiar su conciencia ahora que pueden antes de que sea demasiado tarde; unos pocos asumirán que lo mejor es vivir sin rencor y disfrutando de cada instante; y un porcentaje no escaso, con toda probabilidad, se habrá arrepentido de la lectura de este escrito cuando haya comprobado que ha perdido unos minutos preciosos de su particular e irreplicable tramo de cinta].

XL. «*Fue la inocente angustia de los torbellinos* concéntricos la que me indujo a buscar la salvación en esta botella al mar de mis esperanzas que nadie leerá entre líneas ni podrá saber por qué se fijó con perenne y firme voluntad los trazos desgarrados de un sueño acristalado de sinuosas pérdidas y fragmentadas dichas enclaustradas en patios sin puertas, ventanas sin horizonte y suelos sin volumen», Sadalone *dixit*.

XLI. Cayucos. Lee esto de noche, frente al mar, sin más luz que aquella que te permita descifrar los caracteres. Por favor, mira al mar y fíjate cómo la negritud une el cielo con el agua. Ese es el vacío. Esa es la nada. Ahí, en esa retórica tierra de nadie, como constelaciones de sueños y esperanzas, muchos como tú y como yo están ahora mismo dando brazadas. En este instante, no los ves; mañana, frente a ti, quizás tampoco los veas. El negro es demasiado intenso...

XLII. Invierno en primavera.¹¹⁹

«De repente se hizo la noche oscura. El sol se retiró y la luna esperó la llegada de las primeras nieves. El bosque frondoso se transformó en desierto y una lágrima de pena trazó el surco del invierno. A lo lejos, los pétalos congelados aguardaron callados a la primavera imposible», Sadalone *dixit*.

¿Qué puedo ofrecerte que llene el cuenco vacío que jamás volverá a saciar el apetito de la vida? ¿Qué puedo entregarte que te permita aceptar con esperanza la desesperanza de saber que todas las luces del día serán mortecinas porque se verán con el alma rasgada y no con los ojos de la curiosidad?

119. La fecha más remota que conozco de este texto es 12 de abril de 2009. No conservo testimonio alguno que indique que vio la luz el escrito antes de su publicación en *Moiras chacaritas*, donde anoté al final, entre corchetes, lo siguiente: «IES José Zerpa, 23 de abril de 2009», referencias que coinciden con la I Jornada de Lectura Colectiva que se celebró en el mencionado instituto santaluceño y cuya gestación, a principios de año, se desarrolló durante los días en los que acompañábamos en el dolor a un muy querido compañero.

¿Qué puedo proporcionarte que apacigüe el abismo que sustituye a tu corazón y lo convierte en una sombra que solo bombea cenizas? ¿Qué puedo darte que al recibirlo te consuele, te ayude a olvidar el hachazo de la mano homicida, te permita levantar nuevamente la cabeza y ver que tu camino aún es muy largo, que el trayecto no ha terminado todavía? ¿Qué puedo mostrarte que te alivie, te dé paz y te ofrezca las caricias del sol en los pétalos del ánimo?

Porque me abandonan las palabras y las convicciones, no sé qué puedo ofrecerte; porque me aña la injusticia divina cuando, en su maquiavélico plan, sesga los hilos de sus marionetas antes de que las callosidades cubran las ternuras, no sé qué puedo entregarte; porque me hiere el sentimiento de una pena que se ha ido sedimentando conforme las horas han marcado su huella, no sé qué puedo proporcionarte; porque me abruma la percepción de que las tragedias humanas, en su imprevisión, son demasiado fáciles de escribir, no sé qué puedo darte; porque me siento más impotente que nunca, no sé qué puedo mostrarte.

En noches como esta, todos los vocablos del mundo te regalaría si alguno hubiese que te reconfortase, pero percibo ahora mismo cómo se deshacen, se evaporan y corren a fundirse con el viento para alejarse del lugar donde mora el dolor: la vasta extensión que representa el reino de cuantos te queremos bien. Por eso, por eso nada tengo para ofrecerte; y, sin embargo, quisiera dártelo todo. Busco en la valija algo de lo que me pueda quedar para subsistir en este crudo invierno que nos azota y hallo el siempre predisuesto pan cálido de mis abrazos y una inefable tristeza compartida que se alarga conforme permanecen silenciosos los pétalos de la primavera imposible.

XLIII. Tango de los abrazos imposibles.

Quipu 1. «Sois hermosa, muy hermosa, y deseable. No pasa el tiempo en vos porque se congela al contemplaros; ni con vos, porque todo se detiene. Mas al mirar en el envés,

compruebo que muy deprisa va, pues presto sin vuestra presencia me veo. Os amaría la vida entera ahora mismo, la que tenéis y la que poseo; y luego, hecho el instante, haría por mostraros cómo sucumben en mí los imperios y los equilibrios. Tendréis el calor de mis brazos cuando el frío os azote, pero jamás podré daros un hogar donde el fuego dé calidez. No tengo mañanas que ofreceros, solo efimeridades como esta, por ejemplo».

Quipu 2. ¿Qué cuerda de qué arpa he de pulsar para que se produzca el dulce beso del sonido que a lo más profundo de tu corazón llegue, lo deje henchido de gozo y lo conduzca de manera inevitable a tomar el rumbo de esa senda en donde me he de encontrar esperándote, como siempre ha sido; para que por fin nos hallemos y andemos juntos el tramo de esperanzas que nos vamos a conceder sin prisas ni pausas, y sin más expectativas que la mera contemplación de un trato que haremos sucumbir bajo las reglas de una cortesía afectuosa que nos permitirá redescubrirnos cada día desde el mismo instante en el que el aura dorada del amanecer anide en la conciencia hasta el momento en el que, al llegar el ocaso, caigamos en la cuenta de lo andado durante esa jornada y lo untemos a nuestras victorias como un hecho memorable que valdrá la pena volver a evocar tal vez una vez más, aunque sea la última, aunque tras este postrero instante ya no sea posible seguir juntos un paso más?

Quipu 3. Un furtivo beso ha regresado a mi memoria. Alguien lo lanzó en mi dirección, pero muchos se interpusieron. Llegó a cualquier sitio del universo menos adonde debía. ¿Por qué el aire lo desvió de mi rostro? ¿En qué mejilla ajena se depositó? ¿En qué labios se asentó? Lo reclamo. Lo evoco. Aquí lo espero, donde no ocurrió lo deseado; aquí, al otro lado de todo...

Quipu 4. La noche del veredicto llovía en la ciudad como nunca antes lo había hecho. Era una purga que el cielo

llevaba a cabo bajo la consideración de que cualquier daño era insuficiente. Para él fue el testimonio de que aquello, en realidad, no era justo, pero el delito se había cometido: él lo confesó y la ley era inflexible al respecto. La declaración explícita del acusado no dejaba lugar a dudas. Los alguaciles, el público, los medios de comunicación, también los letrados, los policías, las sombras y el aire que respiraban, la ciudad, el planeta, la galaxia..., todos oyeron cómo se había inculcado a sí mismo del repudiable acto: una carta con un delatador «ella, sublime hasta en la indiferencia» que mostraba el desgarramiento de una belleza anquilosada en el ánimo de los amores no consumados.

Quipu 5. Porque no debo, no lo digo, aunque mil veces porque quiero te lo diría si el peso de la obligación pudiera vencer. Acabo de redescubrirte y, de nuevo, me has invadido sin piedad. Lo has hecho sin darte cuenta —o sí, no sé— de que por más que lo he intentado no he sabido cómo impedir que te vayas. He cerrado los ojos y he querido que la imagen que me quede de ti sea la de un imposible ser horrendo, un ser deforme y repugnante, pero ha podido más mi encantamiento que el deseo de mantener las manchas oscuras y las imprecaciones con las que había cubierto tu retrato en mi memoria para dar por bueno tu olvido. ¿Por qué, de repente, se fue la primavera y, temeroso, el verano prefiere dejar paso al otoño? Enamora contemplar tu humillante belleza e hiere comprobar que nada tengo que ofrecerte que te merezca la pena y te permita detenerte conmigo para moldear juntos un pequeño instante eterno. Hoy no te hubiese hablado, pero no sé decir las cosas de otro modo porque no conozco más mundo que el construido palabra sobre palabra y, en medio, el blanco de la meditación. Todo ello en el tiempo.

XLIV. *Liebestod.* Antes de que la nube negra se asiente en los amaneceres, debo recoger y ordenar las fotos impresas en la memoria, las imágenes que yacen sin concierto ni contextos

en el escritorio de mi intelecto. Todas han sellado un pacto de silencio que en este momento rompo a sabiendas de que el tiempo ha suavizado las aristas y de que el fósil de sus perfiles se ha difuminado, y de que nada ha de cambiar más allá de lo que lo ha hecho en estos pasados lustros. Me preguntarás por qué confecciono estas palabras y no dejo que los guijarros sigan rodando hasta la desembocadura. «No lo sé», deberé responderte. Quizás sea por la certeza de que tras la tormenta ni mi nombre en pie quedará, ni siquiera el recuerdo silencioso de que estas fotos se hicieron y esta crónica las testimonió; quizás, también, por el temor a perder momentos especiales que ahora serán revividos con la complacencia de las evocaciones distorsionadas o posiblemente alteradas. ¿Qué es la literatura si no?

Han pasado muchos años y los rostros se han ido desvirtuando e inclinándose los instantes hacia el flanco áureo, la sosegada bahía de la remembranza donde arriban los acontecimientos que un día fueron borrasca y ahora suave brisa que al alma acaricia y a la recreación agrada. Envuelvo las fotos en la gasa roja de una melodía y comienzo a ubicarlas en los parterres de una confusa melancolía a sabiendas de que un día escribiré, si no lo he hecho ya, si no he dejado de hacerlo en todos estos años, sobre cómo se han marchitado las que me convencí de haber cuidado con poético esmero.

Para entonces, siempre será demasiado tarde; y nada quedará ya por atender que merezca la pena, salvo examinar la retaguardia y verificar la imposibilidad de desandar el camino hasta la precisa coordenada donde comenzó la deriva y se inició una ruta con destino a una fatídica pregunta: quién es la persona que se refleja en mi espejo cuando me miro. Entonces, todo se habrá acabado y solo me quedará la alternativa, con los pétalos desteñidos en mi regazo, de sentarme a esperar el reemplazo, la llegada de otros —anónimos rostros— que entrarán en mi casa y la desalojarán de cuanto fue mi reino y la razón de mis horas. Limpiarán los techos impregnados de mi nube negra y lograrán con seguridad edificar el hogar que no supe, no pude o no quise crear.

Del jardín perdido tomaré entre mis manos las prístinas muestras, las que huelen a noche y exhalan invierno; las del aroma de una remota natividad en el viejo lar donde aprendí a conocer el norte y que llegó a mí la víspera de mi regreso al sur. Me las llevaré a la mejilla. Allí habitó siglos ha el primer beso, el inolvidable, el de una despedida inocente que sin querer fue para siempre. ¿Cómo le diré ahora que su nombre y su evocación pactaron durante años una convivencia silenciosa basada en la conciencia de la imposibilidad amorosa? De mis dedos al suelo caen los cristales de aquel adiós que se me clavó muy hondo y que, seca la carne por el tiempo, aún logran obrar el milagro de la ternura. Trotan hasta expirar en nada los latidos desparramados de la primera y única noche en la que me inicié en la poesía.

Otros pétalos tomo. Huelen a impulsos y a muchos principios que, a base de fe y perseverancia, consiguieron componer las páginas de una década cuyos trazos memorables ahora son ilegibles a ojos del alma que juzga. Solo existe el convencimiento de que fueron escritos de mi puño y letra hasta que en el fragor de todas aquellas percepciones se atravesaron, como estacas del crucificado, los primeros versos oscuros de una primavera en la que el mundo pareció confabularse con el sueño. Se anegaron las tierras del jardín y las semillas llamadas a florecer solo dieron rastrojos. El milenio había comenzado y con él la desesperanza. Arrojo al aire el montón de hojas, que ante mí se hacen polvo, sombra y nada.

Luego llegó el ángel, la bendición, y lo estropeé todo. Firmé el pacto con la obra y con él irrumpieron el conflicto, el dilema, la tormenta, el juicio sumario de la bipolaridad, la batalla por el néctar compartido cuya joya hubo de ser arrancada para que no fuese el veneno que después segaría los que ahora son ya muertos pétalos de rosas que cada luna llena reviven en el aura wagneriana de una memoria encadenada al sopor de un mensaje escrito con letra desigual que, borroso, puede leerse en el reverso del camino: «qué lástima perder lo conseguido».

Con el desastre consumado, más nada porque nada es lo que cuenta ni la pena vale ya que cuente. El sillón gastado, de cara al horizonte, ha resistido los lamentos por los pétalos que se han deshecho entre las apatías del que, en estas páginas, pronto lo olvidará todo. Hora es, pues, de que se vacíe y desaparezca cuanto, durante mucho tiempo —demasiado—, se ha custodiado como eslabones de una inmensa cadena cuya existencia solo ha de quedar testimoniada en las 878 palabras que componen esta pieza que aquí, ahora y así ha de concluir para siempre.

XLV. Atomatito rufián.¹²⁰ Durante años, en el fragor de mis vericuetos auditivos, oía cómo mi padre refería un verso que recitaban las empaquetadoras, o aparceras, o... no sé muy bien quiénes, que trabajaban en la empresa familiar, dedicada a cosechar y exportar tomates. En el mismo se hablaba de la honradez perdida por culpa de un rufián, un tal «atomatito».

Así lo recuerdo y así debía ser porque siempre que lo oía me venía a la cabeza la imagen de un cantautor de mala vida, tabernas y navajas albaceteñas. Reconozco que hubo momentos en el que este pasaba a ser un bandolero, un Curro Jiménez donjuanesco que a todas traía por la calle de los amores contrariados, pues tan pronto las amaba como las dejaba con el desconsuelo de la soledad para atracar en otros rediles.

Esto imaginaba y sostenía con firmeza a tenor de la asociación mental entre el nombre del canalla y el producto con el que mercadeaba la referida empresa familiar.

«Atomatito, rufián, que por ti perdí la honradez», cantaban las señoras —según mi cabal comprensión—; y durante muchos años acepté que así eran las cosas hasta que un día, no sé por qué ni cómo, salió el tema y le recordé a

120. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 15 de febrero de 2009. La versión de *Moiras chacaritas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

mi progenitor el verso. Le pregunté interesado por el fermentado individuo que tanto pesar lírico había causado: «¿Quién era Atomatito? ¿Quién era ese rufián que protagonizaba la canción de las empaquetadoras?».

Extrañado, mi padre me miró fijamente y me dijo: «¿Atomatito? ¿Rufián?». Sonrió y, antes de desternillarse, zanjó la ancestral, hipoacúsica y deformada cuestión con un sonoro: «¡Anda, maldito rufián!».

APOTEOSIS DE LA MUERTE
[EXPEDIENTE ÁTROPOS]

XLVI. «*En el último instante*, logró salvar la gran bola de cristal que se precipitaba al abismo después de haber sorteado de un modo miserable los vaivenes de un comedor lleno de cubiertos hambrientos, platos sucios, saleros vacíos y copas sin alma. Cuando ya nada podía evitar que la ruptura final se presagiase, tomó impulso y se lanzó rescatándola a escasos centímetros de la tragedia. Luego se incorporó, la depositó entre los estropicios de su cena eterna y sonrió amargamente. Aún temblaba cuando sobre la mesa puso la pistola, que todavía humeaba», Sadalone *dixit*.

XLVII. Requeibros de la pérfida Sadalonia. Se cuenta que en las calles de Sadalonia, desde hace tiempo, la verdad se ha convertido en ese pertinaz y recóndito hueco donde ampararse bajo la lluvia púrpura de tajos inertes que asolan el asfalto perdido de la inocencia en el que, diariamente, transitan aquellos que ya no tienen techo ni fortunas que proteger, ni tierras que pisar, ni hoyos para tenderse; los que, sin hijos, sin obras, sin fama, caminan sin el rumbo claro de un destino para el que no debieron nacer ni por el que han de morir, uno similar al que otros construyen sobre el mármol santo de las inscripciones que perpetuarán para el olvido común un nombre bautizado con un agua ponzoñosa sin bendiciones ni sacramentos, testimonio irrefutable de lo efímera que es la condición que les ampara y que

traducen en el hambre de una respuesta para la que ya no caben más preguntas, de un motivo para avanzar o detenerse, de una verdadera razón que les explique por qué se hallan en aquel solitario asfalto de tierra, junto a la acera desierta, pegados a la fachada sin ventanas, persuadidos de su corrupción gracias al credo ignominioso de las marcas y los sellos: mirada distante, desdén gestual, asco, desidia; perfidia a la sangre común, al cielo compartido, al sueño que los une, a la muerte que los iguala, a los minutos que pasan rozando de senectud los supurantes poros de los que manan, cual lluvia, quizás púrpura, es probable que negra, el agua inmunda de las injusticias, agua que riega la tierra que las sonrisas pisan y los condenados solo pueden esperar en la horizontalidad que calma y aplaca la hipocresía de los solidarios, los de la guirnalda, los del presente y la piedad periódica que nadie explica y todos callan, y aceptan como venida de la pía clemencia que será reclamada por la fe para el perdón de unos pecados irredimibles porque se aclaman para la más injusta, incierta, macabra de las paces; esa con la que untan las úlceras y las ubres enfebrecidas con las que se amamantarán de tradición las inquietudes de la manzana; paz de la metáfora, del mesianismo, del ángel que fornicar, del santo que trasgrede, del pecador satisfecho, de la buena serpiente, de la ruín paloma con plumas de plomo, de la compasión gris disuelta en los tazones de los orfanatos, nuestras maternidades, los espacios donde se construirá, cuando los benefactores quieran, la ruta para que los pies descalzos sepan dónde pisar y cumplan el determinismo de su condición: aquí, los que han de ver la luz; allí, los que han de hacer lo posible para que los estos vean la luz; allá, los que han de procurar que los de allí no yerren en su cometido; en la vanguardia, los que velarán por estos últimos; en la retaguardia, los que se ocuparán de los primeros, porque es importante que lleguen a cualquier precio para que la especie se conserve en la salmuera donde se ha de mantener, por los siglos de los siglos, por encima de las

revoluciones y de los castos prelados que proclamarán lo que está bien y lo que está mal, salga el sol por donde estime oportuno hacerlo, póngase la luna donde considere que es necesario, porque bueno será saberlo, para la crónica de estos hechos sadalónicos, que nadie, absolutamente nadie, podrá merodear en las notas de los que han de ser iluminados, porque ellos, sépanlo ya los incrédulos, son los únicos que, en la jerarquía de este asfalto perdido de la inocencia, tendrán la potestad de dictar el alcance de los impulsos de la ternura y marcarán el límite de las fronteras de las caricias, y de los hechos del cuerpo y de los instintos, y de la canallesca travesura de las ideas anticonvencionales, lastres exiguos para derrumbar el pilar firme de la sórdida babilonia de la que nos sentimos tan orgullosos de pertenecer, la clase excelsa, la élite que no pisa el asfalto y que de blanco se encarama a los palomares de un olivo que han tenido que disfrazar porque desconocen el alcance de su orgía y la sangría de su maldad, teñida de impotencia y mortandad el don de la belleza de quienes, ahora marchitos y descarnados, respiran y sienten, y se ven ir, y lloran todas las noches preguntándose por el modo de salir de aquel piche perdido de la inocencia en el que diariamente, en forma de pertinaz y recóndito hueco, han convertido a la verdad bajo la —es probable que negra, quizás púrpura— lluvia de Sadalonia. Lluvia en la que, por fin, terminarán ahogándose y muriendo de una vez para siempre. [Fin de la maldición]

XLVIII. Prontuario de la Ínsula Barataria.¹²¹ ^[1] Yo conozco un viejo palacio con miradas de perlas. Allí, en los atardeceres

121. Ínsula Barataria fue un programa radiofónico que se estuvo emitiendo en Canal Telde todos los miércoles, de 22.00 a 23.00 horas, durante el período comprendido entre diciembre de 1998 y agosto de 2001. Dicho espacio lo realizábamos Juan Miguel Ramírez Benítez y un servidor. La primera versión escrita de las piezas que componen este prontuario vio la luz en un opúsculo en formato A6 titulado *Primera parte de los discursos y pesares*. Además del citado enunciado, la portada contenía la

del estío, bailan fundidas en un abrazo las nubes de los oro-peles, los recuerdos de una tierra cuyos amantes yacen en el nombre de los cipreses, en las marcas de los robles, en las hojas secas donde se revolcaron en la borrosa primavera occidental que cualquier otoño atisba tan sepia, tan lejana, tan imposible, con la insondable armonía de una cosmológica certeza: que los sueños son los versos de una canción sin fin, los ecos de las palabras, las sombras de nuestras acciones y, posiblemente, la realidad que vivimos y compartimos. Los sueños son, además, las letras de un mensaje, las ondas de tu alegría, la paz de nuestros besos; los testimonios de la historia, la justicia, el arte... , percibidos con la voz de los miércoles y la arena de las diez. Los sueños... Los sueños son esa hermosa cosa que todos llaman eternidad y que tú solo reconoces llamándolos por su nombre: Ínsula Barataria, sin duda, los mejores años de nuestras vidas.

^[11] ¹²² Este es un programa independiente hasta donde puede serlo. Nos debemos a una tradición que adoramos y a unas ideas que defendemos y que no pretendemos imponer, solo ofrecerlas, mostrarlas tal cual son, sentirnos orgullosos de ellas y luchar por su pervivencia sin tener que atacar las de nadie porque creemos en la libertad y en la subjetividad, en la pluralidad y en presente; porque hacemos lo que

siguiente información: «Compuestos por Terwill Ozota. Director de la revista *Cuadernos de la Ínsula Barataria*. / Dirigidos a Farrokh Bulsara, el Rey, nuestro señor. / Impresos en Telde, por Proyectos Culturales Ínsula Barataria. Año de MMII / A costa de Juan Miguel Ramírez Benítez y Victoriano Santana Sanjurjo, mercaderes de libros». La publicación se registró con depósito legal: GC 72-2001. En el año 2012, en la edición de los *Cuadernos de la Ínsula Barataria* que preparé para Anroart, los contenidos de este prontuario también aparecieron y se arreglaron de manera que constituyera el conjunto una segunda versión de los textos. La definitiva, la que contiene este volumen, es la tercera.

122. Contexto: declaración de intenciones de los responsables de Ínsula Barataria que, con el tiempo, se erigió en una suerte de “carta magna” del espacio radiofónico.

queremos y les presentamos todos los atajos que conocemos para que ustedes hagan lo mismo; porque estamos convencidos de que no es necesario estropear las flores ajenas para que las tuyas estén más hermosas.

No somos objetivos. No pretendemos serlo. Cuanto aquí se atiende, se pergeña, se ejerce y se enseña no es más que el resultado consciente de nuestro impulso interno. Somos dos, pero nos sentimos legión; dos, pero como si fuésemos mil. Tenemos fuerza y ganas de sembrar la discordia donde existan acuerdos hipócritas y falsos; queremos generar violencia discursiva ante la pasividad meliflua de consentidores que hacen del ensañamiento silencioso su arma más letal; nos hemos propuesto declarar la guerra a los que desconocen y zahieren los ideales supremos de la estética, regidos bajo el principio aquel que, sintetizado, nos viene a decir que los frutos hermosos del arte y la cultura se han de transmitir con la misma amabilidad y cortesía con la que se reciben y fueron concebidos en el mismo origen del origen.

En teoría, es posible que este sea el programa más visceral, directo y comprometido de la radiodifusión mundial, principalmente porque no estamos dispuestos a dar margaritas a los cerdos. Creemos con firmeza que la muerte está en cada esquina y que cada minuto puede ser el último; creemos que el pensamiento humano tiende a degenerarse conforme se cuestiona y replantea el falso orden cósmico que le envuelve y que le han impuesto; creemos que los espíritus más nobles se pueden pervertir hasta los extremos más encantadoramente irreverentes y que el hombre, con sus miserias y bajezas a cuestas, siempre podrá hacer de Dios lo que quiera.

Tenemos fuerzas suficientes para remar nuestro barco rumbo al punto de inflexión, el horizonte donde ha de comenzar el nuevo orden que te proponemos: un sistema ideal de convivencia en el que todo el mundo asuma que con su quehacer diario puede ser la palanca que mueva al más insignificante de los átomos, la penumbra en la oscuridad, la gota en el océano, el gramo en la tonelada, el

punto en las rayas, el paso en el kilómetro, el segundo en los siglos y, en suma, la esencia en las presencias.

^[III] 123 *Sábado, 18 de agosto de 2001. Doce del mediodía.* Hace un año, yo tenía que haber estado aquí, pero no estuve. Como el mismo Judas, besé la mejilla del Mesías y, sin darme cuenta, lo vendí a los romanos para que lo ajusticiasen. Aquellos romanos fueron ustedes; aquel Mesías, mi hermano.

Ahora, un año después, he llegado a la conclusión de que, si el cristianismo necesitó a un Judas para edificar su razón de ser, tuvo que haber otro por aquí que traicionase todo lo construido para que las cosas ya no volvieran a ser como antes. Los caminos que van del infierno al cielo (o viceversa) suelen ser siempre duros, pero las recompensas son tan hermosas que bien merece la pena que se recorran.

Eso es lo que se va a hacer en las próximas veinticuatro horas. No sabemos cómo las concluiremos; sí, al menos, lo que de ellas obtendremos, que no es otra cosa que la reafirmación del único dogma de fe que nos ampara: que estos son los mejores años de nuestra vida.

Así, pues, hermano, ayúdame a bajar de mi horca particular que yo te ayudaré a desenclavarte de tu cruz. Cumplamos con el destino de una resurrección que no será nunca para el perdón de ningún pecado, sino para una supervivencia en el imaginario mundo en el que nadie conoce nuestra felicidad: la Ínsula Barataria. Comenzamos...

123. Contexto: editorial del último especial de veinticuatro horas que realizó el programa *Ínsula Barataria*. Comenzaba a las doce del mediodía de un sábado y terminaba a la misma hora del día siguiente. Entre el 9 de diciembre de 1998 y agosto de 2001, se llevaron a cabo cinco emisiones radiofónicas que, como la señalada, eran singulares por su extensión y su contenido: tres veinticuatro horas en agosto (1999, 2000 —en el que no participé— y 2001) y dos programas de fin de año de doce horas cada uno: 1999 y 2000.

^[IV] 124 Se cuenta que en el principio fue la tormenta, que luego vino la procesión de bandazos en el Océano de Ningunaparte y que, por último, en la hora de las nostalgias, arribamos a la isla. Pisamos entonces tierra y cubrimos nuestro agotamiento con las pieles de una pantera, un león y una loba. Comenzamos después a correr hacia el interior.

Durante días, en el fragor de la supervivencia, perdimos el rumbo. No sabíamos dónde estábamos, adónde nos llevaba la tormenta ni qué orilla nos habría de recibir. No obstante, al pisar la isla nos dimos cuenta de que el azar o nuestros deseos nos condujeron con precisión al destino de la partida.

Reconocimos en las cumbres centrales el éxito de la misión y mientras sorteábamos los obstáculos de una carrera alocada comprendimos que la tormenta, en el fondo, había sido nuestra aliada: lapólica cima, la baquiana, la fuente de Castalia. La agitación de una frenética huida se mezclaba con la emoción del reencuentro. Corrimos hasta quedar exhaustos.

En la hora de las rondas, llegamos al manantial, pero no hubo agua para saciar la sed ni paraje donde descansar. Todo aquello que la leyenda vistió de frondosidad ahora era decadencia, sequedad, soledad, decepción. La tormenta había arreciado en los sueños y solo teníamos la conciencia de que algo había cambiado, de que nuestro Parnaso particular ya no era como nos lo habíamos imaginado.

Con pieles hicimos la hoguera que palió el frío de la desilusión. Miré a mis compañeros y les hice una señal. De repente, nos dimos cuenta de que aquel lugar, aquella isla, en el fondo, era el premio de una vieja promesa cumplida: «he aquí, pues, mis ciudadanos, el reino sobre el que

124. Contexto: este es el primer texto que se compuso exprofeso para *Ínsula Barataria*. Se emitió como editorial en el programa inaugural, que se realizó el 9 de diciembre de 1998 y no en 1999, como por error señalé en la página 7 de la introducción a la edición de *Cuadernos de la Ínsula Barataria* (Anroart, 2012).

cimentaremos el nuevo orden». Así llamamos a nuestro refugio Ínsula Barataria. Así pasó el primer día del resto de nuestras vidas.

XLIX. «*Señor a punto de morir manifiesta* su intención de enterrarse con una agenda en la que se reflejen los nombres de los difuntos que usted quiere que visite en el más allá para hacerles llegar los mensajes que considere oportunos. Tarifa en función de la cantidad de cielo que haya que recorrer. Precios especiales para agnósticos, ateos y los “mierda, porque se murió, que si no...”».

L. «*Ahora en Macondo está lloviendo*, y el viejo coronel sigue esperando sentado a que las marchitas rosas amarillas de su vaga y tortuosa inspiración comiencen a deshojarse con la misma parsimonia con la que empezó a moldear los pescaditos dorados de su senectud un remoto viernes de abril en las gastadas escaleras de un lejano Edén que no se perdió por morder la manzana ofrecida por ninguna Eva, sino por matar al ángel anunciador con su propia espada. Espera a que todo termine antes de que las cosas dejen en realidad de tener importancia: cuando ya se haya llorado con amargura la infame pérdida del osario primigenio y quede sedimentado en la roca de las nostalgias la columnata que todos vislumbraron; cuando Sadalone haya sido condenado a muerte y se confirme que ya no habrá estirpe alguna que pueda tener una segunda oportunidad sobre la tierra ni esperar la luz después de las tinieblas...

Cuando eso suceda, yo me iré y se quedarán los pájaros cantando a mi muerte, siempre; a mi tumba, mi caja; a mi mortaja; y al recuerdo que dejaré; y a los restos que ven así como a los que no; al reloj parado y al que anda. Cantarán sin cuerpo a las nubes que pasan y a las que permanecen; a quienes me lloran y a quienes no; a quienes me guardan y me acompañan; a quienes sonríen y me olvidan; a los que oyeron mi voz, a quienes no. Cantarán sin alma al recuerdo

que dejaré; a mis palabras, mi memoria; a mis obras, mi descendencia; a los que honraron mi esencia, a los que vetaron mi presencia. Cantarán ya sin voz a lo poco que fui cuando, acabado, solo sea para la mar, lejos del huerto, el verde árbol y el pozo blanco, simple polvo enamorado»,¹²⁵ Sadalone *dixit*.

LI. Contra Sadalone.¹²⁶ ^A[1] Media hora antes de que Cándida Viracocha sacase, entre maldiciones a su precaria memoria, las perdidas papas de un inclemente fuego, ocurrió el desastre de la amante desamorada que confesaba no *ser* lo primero y *sí estar* en lo segundo mientras el desamado enamorado se hundía en los abismos de las incomprensiones e ingratitudes y la piba de Fran subía a una guagua de la que no tendría oportunidad de salir por su propio pie.^[2] Cuando el verano aprieta y las soledades se acumulan en los resquicios del cansancio y el olvido, muy poco es lo que queda por hacer que merezca la pena. Las horas de la tristeza, mis ciudadanos, son largas y pesadas; y nadie puede evitar que todo sea efímero, carente de sentido, vacío y, hasta cierto punto, estúpido.^[3] Aquí, un corazón enamorado describe la catástrofe de su estado; allí, otro, desamorado, la del suyo. ¿Quién lo niega? Las cosas no fueron fáciles, pero no se pudo impedir que fuesen como resultaron ser: el amador quedó sin amada, la piba de Fran no salió de la guagua por su propio pie y a Cándida Viracocha se le quemaron las papas. Mayor tragedia ya no cabía en el mundo.

125. Y a lo lejos, como siempre, la bendita plegaria juanramoniana. La misa opaca de la soledad, el misal del alma...

126. La primera versión de este texto, antes de que viera la luz en *Moiras Chacaritas*, salió como publicación independiente bajo el título *Contra Sadalone Huichitalaq* en septiembre del año 2000. Constaba de unas 33 páginas y dispuso de un ISBN de diez cifras: 84-931365-3-0; y otro de trece: 978-84-931365-3-6. En 2008, apareció esta composición de manera incompleta y dividida en cinco entregas en *Teldeactualidad*: I, 16/01; II, 23/01; III, 31/01; IV, 2/03; y V, 18/04. La versión de *Moiras chacaritas* es la tercera; la presente, la tercera y última.

^{B[1]} Aquel verano, mis justos, el sopor de las tardes era más insufrible que nunca; los latidos, más cansinos; y el calor se alquitranaba en los huecos de existencia que nos quedaban en las frentes y los frentes. Confieso que, sin pena ni orgullo, había retomado los pasos mal andados; y que, bajo una luna de escarcha, limpié el cuchillo sadalone con el que, entre clavadas, había cubierto el cadáver de mis desvaríos. Lo había hecho con la simiente impropia de quien delinque solo por ver cómo se pierde la virginidad en medio de las palabras de una mala tertulia; y me refugié en las recónditas esquinas de una calle sin paredes en las que apoyarme para verme finiquitar. ^[2] Así, mis ciudadanos, goteando, comencé a desvivirme y a ser al mismo tiempo de tristeza barro. El problema, coincidirán conmigo, era evidente; e inevitables, como pueden imaginar, sus consecuencias: un buen día, de repente, comienzas a darte cuenta de que te desmigajas, de que todo lo que eres no son más que esquirlas de una vieja querencia alojada donde no se pudiese tocar y ves —así, solo así— cómo te astillas en la desesperación de un inconsolable llanto de expansivos puntos suspensivos. Terminas ahogándote en el intento de saltar las tapias de tu hondura; te olvidas, además, de que las promesas son como los anhelos, que una vez declaradas no pueden dejar de cumplirse. ^[3] Porque no tenía más remedio, busqué allí mis males y llorando a los pies de un ciprés de invierno que llevaba grabado en su corteza el nombre de un deseo sin pañuelo en el que perpetuarse los hallé. De este modo, sin amor, sin ilusiones ni papas para Cándida era evidente, mis ciudadanos, que toda la vida se había convertido en un amalgamado drama; y lo peor no era que la vida fuese así, sino que uno supiera que la vida así era.

^{C[1]} Se cuenta que la tragedia de aquel verano se fraguó durante un desdichado sábado en el que no había un lejano recuerdo con el que reconfortar los lastres que cada minuto —en los gestos, en los hechos y en las palabras— la torpeza había ido sembrando. Fue un sábado cualquiera, uno de

tantos, cuando las penitencias se anudaron al alma como cilicios y apretaron sus púas en el corazón descuerado. ^[2] Pudo ser el mismo día en el que se habló de la proverbial mala suerte de un carabinero que había esperado toda su vida a estar frente a un delincuente para desplegar las esencias de sus mal aprendidas artes marciales de fascículo y pasó de ser el ensoñado héroe coronado y venerado en las Italias al irrepentible pobre diablo que no recibió las mínimas atenciones de la prensa local y que mereció, en muerte, el premio de una esquila que sus compañeros sufragaron con mala gana, a sabiendas de que el dichoso recuadro iba a truncar algún furtivo polvo de fin de semana y la erótica del uniforme con calcetines de hilo importados de Milán. ^[3] O pudo ser, confieso que no lo recuerdo muy bien, cuando la hija pequeña del bibliotecario pasó su lengua por las baldosas del húmedo zaguán familiar y pactó vivir para siempre con quien no dudó en consagrarse a ella con tan absorbente pasión que en poco tiempo se hizo con todos los recovecos de una corta edad que perdió su reinado cuando los golpistas asaltaron el pabellón real del corazón y contaminaron cuantas vías de comunicación hallaron a su paso. ^[4] Insisto: flaca es mi memoria en esta evocación; solo recuerdo con claridad que en su determinación, en los fines de la desdicha, se optó por atravesar el alma de alfileres infestados con el veneno de un aciago amor estival con el que nunca debió dejar de tropezarse y del que jamás renegaría, aun cuando las convicciones fuesen como las escamas del pez de los infortunios. Con la rectitud de los desvíos, cambió penas por palabras y sucumbió a la intransigencia de un futuro lleno de párpados de azufre en los que una torcida mirada y un mal gesto deshicieron la magia de los besos con sabor a flor desvanecidos en los entrecortados mensajes de las sospechas frías y perpetuas. En los contrastes de esos desamores se dañó la elegancia de la ternura. Así se vivió en su aceptada y aceptable particular Babilonia de inhábiles traductores. ^[5] En ese momento, a la desdicha de existir días

se le unió la de haber sábados y, con ellos, aquel que marcaría la tragedia de nuestro Sadalone. El único culpable de que los hechos fuesen como fueron.

^{D[1]} Un día, mis ciudadanos, la hallé donde ya no iba a dejar de estar; en los pilares de mi memoria, impasible, sentada, viendo cómo se le pasaba la vida y cómo se le venía la muerte. Sadalone también la encontró y da con ella cada vez que su ternura se estremece. ^[2] Fue allí, en el instante de la plegaria vespertina, en el supremo momento de una oración sin ídolos, donde el tiempo se paró y donde el fruto vuela bajo la contorsión de un reblandecido sueño que se hará trizas cuando la albura se tinte de terrenidad. Allí, repito, insisto, tengo a esa mujer sentada que piensa impasible.

^{E[1]} Lloré tanto por el hallazgo y por esa tragedia particular de cada sábado en la que Sadalone fue el único culpable de que los hechos fuesen como fueron, tal como se dijo, tal como nunca se ha dejado de afirmar. Recuérdese que en las miserias de su condición lo atrapamos y lo condujimos hasta las celdas de su angustia para que fuese castigado con la dulzura de sus anhelos no consumados entre los sueños de su vigilia sorda y áspera: ninguna pesadilla ha merecido ser tan elogiada como la que su dolencia nos ha confiado desde su atroz locura. Está enfermo, sí, lo está; y es menester que escarbemos en sus heridas mentales para que al final del dolor que le deseamos supuren de sus llagas el verdadero nombre de su mal, que unos llaman —dicen— amor. ^[2] Porque el día del apresamiento, cuando llegamos, había sucumbido a la lectura de la efímera y tortuosa historia de las contrariedades de un verso elevado a los desdenes del retoricismo más falso y atrabiliario que jamás conocieron los suicidas desesperos de las ansias no satisfechas. No pocos reconocieron en ese lejano rostro de minuterero visto y horado en las cavernas de la retina las huellas de viejas alegrías y perennes desgracias; mas cuando quiso aseverar que todo había pasado, nada había sido tan evidente: negaba lo que nunca había existido. Así se percató de que estaba

perdiendo la noción de los puntos cardinales que su destrucción le marcaba: una muerte por culpa de un amor atascado en la maraña de mensajes maniatados y amordazados en las esquinas de su corazón. ^[3] Créanme, porque lo sé, que luchó hasta lo increíble para convencerse de que la felicidad era un plato imposible de lograr; por eso, cuando la tuvo entre sus manos, no dudó en perderla con su defensa a ultranza. No así ellos —nosotros mismos—, diligentes a la hora de arrebatársela. Pagó el precio más amargo de su condición: el desprecio de una soledad no buscada por un convincente mal que sin quererlo se hizo de luz y, una vez obtenido, se transformó en sombras impías. ¿Cuántas lunas, les pregunto, no vieron en el desespero de sus solitarios esmeros los rituales previos de un suicidio inacabado por culpa del plástico deformado de los ideales? ¿Quiénes pueden asimilar estas soledades salvo quienes, sentados, ven pasar el mundo y escuchan cómo están los teléfonos más mudos que nunca? Así, solo resta concluir que era más que evidente la paradoja de esa existencia desvelada. ^[4] Sabían que para escribir la historia de los finales bastaba con entender que estos eran tan veraces como los comienzos, que los anhelos formulaban sus condiciones con besos sin mensajes tiernos y que todo era tan efímero como el tiempo en el que había tardado en ser lo que ya no es ni será. Aceptemos, pues, llegados a este punto, que a nadie se le escapaba que la piba de Fran no había actuado correctamente, pero a la fragilidad de su inocente infidelidad no podía depararle la vida la crueldad de un finiquito como el que le esperaba mientras Cándida Viracocha, abatida, se daba cuenta de que se doblaba en senectud. ^[5] Los principios y los finales son siempre como los resquicios de los acantilados: sugieren la gloria de la ascensión y apuntan al fracaso de la caída. Que había fallado, era evidente. Para Sadalone, el gran bebedor de sal, era una sensación extraña, nueva, alejada del fragor de las tempestades de cuerpos tipográficos y fantasmas centenarios, mitigadoras de

abandonos, calladas en la determinación y explícitas en sus exigencias.

^{F[1]} Aunque parezca mentira, durante mucho tiempo me había convencido de que todos los libros del mundo se escribían con las lágrimas de una desesperación pintada de flores amarillas y que solo así se estrechaban los lazos de esos dos amantes recién encontrados que nunca antes se habían querido, pero que siempre se adoraron. De esta manera se moría uno cada noche y se llamaba a gritos bajo los ardientes rayos de una luna enamorada de vírica soledad infectada. ^[2] Es evidente que todos los libros del mundo se escriben con su nombre, y también mis lágrimas de verso; pero hasta cuándo no lo podía saber nadie, ni siquiera la que había de ser burlada durante medio siglo y que, en mi despecho, mis ciudadanos, no dudó en recordarme una y otra vez que no había quien le diera órdenes y que mi insolencia tenía que traducirse en una promesa incumplida que, aún bajo tierra, debería revolver mis intestinos con la crueldad de un castigo divino por pecados veniales. ^[3] Pregúntenme y les podré hablar de la bolsita de basura que llevaba de la mano al viejo con pies, mirada y esperanza de plomo. ¿Quiso al Sadalone? No, por supuesto que no. Allí lo han de ver: sin hijos, sin árboles, sin libros. Sin semillas. Levantándose cada mañana para pedir en silencio que sea la hora de acostarse; sentado, en su puerta, musitando el verso de aquellos labios que solo sirvieron para avivar el fuego de las frustraciones y que, en el ocaso del estío, esperaban el triunfo definitivo del tiempo sobre las cosechas invernales en las que ya no se oírán departir al viento acerca de quien permitió que en los ajados sillones del imperio decadente ya no saltase la voz perfecta y adorable de la princesita de pan y miel. ^[4] Sublime hasta la indiferencia; divina, sí, pero siempre en los hilos de los remates, en los bordes de las tragedias, en la infelicidad absoluta. En todo, sujeto por su mano y con las angustias del azufre resoplando en las arterias de su melosa condición. Aquí se perdió el tiempo

de lo que pudo ser perfecto para llegar a la conclusión de que el final de las intransigencias se volvió en una espátula de bilis que revolvió las viejas heridas del desdén. Se castigó al soñador y se le hizo bendecir el lodo de las inclemencias. Así, las tormentas con vinagre se hicieron llagas de las que supuró las penas más amargas que el mudo poeta cantar pudo. ^[5] «Recuerden mi esencia, por favor; y que con el nombre de mis palabras se escriben los versos que hieren el corazón y la firmeza de una prosa que nunca será entregada al brazo seglar de ama alguna, que no verá roer sus telas por el fuego y, en definitiva, que jamás anunciarán para el absoluto perdón de ningún pecado».

^{G[1]} Presten atención a la revelación de los hechos porque las consecuencias del daño son evidentes: cuando Cándida Viracocha otea el horizonte de gravilla movediza con sus hermosos ojos difuntos, las cosas también dejan de ser lo que son para transformarse en lo que pudieron ser. Así fue como vi los inmaduros amores difuminados de muchos años que la indolencia no evitó que desbocaran en la salada desilusión, colofón a una década de gloriosas tragedias. Los tiempos en los que la piba de Fran tomó la guagua fueron los de un verano caluroso que, en los pegajosos mediodías meridionales, servía de encuentro para turbulentos helados de vainilla y chocolate, flagrantes excusas que los amados aceptaban como reglas de un juego hasta donde la realidad les dejó que lo creyesen. ^[2] Se acumularon minutos en los rescoldos de los bancos sin respaldo, en los desgastados bordillos de las aceras nuevas, en las amarillas estancias de la permisibilidad. Se convencieron de que aquello era lo que querían y no atendieron a la posibilidad de que no llegaba primero quien más corría, sino quien sabía cuál era el camino. Imprimieron a su aislamiento la ínfima ruta de un pasado enmarcado en manchas sepias que olían a lejanas esterilizadas y a mundanos aromas de escaparates prefabricados en el mármol de una silueta con sabor a rancio alquitrán que, con incontinente precisión, trazaba con surcos de

estilete el mapa de las candentes heridas abotonadas con la cal de las nostalgias. Luego los años hicieron el resto.^[3] Soñar con el reloj de los porvenires, mis nunca bien ponderados ciudadanos, es hacerlo con la parca danzante y con la conclusión de que al cabo de tantas inclemencias solo quedará la imagen de un final desastroso, símbolo de un heroísmo buscado y, en consecuencia, apetecido. Codiciaba en sus tristezas ser el mejor poeta sin componer versos que lo perpetuasen y se olvidó de que, desde hacía mucho, ya no era de este mundo, que había desatravesado los umbrales de la sublimidad y el craso error para dejarse arrastrar por el retoricismo más candente por cándido y desnortado, por la simpleza de los deseos y la negación de las evidencias: dos eran dos y no uno. Y mira que se lo dije.^[4] Coincidirán conmigo en que así no valía la pena destruir las pocas esperanzas que quedaban de ser devorados definitivamente por el atroz infinito espasmódico. Que la piba de Fran hubiese muerto ese verano no solucionó el problema de las entretejas ni las horas entregadas a contemplar, en la oscuridad de la habitación, a un techo donde una dama sin rostro era la dueña de esas consagraciones que nunca titubean ante los ambages del vinagre ni se muestran reacias a confirmarse en el azufre de cada mueca de afecto. Se habló entonces — así ha quedado atestiguado — del agua negra de una madrugada indolente que no atendió jamás a las razones de la urgencia, sino al agobio de los sudores concentrados, de las prisas sin respiro, de las atenciones sin mirada. Así surgió para la leyenda el verso lúgubre de nuestro Sadalone, quien por carecer de voz no cantó nunca más alto que las contracciones de su corazón, apesadumbrado por una astilla sedimentada en algún recóndito lugar de sus olvidos. En aquellas papas no había la salvación de un día, como no la hubo en la guagua de los estíos finales. No se trataba de confirmar que la piel no volvería a ser hermosa porque ya no había vuelta atrás, sino de que la piel había dejado de ser primavera.

^{H[1]} Permítanme que les recuerde lo que de nuestro acusado se cuenta, pues se nos antoja muy grave, gravísimo, que se sostenga sin titubeos que la amó como solo podían amarse las cosas de esta vida: con el ímpetu de creer que tras el último beso se desvanecería entre sus brazos y no habría Purgatorio alguno donde hallarla ni barro con la que modelarla. Ridículo Orfeo. Afirman todos en su tradición que aprendió a gozar de los pequeños instantes que antes se cubrían con los pétalos de una insatisfacción teñida de aburrimiento. En la continuación de ese deambular sonámbulo se hizo de arcilla seca y el viento lo esparció por los recovecos de un amor intenso que jamás atendió a las razones de la medida.^[2] Aquel desenfreno, escuchen bien, fue el primer paso de un reposo cuyo fin nunca llegué a vislumbrar hasta el día de su nacimiento, cuando tomó forma el agua derramada por la pena de una pérdida tan deseada como irreparable. «Así se horadó en ti mi yo y esto es para que lo sepas, para que no lo olvides», dicen que dijo. Llueve cada día en los amaneceres de estaño y huele a vacío en los cristales de la congoja: qué lamentable soledad tan absurda, mi gente, que se escribe de papel y que no somos capaces de aceptar. Nos hubiese gustado tanto amar más y saber perdonar, pero no nada aún somos, todavía no lo fuimos y de nada lo seremos. De las pesadumbres en la hecatombe muchas hubo que intoxicaron con sus hierros la pervivencia de cualquier tarde. No se olviden — oportuno es reiterarlo — de que sus miradas les mostrará la circulación de su actitud en péndulos de lona y matrices con prisas de mentiras.^[3] Cándida se estremeció cuando llegó la hora de los finales. La piba de Fran ya le había advertido en la vigilia penumbrosa que los túneles de la eternidad desaparecerán tan pronto como se atraviesen los umbrales del desamparo. Al principio, fue locura; y en el torrente sucumbieron las ilusiones derretidas como plumas de soles muertos. ¡Qué Ícaro! Quedaron únicamente huesos de espuma y de noche, sin luna; quedaron y se estuvieron hasta nunca. Porque

te contaré dónde están tus males y tus altaneras pertenencias. No te podrán llamar por tu nombre cuando no has sido sino una bastarda esencia de lo que perdimos. Porque los versos son como los caminos, que una vez encontrados su ruta no puede dejar de recorrerse hasta el final. Y como los besos, y como las promesas... Dos metas, nada más; dos y serás libre. Solo has de temer no localizar, en los entresijos de las campanas, las alfombras en las persianas donde los jueves achacosos se apelmazan los huesos de la artrosis. «Que termines para no volver y así te mueras, maldito». En las esquinas de la razón suelen hallarse instantes para confirmar que debíamos de haberlo botado de nosotros o verlo convertirse en madera. ^[4] Todos se habían desconsolado con amargura de sus jardines amorosos y la envidia había dejado de ser agua del fondopozo para ser bebida desde los cristalinos bordes manchados con el carmín, ahora sepia, de unos labios que no supieron trascender en su condición de mensajeros del alma. Sonaba para que se oyese desde las inocentes soledades perdidas las voces del campanario, el panario, el nario y el rio. Muchos, muchísimos años antes, Viracocha fue hermosa. Tan llena de vida que no tenía tiempo para dormir. Tanto se vivía que de los entresijos domésticos pasó a ser por su aislamiento una familia en sí. Luego, se nos convirtió en barrio. El domingo de Pentecostés se hizo pueblo. Varios meses más tarde, con la fuerza de su condición existente rebosando los poros de sus centímetros, se transformó en una nación. Y cuando todos creíamos que aquí iba a estancarse su vitalidad, la vimos hecha continente. Menos mal que las insolencias humanas fueron resueltas por las divinas templanzas, aunque siempre nos quedará la pregunta de si pudo ser la hija del tartamudo Cándido Viracocha y la nieta de los arrepellejados Cándido y Cándida Viracocha, mundo o galaxia.

^[1] Así les hablo, pues, mis ciudadanos, así, para que sepan cómo me duele el corazón en las certezas de la letanía que oyeron y que nunca olvidarán, la que quedará escrita en las

gratitudes de ese tu final, del que desconocemos su principio mas no su existencia. Porque te confieso que pienso en tu muerte, Sadalone, en ella siempre; y en tu tumba y en tu caja; y en tu mortaja; y en el recuerdo que dejarás; y en los restos que te haremos y en los que no; y en el reloj parado y en el que anda; y en las nubes que pasan y en las que se quedan; y en quienes te llorarán y en quienes no; y en quienes te guardan y acompañan; y en quienes sonrían y te olvidan; y en los que oyeron tu voz y en quienes no; y en el recuerdo que dejarás; y en tus palabras, tu memoria; y en tus obras, tu descendencia. Pienso en los que honraron tu esencia y vetaron tu presencia; y pienso, miserable, en lo poco que has sido, eres y serás cuando, acabado, sepan, para tu desdicha, que polvo has sido... mas polvo enamorado. ^[2] De estas entretelas, mis ciudadanos, nació Sadalone. Ahora lo juzgamos para condenarlo a muerte e ignorarlo para siempre.

LII. «*No he cometido el crimen de existir*. No he orientado la curva rugosa de mi ejército al acantilado para declarar que mi presencia ha sido bendita por el amanecer. Aquí estoy sin habérmelo propuesto, sabiendo que tras de mí dejaré los cuerpos muertos y los malheridos de mis soldados. Todos de palabras y verbos se hicieron con la paciencia que dan las esperanzas; a todos mi tiempo di, en todos empleé la firme voluntad de su deseable condición imperecedera. Pero he fracasado. Oigo los lamentos de los pocos que sobreviven. No me volveré para socorrerlos. Cierro los ojos a sus llantos como si así fuera posible cerrar los suyos para siempre. No puedo hacer más por ellos. Han de quedar a su suerte. Ojalá que ahora comience por fin el silencio...», Sadalone *dixit*.

LIII. *A la primera vez que será la última*. Yo he visto a poetas vender sus versos en el gran mercado por céntimos que mejor hubiera sido tirarlos a las alcantarillas que invertirlos en

su vanidad. Los he visto crear cenáculos para que pudiesen ser escuchados, pagar dinero por vino con el que deleitar a invitados condenados a soportar su insufrible ego. He visto cabalgar en torpes mulas a vates que proclamaban a los cuatro vientos montar sobre corceles para llegar cuanto antes a los rincones donde son esperados como benefactores gracias a su palabra tosca y desaliñada. Yo soy uno de ellos, por eso los conozco y por eso sé cómo hablan y cómo se mueven; y por eso percibo su fétido aroma a podredumbre. Yo estuve con ellos en el gran mercado y vendí por monedas que nunca me dieron versos imposibles; me ahorqué en todas las encinas que hallé en mi huida y ahora, en mi purgatorio, reconozco mi delito con mi confesión. Callémonos ya, que va siendo hora de que la luz quebrante las tinieblas.

CONTEXT●TRES	13
AGRADECIMIENTOS.....	37

SOLTADAS TRES

DE LITERATURA

1. El cervantino caso de <i>La viuda</i> de José Saramago [José Saramago, <i>La viuda</i>].....	43
2. Entre Madeleine y Maud, clareando la bruma [Ángeles Alemán Gómez, <i>Maud Bonneaud-Westerdahl</i> ...].....	55
3. Cuidando el legado de los vientos [Víctor Álamo de la Rosa, <i>Trabajar en los vientos</i>]	65
4. Dos de tantos: los guirres de Víctor Ramírez [Víctor Ramírez, <i>Guirres sin alas</i>].....	71
5. En la Matilla, donde <i>La hijuela</i> [Marcos Hormiga, <i>La hijuela</i>]	81
6. Dos lecturas sobre Domingo-Luis Hernández [Domingo-Luis Hernández, <i>Veneno en el paraíso y Angostura</i>]	91
7. Otredades y miedos en el insectario de <i>Carcoma</i> [Yurena González Herrera, <i>Carcoma</i>].....	109
8. En el cálido huerto de Landero [Luis Landero, <i>El huerto de Emerson</i>].....	117
9. Coordenadas alternativas para el siglo XX [Antonio Puente, <i>Para un imaginario del siglo XX</i> ...].....	129
10. Diarios domésticos del desamor [Rafael-José Díaz, <i>Duérmete, cuerpo mordido</i>].....	139

11. **Ese vivir sediento de Amélie Nothomb**
[Amélie Nothomb, *Sed*]..... 151
12. **Para leer en la gran orilla de Ricardo Blanco**
[José Luis Correa, *Para morir en la orilla*]..... 163
13. **En el jardín de Roco ocurrió...**
[Alexis Ravelo, *Los nombres prestados*]..... 181
| Alexis Ravelo, ante todo, buena gente, 190 |
14. **Antonio Becerra, piedra en esta otra vida**
[Antonio Becerra, *En esa otra vida de la piedra*]..... 203
- Y...
15. **Un gestor administrativo de contenidos**
[*Un docente y otros textos sobre educación*]
I. Teoría *vs.* práctica *vs.* experiencia, 217 | II. Renovación, 218 | III. 17 > inercia > 18, 219 | IV. Sobre lenguaje inclusivo, 220 | V. No a “señorita”, 221 | VI. Cantidad, ¿calidad?, 221 | VII. *Aurea mediocritas*, 222 | VIII. Deontología del juzgador, 223 | IX. Cómo a nuestro parecer cualquier tiempo pasado..., 223 | X. Por válido lo que no hubo, 224 | XI. Segundas oportunidades, 225 | XII. Sobre la repetición de curso, 226 | XIII. Multa por absentismo, 227 | XIV. «El rey está desnudo», 228 | XV. Mayonesa para el pescado, 229 | XVI. Profesionales para la escuela, 230 | XVII. Una incuestionable educación: la infantil, 231 | XVIII. Responsabilidad lingüística compartida, 234 | XIX. Las intermitencias del suspenso, 235 | XX. Huecas huelgas, 236 | XXI. Sobre idiomas: imposición *vs.* elección, 238 | XXII. 6+4 *vs.* 10, 239 | XXIII. Si algo cambia, quizás todo cambie, 241 | XXIV. TIC *cataplaf*, 243 | XXV. Pro traductores, 244 | XXVI. Trabajadores públicos, ciudadanos privado-concertados, 247 | XXVII. Un docente. *Reload*..., 249.
16. **Memorial de la pandemia**
[*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19*]
I. No soy un héroe, 252 | II. Improvisación, 253 | III. Excedentes, 254 | IV. *Carpe diem* zoológico, 255 | V. Excesos contraproducentes, 256 | VI. Lírica bélica, 258 | VII. Detrás del bulo, 260 | VIII. Imbéciles por vocación, 261 | IX. Nada que celebrar, 263 | X. ¿Desobediencia, irresponsabilidad, maldad?, 266.
17. **De la tierra** 269
18. **El Hierro inconmensurable**
[Victor Álamo y Alexis W., *El Hierro, la isla al principio*]..... 271
19. **El altermundismo de Francisco Morote**
[Francisco Morote Costa, *En clave altermundista*] 279

20. **Marcelas todas**
[*Pro Marcelas*]
Discurso de Marcela, 297 ● I. Prólogo a este instante, 299 ● APOTEOSIS DE LA SOLEDAD II. En el oropel de nunca jamás, 300 | III. Perdida juventud por la infamia, 301 | IV. Mujer sentada piensa..., 303 ● INCONTINENCIAS DE LA COTIDIANEIDAD V. Sobre lo políticamente correcto, 307 | VI. ¿Irremediable involuntariedad?, 311 | VII. El orden de los factores, 313 | VIII. Monólogos en pena mayor, 315 ● APOTEOSIS DE LA TRISTEZA IX. La caja, 321 | X. Platonismo, 322 | XI. La verdad, 324 | XII. El instante, 325 | XIII. Otra noche estrellada, 326.

21. **Moiras apoteosis**
[*Moiras chacaritas*]
APOTEOSIS DE LA SOLEDAD [EXPEDIENTE CLOTO] I. «Aunque muchas veces no lo siento...», 330 | II. Cóctel Molotov para una guerra posible, 331 | III. Metáforas, 331 | IV. Prioridades, 336 | V. *Memento mori*, 336 | VI. «A veces, cuando uno menos se lo espera...», 338 | VII. Teoría, 339 | VIII. Credo, 340 | IX. «He aquí la soledad del que ve caer sus células...», 340 | X. 18 de junio de 2010, 341 | XI. La circunferencia, 341 | XII. El hipócrita, 345 | XIII. «¿Qué os mueve, panda de zánganos...?», 346 | XIV. Las etapas de la muerte, 346 | XV. Renovaciones perversas, 348 | XVI. Elecciones, 349 | XVII. Desaconsejada consejera..., 349 | XVIII. «Ciudadanos, sé que nada debe ser más penoso...», 350 | XIX. ¿Qué hay de lo nuestro?, 351 | XX. El decreto, 352 | XXI. Miserables, 353 | XXII. Un dilema como cualquiera otro, 355 | XXIII. Cuestión matemática, 356 | XXIV. El organigrama, 356 | XXV. Del rey para abajo, todos “sabios”, 360 | XXVI. Eruditos de Argamasilla, 362 | XXVII. Silogismos democráticos, 363 | XXVIII. Examen, 365 | XXIX. A vueltas con la honradez y la docencia, 366 | XXX. Lectura rima con tortura, 374 | XXXI. La tragedia de la lectura, 381 | XXXII. Mi infracultura, 382 | XXXIII. Punto absoluto, 387 ● APOTEOSIS DE LA TRISTEZA [EXPEDIENTE LAQUESIS] XXXIV. «Durante mucho tiempo, recibí en mi buzón...», 389 | XXXV. Primeras notas, 389 | XXXVI. «No hay historia más trágica...», 393 | XXXVII. Poética, 393 | XXXVIII. El archivo, 395 | XXXIX. El tramo, 397 | XL. «Fue la inocente angustia de los torbellinos...», 400 | XLI. Cayucos, 400 | XLII. Invierno en primavera, 400 | XLIII. Tango de los abrazos imposibles, 401 | XLIV. *Liebestod*, 403 | XLV. Atomatito rufián, 406 ● APOTEOSIS DE LA MUERTE [EXPEDIENTE ÁTROPOS] XLVI. «En el último instante...», 407 | XLVII. Requeibros de la pérfida Sadalonia, 407 | XLVIII. Pronuario de la Ínsula Barataria, 409 | XLIX. «Señor a punto de morir manifiesta...», 414 | L. «Ahora en Macondo está lloviendo...», 414 | LI. Contra Sadalone, 415 | LII. «No he cometido el crimen de existir...», 425 | LIII. A la primera vez que será la última..., 425.

22. **Extra omnes III**
Para un dios, un mensajero, 427 ● WAR ENSEMBLE I. Para derrocar la no humanidad, 430 | II. Desarmar la realidad, 431 | III. *Quid pro quo?*,

434 ● DESCORTESÍAS, INDECENCIAS Y ESTULTICIAS I. Simplemente educación, 436 | II. Lucanores sin Patronios, 438 | III. Hay coños y coños, 440 | IV. Desrazonar, 442 | V. El reverso de una broma escolar, 444 ● AVISOS Y EMERGENCIAS I. No pasa nada, 446 | II. La democracia como límite, 449 | III. Derechización, 452 | IV. Devolver lo impropio, 455 | V. Transfuguismo en indecencia mayor, 459 ● TRONO REPUBLICANO I. Lo que no se ha dicho del doce de octubre, 465 | II. ¿Qué pensará Leonor?, 467 | III. Felípicas: IIª de 2021, 471; y IIIª de 2022, 484.

23. **Decálogo sobre el libro impreso**
[*Lecturas civiles*]..... 507

24. **36 años de un instante: C. P. León y Castillo, 1987-2023**
[*Articulaciones*]..... 511

25. **Leccionario de Átropos**
[*Los cuartos y los finales*]

QUIPU 1 I. A una palabra que perdure más allá de la memoria..., 518 | II. A una palabra que perdure —continúo—..., 518 | III. Sucede, como siempre, porque siempre sucede..., 518 | IV. En la aislada isla de cada uno..., 519 | V. Lo que se necesita es dejar constancia por escrito..., 519 | VI. Conviene sortear los dos principales contratiempos de esta necesidad..., 520 ● QUIPU 2 I. También es necesario determinar qué testimonios escritos..., 520 | II. El ejercicio exige cierta disciplina..., 521 | III. Pensemos en un individuo insignificante..., 521 | IV. ¿Quiénes escribirán las epopeyas de los mundanos?, 522 ● QUIPU 3 I. Llegará. En algún momento, todo siempre llega..., 522 | II. Todos los años, en algún momento..., 523 | III. Como ya no hay señal que esperar..., 523 | IV. «¿Cómo será?», se preguntará aquel..., 524 | V. En la ambulancia, *homo habilis*..., 524 | VI. Cuando, como todos los años..., 524 | VII. Un sanitario me preguntará si estoy cómodo..., 525 | VIII. ¿Cuántos kilos de alimento...?, 525 | IX. «¿Mis cenizas?», se me ocurre preguntar..., 526 | X. La memoria es lo que permanece..., 526 | XI. Cuánto queda sin hacer..., 528 | XII. He llegado..., 528 ● QUIPU 4 I. —Señor, ¿en qué puedo ayudarle?, 528 | II. Hasta aquí hemos llegado..., 533 | III. Enero, 30. Para cerrar la circunferencia..., 534 | IV. Sala de despertar..., 536 | V. ¿Cómo será después?, 537 | VI. No sé qué es vivir..., 538 | VII. A la Muerte imagino tomando la palabra..., 538 | VIII. Si el destino y en lo que nos convertiremos..., 539 | IX. «Yo doy sentido a todo...», 540 | X. Dormir no es más que un recordatorio..., 540 ● QUIPU 5 I. Llegará..., 541 | II. Ahora que ya he dejado de mirar..., 542 | III. ¿Cuándo toca morir?, 542 | IV. Ante los azarosos cuándo..., 543 | V. —¿Y queda determinar el quién..., 543 | VI. En la basura, siempre; en la basura, por favor..., 544 | VII. Tú, quien ha leído, asume..., 544 ● EPÍLOGO , 544.

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE SOLTADAS UNO, DOS Y TRES 545

DE LITERATURA

1. **El reloj de Clío, un espejo brillante para novelistas** [Emilio González Déniz, *El reloj de Clío*]
2. **Sí, tienes que mirar y leer a Starobinets** [Anna Starobinets, *Tienes que mirar*]
3. **Textos paralelos para dar que pensar** [Víctor Álamo de la Rosa, *Da que pensar*]
4. **¿Quién delató a Domingo López Torres?** [Juan-Manuel García Ramos, *El delator*]
5. **Un tío como espejo para políticos corruptos** [Alexis Ravelo, *Un tío con una bolsa en la cabeza*]
6. **Manual para salvar los libros que se perderán** [Javier Saez García, *Manual de pérdidas*]
7. **Julia Gil, pasión y destrucción en medio del páramo** [Julia Gil, *Tiempo de pasión, tiempo de destrucción*]
8. **Escritores, un imprescindible...** [*The Paris Review*]
9. **¿Malos tiempos para la lírica?** [Osvaldo Guerra Sánchez, *Las siete extinciones*]
10. **Muestras para un diccionario sadalónico** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19*]
11. **20 quipus literarios y un poema deseperante**
12. **Para una historia teldense de la literatura canaria** [VV.AA., *Letras a Telde, 1351-2001*]

13. **Día de las Letras Canarias, manifiesto** [*El tribuno. Revista bimestral de pensamiento*]
14. **Para una despedida de Cervantes** [*Demonios cervantinos / El Quixote sin don Quijote*]
- Y...
15. **De presiones prisioneros los docentes**
16. **Barrios [mundo mejor > mundo feliz] Orquestados** [José Brito López, B.O. *Metodología musical desde lo social*]
17. **Del mar tenebroso al océano afectuoso** [Antonio Becerra Bolaños, ed., *Poesía atlántica*]
18. **La Transición como prólogo y epílogo de un relato inconcluso** [Fernando T. Romero Romero, *La Transición en Agüimes*]
19. **Donde las huellas, los caminos** [Luis López Sosa, *Toponimias y antroponimias de Telde*, t.1]
20. **Perenne San Gregorio**
21. **Samper Padilla. Ante todo, calidad humana**
22. **Extra omnes I** [«Ego teológico»; «*Lecturas civiles*, una introducción»; «Entre redes: antdisturbios vs. antidemócratas»; «Una verdad republicana» y «Carta desesperada a un ángel prisionero»]
23. **Felípica I de 2020**
24. **El camino hacia *Los cuartos*** [*Los cuartos y los finales*]
25. **Más allá de más acá. Del espacio: ordenada (Y)** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas...*]

DE LITERATURA

1. **Lectura de una ternura: los caníbales de...** [Víctor Álamo de la Rosa, *La ternura del canibal*]
2. **El gran evangelio de María Magdalena** [Cristina Fallarás, *El evangelio según María Magdalena*]
3. **Pildain desde una exquisita verdad ficcional** [Juan José Mendoza, *A orillas del Guiniguada*]
4. **Sombra de identidades. El informe Silvana** de Sabas Martín [Sabas Martín, *El informe Silvana*]
5. **Un heredero canario de Le Carré, Forsyth y Grisham** [Christopher Rodríguez Rodríguez, *El lince*]
6. **En Pasividad, el diablo anda disfrazado** [Víctor M. Bello Jiménez, *Operación Ática. Bengoechea, caso 1*]
7. **En la finita infinitud del horizonte** [Diana Fleitas Rodríguez, *Horizonte*]
8. **Antologías: didactismo, deleite, homenaje y gratitud** [*Breve antología escolar de la literatura canaria*]
9. **Los descarriados y las calidades literarias** [Enrique Mateu, Artenara, «Infame esclavitud»]
10. **Algo, no mucho, sobre lectura, literatura y educación**
11. **En el vademécum temporal de Miguel Ángel Sosa** [Miguel Ángel Sosa, *Anatomía del tiempo*]
12. **Librorum prima civitas et sedes** [El hecho: «Pasado, presente y futuro del libro en Telde»; el recuerdo: «Enlibrado para la prima civitas et sedes»]
13. **Sobre la denominación «literatura canaria»** [*Breve antología escolar de la literatura canaria*]
14. **Para una despedida de González de Bobadilla** [«Preliminares a la paratextualidad»; «Entre los desafectos y los afectos»; «Pastorilia» y «Consumatum est, Bernardo»]
- Y...
15. **Un docente** [*Un docente y otros textos sobre educación*]
16. **Penúltimas lecciones escolares de 2020** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19*]
17. **En el senado de los egos**
18. **Haz y envés de La Transición. Agüimes como referencia** [Fernando T. Romero Romero, *La Transición en Agüimes*], pág. XXX
19. **Una brújula para la justicia y la memoria popular** [Fernando T. Romero Romero, *La dictadura franquista en Agüimes a través de sus documentos (1939-1953)*]
20. **Pérez Casanova, una oportunidad para no olvidar** [Nicolás Guerra Aguiar. *La represión franquista contra Gonzalo Pérez Casanova*]
21. **¿Sobre dichos y modismos? «Pa'una cabra partía, un macho corcovaio»** [Luis Rivero, *Como dice el dicho*]
22. **Extra omnes II** [«Liberación»; «Mentira es y punto»; «Parlamento fallido»; «Patriotas y patriotas» y «Docentes públicos, ciudadanos concertados-privados»]
23. **La ira** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente...*]
24. **Instantes** [*Pro Marcelas*]
25. **Más allá de más acá. Del tiempo: abscisa (X)** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente...*]

«[...] pues no es el vencedor más estimado de aquello en que el vencido es reputado [...]»